

EL ENVIADO



J. E. Álamo

Lectulandia

El Enviado cumplirá con sus misiones allá donde tenga que acometerlas. El espacio y el tiempo no son barreras, más bien peldaños, en su camino hacia los logros que persigue. En su deambular, las vidas de distintas personas se cruzarán con él.

Cada persona da nombre a las nueve misiones que componen este relato de sus hazañas, compuestas por nueve relatos independientes pero estrechamente ligados entre sí. Y terminaremos en el bar del Piojoso donde el autor nos contará dos historias breves e inéditas.

Lectulandia

J. E. Álamo

El Enviado

ePub r1.0

Titivillus 02.09.16

Título original: *El Enviado*

J. E. Álamo, 2007

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Roger El Poder

—Solo le pido un poco de agua, Señora, y quizás por caridad tenga a bien añadir algo de comer, aunque solo sea un trozo de pan. Llevo caminando todo el día sin nada para comer ni beber. Me he encontrado con campos enteros ardiendo y restos de haciendas y también de chozas, nadie se ha librado de la devastación, ni ricos ni pobres. No hay un alma en todo el camino. Cadáveres, eso sí; todo lleno de muerte, animales y gente, hasta los pozos y arroyos están infestados de corrupción. Cadáveres y también cuervos. ¡Dios bendito! —Se santigua—. ¡Qué cantidad de cuervos! Llegué a pensar que, de no estar tan ahitos, me habrían atacado. Son las aves del infierno, Señora, devoradoras de la carne y del alma.

La mujer vestida de gris desde los pies hasta el pañuelo que le cubre la cabeza, grises también sus facciones y hasta el gesto, le mira sin curiosidad, de arriba abajo, y luego gira el rostro hacia el interior de la casa.

—Un hombre. Solo. Sí, un hombre solo. Quiere algo de beber y de comer.

Desde el interior se oye un murmullo gutural, ininteligible. La mujer le indica que espere y se mete en la casa. Aprovechando su ausencia, se pone de puntillas intentando ver a dónde se dirige y alcanza a vislumbrar el vestíbulo en penumbra y a la mujer perdiéndose por una puerta al fondo, tras la que se adivina una gran chimenea encendida.

Tampoco me vendría mal un poco de calor, piensa arrebujándose, hasta el sol está frío como la muerte.

No deja de sorprenderle que la casa, de buen tamaño y con aspecto sólido, se mantenga en pie. Los Renegados, implacables, lo habían arrasado todo en su huida, sin respetar nada ni a nadie, y aquello que no podían o no querían llevarse era pasto de las llamas, ya fuera una casa, una cosecha o un ser humano.

De pronto la mujer surge de la penumbra, tan gris que parece formar parte de ella, y sin mirarle apenas, le pregunta:

—¿Eres un soldado?

—¿Un soldado yo? ¿Con este ojo? —ríe, señalando el parche que le cubre el ojo izquierdo—. No vaya a creer que soy un cobarde, ya me hubiese gustado darles su merecido a los Renegados, pero no tengo edad para combatir, y por si no tuviera bastante con eso, encima tuerto.

La mujer se vuelve para repetir lo que le ha dicho, y al hacerlo el hombre alcanza a ver una extraña cicatriz en su cuello: una especie de «S» gótica. Le recuerda las marcas que se usan para el ganado.

La mujer no espera respuesta del interior. Él se da cuenta de que le han ordenado hacer las preguntas, y que luego solo ha de gritar las respuestas.

—¿Con qué nos pagarás? —le espeta la Mujer Gris, recelosa de que la esté mirando tan fijamente. El hombre sonrío mostrando una dentadura amarillenta y repleta de ausencias. Esperaba la pregunta.

—Tengo esto —tira de un cordel que lleva al cuello, en el extremo oscila una bolsa de cuero sucia y desgastada. En su interior se adivina un objeto de contorno

irregular. La mujer frunce el ceño y tiende la mano, pero el hombre retira con rapidez la bolsa fuera de su alcance.

—No se moleste, Señora, pero creo que sería mejor que cerrásemos el trato dentro —echa una mirada inquieta a su alrededor—. A saber quién anda por ahí. No quiero correr riesgos.

La Mujer Gris alza la vista y contempla el entorno con mirada inexpresiva. Se divisan bandadas de cuervos al vuelo o posadas en el suelo, más allá el humo tizna el horizonte de negro. Por lo demás nada se mueve, ni siquiera el viento. De pronto la voz de antes retumba de nuevo y, aunque ininteligible para el hombre, percibe la impaciencia en el tono.

—Entra —le dice la mujer, apartándose—. Si llevas armas déjalas aquí.

El hombre se encoge de hombros y muestra las manos desnudas.

—Ya le dije, Señora, que no soy un soldado. No llevo armas, no me servirían de nada.

Se adentra en el vestíbulo sin notar el gesto de desagrado que hace la mujer ante el hedor que despide, a suciedad, sudor y algo más indefinible.

La penumbra del vestíbulo da paso a una gran estancia rectangular de suelo y paredes de piedra desnuda. En el extremo más próximo a la puerta arde la chimenea que viera desde la entrada. Ante el fuego se confunden las formas arremolinadas de dos perros enormes que dormitan al calor de la lumbre. De la pared del extremo opuesto penden unos gruesos cortinajes que tapan la luz que se cuele por los ventanales que se adivinan detrás. La parca iluminación la ofrecen la lumbre y algunas teas mortecinas colocadas sobre las paredes laterales. El único mueble se encuentra en el centro de la sala, una alargada y sólida mesa de roble que acomoda al ser humano más grande y gordo que el hombre haya visto jamás. Una poblada barba de color grisáceo y la melena abundante y desgreñada le dan un aspecto más de animal salvaje que de ser civilizado. A su izquierda y derecha se sientan dos mujeres y un hombre, todos muy jóvenes, casi niños, que le dirigen miradas furtivas. La Mujer Gris entra y, tras un breve titubeo, se dirige a la mesa, toma un puchero y comienza a servir los platos que se encuentran ante cada comensal. El hombre siente como le ruge el estómago, no ha mentido al afirmar que lleva todo el día sin comer y, además, su última comida no ha sido precisamente copiosa.

El hombretón le observa con fijeza entrecerrando unos ojos que se adivinan oscuros y desconfiados. El hombre sonrío inquieto, quiere decir algo aunque decide callar, el silencio es opresivo e intuye que romperlo no es buena idea. Se le ocurre de pronto que su aspecto, desarrapado, sucio y flaco, no habla muy favorablemente de él, así que se yergue de repente, orgulloso; no es un hombre bajo y, si bien flaco, se le advierte fuerte. Tampoco es un mendigo, pagará por lo que se le ofrezca y pagará lo justo. Sostiene la mirada del hombretón con su ojo sano, sintiendo la pesadez del silencio y su propia hambre.

De pronto el hombretón sonrío, pero esa sonrisa huele a trampa. Él sabe por

experiencia que también un lobo parece sonreír cuando va a atacar a su presa.

—¿Cómo te llamas, mendigo? —La pregunta llega tan de repente que le falla la voz.

—Soy, soy... Me llamo Roger, Señor, y no soy un mendigo.

—¿Roger? ¿Roger qué más?

—Roger a secas, Señor —sonríe, como avergonzado—. Jamás conocí a mis padres, así que con Roger me conformo. Hay quien me conoce como Roger de Los Llanos porque allí me crie, con los monjes del Convento de la Orden de Gracia.

—Roger de Los Llanos —repite el hombretón, partiendo un enorme trozo de pan con el que pesca algo del plato que parece carne. Se lo come en dos bocados.

Roger siente como le ruge de nuevo el estómago. Querría sentarse, entre el hambre y el agotamiento se siente desfallecer, pero nadie le ha invitado a hacerlo. El hombretón sigue observándole mientras mastica. Los demás mantienen la cabeza baja, sin moverse apenas, solo lo justo para llevarse la cuchara a la boca. Roger se da cuenta de que todos lucen la misma cicatriz en el cuello: Una «S» gótica como la de la Mujer Gris.

El hombretón traga y vuelve a sonreírle.

—Y bien ¿qué te trae por aquí, Roger de Los Llanos? Afirmas que no eres un mendigo, mas has llegado a mi puerta suplicando como si fueras uno.

Roger traga fuerte y decide ignorar el tono sarcástico del otro.

—Los tiempos son difíciles Señor. Hemos derrotado a los Renegados y se lo pensarán dos veces antes de volver por aquí, pero está todo arrasado. Un hombre honrado no tiene manera de ganarse el pan.

—Y tú, claro está —le interrumpe el hombretón—, eres un hombre honrado —la sonrisa se abre amplia y burlona.

—Lo soy, Señor. Comerciante y bueno en mi oficio. Antes de la revuelta era bien conocido desde Los Llanos hasta las aldeas de pescadores de la Costa Afilada, y nadie tuvo jamás queja razonable de mi trato.

—¿Comerciante dices? ¿Y qué vendes, Roger?

—De todo, Señor, se podría decir que aquello que uno necesita, Roger lo lleva en su carro, y mis precios siempre son justos.

—¿Tu carro? Juraría que no he oído carro alguno, y tengo un oído muy fino.

A Roger se le oscurece la mirada.

—Me lo arrebataron, Señor. Soldados. Todo lo que llevaba, hasta el mulo, a pesar de que todos contaban con buenas monturas. Me dejaron a mi suerte, y aún doy gracias de estar vivo.

—¿Soldados? ¿Para qué querrían unos soldados tu carro? —El hombretón adelanta la cabeza de tal manera que su barba se remoja en el plato que tiene delante. No se da cuenta o no le importa. La Mujer Gris y sus hijos— esa es la conclusión a la que ha llegado Roger ante el evidente aire familiar que hay entre ellos: mismos ojos claros, boca de labios finos y cabellos rubios —le observan ahora sin disimulo.

—Vestían el uniforme, Señor, aunque más parecían rufianes, si quiere que le diga la verdad. Probablemente desertores, pero preferí no indagar. De todos los bienes, la vida es el único que uno nunca recupera; lo demás, bueno, volveré a empezar. Siempre hay futuro para quien lleva lo que otros necesitan —se detiene, agotado. Tiene la boca reseca y la cabeza comienza a latirle dolorosamente. Si no le invitan a sentarse acabará en el suelo.

—¡Ajá! —El grito le sobresalta—. Pero entonces, Roger de Los Llanos —y alza un dedo como el maestro que ha pillado al discípulo en falta—. ¿Con qué nos vas a pagar nuestra hospitalidad? —El hombretón se incorpora con los ojos encendidos.

He aquí alguien a quien no conviene enfurecer, piensa Roger; podría despedazar a un hombre con sus manos desnudas.

Nadie dice nada durante unos instantes. Luego Roger sonríe brevemente, tiene los labios agrietados del frío y su gesto resulta doloroso, y muestra la bolsa que lleva al cuello.

—Eran rufianes, Señor y también lerdos. No se les ocurrió registrarme, y os aseguro que podré pagar vuestra hospitalidad con justicia.

El hombretón acaba por reír de buena gana y vuelve a sentarse. Le indica con un gesto a Roger que se acerque a la mesa.

—Dadle de comer —ordena.

La Mujer Gris se levanta como impulsada por un resorte y le sirve un plato generoso acompañado de un buen trozo de pan. El guiso casi le abrasa la lengua, sin embargo Roger no se detiene hasta llenarse la boca.

—Servidle vino. ¡Vamos!

Una de las chicas le sirve un vino bronco y tan rojo como la sangre de una jarra que deja luego al alcance de su mano.

Roger come y bebe hasta hartarse y luego come aún un poco más ¡A saber cuándo llegará su próxima comida! No le importa saberse observado. Los modales no comulgan con un estómago vacío.

Le ha extrañado un poco que no quisieran comprobar el contenido de la bolsa antes de invitarle a sentarse, el hombretón no tiene aspecto de confiado precisamente. Más no le da vueltas al asunto, todo a su tiempo, un estómago satisfecho le ayudará a enfrentarse a lo que tenga que venir.

Se sirve un último vaso de vino y se recuesta contra el respaldo de la silla, sintiéndose en paz consigo mismo y con el mundo. Recorre el salón con su ojo sano, adaptado ya a la escasa luz. La estancia es austera, no ve decoración alguna a excepción de un escudo de armas labrado sobre la propia piedra en cuyo centro figura una «S» igual a la que lucen la Mujer Gris y sus hijos. Bajo el escudo y sostenida por unas grandes grapas de hierro hay un hacha de aspecto cruel y mango largo, un arma muy apropiada para alguien del tamaño del hombretón. El silencio, opresivo de nuevo, solo lo interrumpe el crepitar del fuego y algún que otro lejano graznido de los cuervos.

—No me has enseñado lo que hay en la bolsa, Roger de los Llanos. Has comido y bebido sin medida y todavía no sé con qué vas a pagarme —el tono es suave, aunque el gesto desmiente cualquier amabilidad. Roger le mira con el ojo sano, de un azul vivo, medio cerrado. Parece adormilado.

—No habrá problema —responde al fin—, os aseguro que quedaréis satisfecho. De hecho —y de pronto parece animarse— todos quedaréis satisfechos, también la Señora y vosotros jóvenes anfitriones.

La Mujer Gris y los muchachos levantan la vista sorprendidos y atemorizados de que se dirija a ellos. El hombretón pega un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Te dirigirás a mí cuando hables, bastardo! —El insulto rebota en las paredes—. ¡Y ahora enséñame lo que llevas en la bolsa o alimentarás a mis perros! —Chasquea los dedos, furioso, y los perros que hacía un instante dormitaban ante el fuego se dirigen hacia su amo, gruñendo y babeando. Son dos perros de presa, grandes y musculosos, aunque Roger no reconoce la raza. Ve como todos se encogen al paso de las bestias junto a la mesa. Las dos muchachas se cogen de la mano y la más joven está al borde de las lágrimas.

—La bolsa, Roger el Bastardo, o como que hay infierno que te devorarán aquí mismo.

Roger le observa con frialdad, sin mostrar intención alguna de abrir la bolsa que ha dejado sobre la mesa. El hombretón y sus súbitos cambios bruscos de humor le desconciertan un poco, pero solo un poco; le gusta alardear de saber tratar a la gente, por difícil que sea su carácter.

—No comprendo vuestra ira, Señor —dice con calma—. Habéis confiado en mí, sabéis quién soy y hasta de dónde vengo. Un Señor de vuestro rango sabe juzgar sin duda a un hombre y decidir si es de fiar o no —Roger está endulzando su discurso con zalamerías y confía en que no caerán en saco roto—. Además, solo reposaba la comida como cualquier hombre de bien, y no he querido hablar de pagos para no ofenderos. A buen seguro que me esperaban para retirar los platos y servir los dulces. ¿Me equivocaba, Señor? Si es así, y al parecer puede que lo sea, tomad mi bolsa junto con mis disculpas, y una vez satisfecho el pago seguiré mi camino —Roger coge la bolsa y hace ademán de abrirla. El hombretón pega un manotazo en la mesa, riendo de buena gana.

—Tienes la lengua ágil, Roger de Los Llanos, de eso no cabe duda.

De Los Llanos observa Roger; ya no es el Bastardo.

—Doy fe de que eres atrevido y valiente, o quizá un loco —chasquea de nuevo los dedos, y los canes vuelven a su sitio frente al fuego, aunque a regañadientes: han oído la ira en su amo y ya no se resignan a dormirar de nuevo. Roger los presiente a su espalda, sabe que le acechan ansiosos.

—Deja la bolsa, Roger y tomemos dulces y hasta fruta si tienes ganas.

Roger se sorprende visiblemente. ¿Fruta? Si ya era extraño que la casa se mantuviese en pie, más extraordinario era que tuviesen comida y aún frutas cuando

no había cultivo o huerta en esa región que no hubiese sido consumido por el fuego.

Ante un gesto del hombretón, la Mujer Gris y las dos muchachas abandonan el salón retirando los platos. El chico mantiene la cabeza gacha con las manos caídas a los costados, parece un gran muñeco roto.

Roger se levanta paseando hasta los gruesos cortinajes y los aparta con la mano contemplando el paisaje desolado.

—Solo verás destrucción Roger, mantenemos los cortinajes corridos porque ofende a nuestra vista —en la voz hay impaciencia y también reproche.

—Disculpad mi atrevimiento Señor, es que me resulta sorprendente que entre tanta devastación vuestro hogar permanezca intacto —Roger vuelve a sentarse con parsimonia—. Los Renegados no han respetado nada ni a nadie en su retirada, yo mismo he podido comprobarlo en mis andanzas de aquí para allá, así que me pregunto: ¿cómo habéis conseguido mantener vuestra hacienda a salvo? ¿Conseguisteis un acuerdo, quizás?

No le sorprende la mirada de asombro que le dirige el muchacho. Las mujeres que entraban con grandes bandejas de frutas y dulces, se han detenido en la puerta. El hombretón se levanta y Roger nota como se le acelera el corazón. Hasta ahora todo ha ido bien y lamenta que quizás su curiosidad precipite el desenlace. Mete la mano bajo la raída camisa posándola sobre el vientre aunque en realidad tienta buscando el mango del cuchillo de doble filo que lleva siempre pegado a la piel. Sí, le había mentado a la Mujer Gris en lo de ir armado, pero solo un loco iría desarmado en esos tiempos y él desde luego no era un loco. Dispone de más armas, aunque confía en no tener que utilizar ninguna de ellas todavía.

En pie, el hombretón resulta impresionante. Le mira fijamente dando unos pasos hacia la chimenea, Roger sospecha que ha advertido su mano buscando el arma. Quizás decida azuzarle los perros. Lástima piensa, me habría gustado probar los dulces. Sin embargo, el hombretón da un giro sobre sus pasos luciendo una de sus inesperadas y falsas sonrisas, y se planta bajo el escudo de armas de la pared.

—Eres curioso, muy curioso, Roger de Los Llanos. Curioso y algo insolente ya lo creo. Te complaceré sin embargo, hace tiempo que no mantengo una conversación decente —dirige una mirada de desprecio a los demás antes de continuar—. ¿Reconoces el escudo de mi hacienda?

Roger alza la vista de nuevo hacia el escudo. En el centro destaca la «S» escoltada a cada lado por un dragón alado puesto en pie sobre las patas traseras. Corona el conjunto una siniestra horca. Roger lo encuentra inquietantemente familiar.

—¡Vamos mujeres, los postres a la mesa!

Tanta prisa se dan, que la más niña de las jóvenes habría caído de no haberla cogido Roger a ella con una mano y la bandeja con la otra. La criatura tiembla de miedo y se queda inmóvil. Roger le aprieta el brazo suavemente y al alzar ella el rostro, el cabello cae hacia atrás permitiéndole ver con total claridad la marca del cuello. No cabe duda, lleva la marca del amo. Todos la llevan. La esclavitud ya no

existía en el reino, había quedado abolida desde la Reforma de Leonardo V el Humano, pero Roger sabía que en muchas haciendas rurales los siervos aún eran propiedad del terrateniente. Lo que le repugna es que los hubiese marcado a todos cuando apenas eran unos críos y, por otra parte, le sorprendía que los sentase a su mesa. Quizás la soledad llevaba al hombretón a rodearse de ellos a pesar de su falta de conversación y de que para él no tuviesen más valor que sus perros o incluso menos.

Pone a la niña en pie y le sonrío pero ella mantiene la mirada baja.

—¡¡Vamos niña, vuelve a tu sitio!! Ya hablaremos más tarde o quizás —le sonrío guiñando un ojo a Roger—, quizás te deje jugar con Roger un rato si su bolsa se lo permite —subraya la frase con grandes risotadas.

»Eso te gustaría Roger de Los Llanos, seguro que sí. No solo es comer y beber lo que necesita un hombre—. Nuevas carcajadas y la débil sonrisa a la que Roger se obliga, le tiembla debido a la rabia que siente. Decide volver al escudo.

—Me hablabais de vuestro escudo, Señor. No lo reconozco aunque admito que me resulta vagamente familiar —muerde un dátil sorprendiéndole su dulzura—. Aunque no consigo recordar donde lo he visto —añade con la boca llena.

—¿Os gustan las ejecuciones Roger? ¿Decapitaciones, ahorcamientos, abrir un hombre en canal y dejarle morir envuelto en la peste de su propia mierda?

—No puedo decir que me gusten, soy de talante más bien pacífico, pero un buen comerciante no se perdería una ejecución. Hay un buen negocio cuando se juntan gentes de todas partes atraídas como moscas a... —Se detiene a mitad de frase. Acaba de reconocer la «S», es la marca de Suetonio y Suetonio es el verdugo real. No resulta sorprendente que no le hubiera reconocido, siempre llevaba el rostro cubierto en las ejecuciones. Todos temen a los verdugos y por lo que sabía de Suetonio, el temor estaba más que justificado. Se rumoreaba que era el diablo en persona, que se deleitaba con el tormento de los ajusticiados, tormento que prolongaba al máximo, lo que atraía a gentes de cerca y de lejos. Todos temen y desprecian al verdugo pero ninguno se quiere perder el espectáculo. No era extraño que sus tierras hubieran superado los rigores de la guerra, cualquier hombre cabal se mantenía alejado de un verdugo, Renegado o no. Había muchas creencias en torno al verdugo y cualquiera de las historias que se contaban invitaba a dar un rodeo alejándose de su guarida como si de una bestia se tratara. Era la Muerte y uno no tontea con la Muerte, ya te buscará ella en mala hora.

—Sois el verdugo real —escupe Roger que comienza a comprender el motivo de su visita.

Suetonio confunde el tono asqueado con admiración.

—Así es, Roger de Los Llanos. Sois de los pocos que conocen mi rostro, la mayoría de quienes lo han visto son pasto de los gusanos. Quizás ahora comprendas porque nadie osa hollar estas tierras, ni los mismísimos Renegados jugarían con la muerte —vuelve a reír—. Ahora sabéis quien soy y porque se me respeta. Confío en

que no tendré que trabajar hoy —posa la mano sobre el hacha de mango largo mientras la contempla embelesado.

—¡¡Tú!! —ruge de pronto señalando al muchacho—. ¡¡La hoja está sucia!!
¡¡Límpiala ahora mismo o probarás su filo!!

El muchacho, un mozo de buenas hechuras y aspecto fornido, da un respingo apresurándose a tomar el hacha con tanto cuidado como si fuera de cristal. Luego se sienta en el suelo bajo el escudo y comienza a limpiar el filo con un trapo que saca de la manga.

El verdugo se vuelve hacia Roger.

—La bolsa. Ahora —extiende la manaza y los dedos se agitan impacientes.

La representación está llegando a su fin. Roger se levanta despacio con la bolsa en la mano y se dirige lentamente hacia el verdugo, entonces le tiende la bolsa pero cuando el otro está a punto de cogerla, la retira con rapidez.

—Lo lamento Señor Verdugo Real —el tono es sarcástico—. Ya os he dicho que soy comerciante y no pretenderéis que os entregue mi bolsa sin que me digáis antes el precio de vuestra hospitalidad.

El verdugo se encoleriza, su visitante ya no le divierte, y apretando los inmensos puños, da unos pasos hacia Roger y entonces se detiene, ha visto como la mano de Roger ha vuelto a desaparecer bajo la camisa. El verdugo le sonrío con desprecio y chasquea los dedos.

—Al final conseguirás aburrirme Roger. Acabemos con esto.

Los perros se levantan gruñendo. Roger se gira rápidamente hacia ellos y adelanta la mano libre mirándoles fijamente, luego levanta el parche. Al estar de espaldas, nadie ve lo que hay en lugar del ojo perdido, pero los perros se encogen aterrorizados para luego echar a correr, y sus aullidos se dejan sentir mientras se alejan por la casa buscando un lugar en el que ocultarse.

Roger coloca el parche en su sitio y se vuelve hacia el verdugo.

—Tenéis razón Señor Verdugo, es hora de acabar con «esto».

Echa el brazo hacia atrás y arroja la bolsa, el verdugo alza los brazos pero la bolsa no va dirigida a él, si no al muchacho que limpiaba el hacha, aunque ahora está inmóvil contemplando la escena.

—¡Cógela muchacho! —grita Roger.

Si hubiera podido pensarlo, no cabe duda que el chico no solo no hubiera cogido la bolsa, si no que habría arrancado a correr tras los perros. Lo súbito de la acción no le deja pensar, coge la bolsa y mira a Roger.

—¡¡Ábrela, muchacho!! ¡¡Ya!! —el tono duro y cortante difiere mucho del que ha empleado hasta ahora. El chico acostumbrado a obedecer órdenes, saca un objeto del interior de la bolsa. Pero el verdugo se ha repuesto ya de la huida de sus perros y se levanta furioso cargando contra Roger como un toro salvaje. Roger le finta sin dificultad y el hombretón estrella la cabeza contra la mesa de roble abriéndose una amplia brecha en la frente de la que comienza a manar sangre en abundancia. Al

sentir la herida, suelta una especie de aullido más de ira que de dolor. Roger sabe que le queda poco tiempo así que señala al chico que lo mira como hipnotizado.

—Por el poder que me ha sido concedido, tu voluntad ahora te es ajena y me pertenece por entero. Por ello te conmino a que actúes conforme a tu deseo.

El verdugo ya está cargando de nuevo contra Roger pero este ni se mueve, manteniendo el contacto visual con el muchacho.

—¡¡Ahora!! —le ordena—. ¡¡Hazlo!!

El chico es joven, fornido y va armado. Se interpone entre Roger y el verdugo, aunque este ni le mira, ni tan siquiera interrumpe su arremetida. El joven abre las piernas para afianzarse y traza un amplio arco con el hacha estremeciéndose a causa de la fuerza con que penetra en el hombro de su amo. El verdugo aúlla de dolor pero no se detiene, de un salto increíble para alguien de su tamaño, se abalanza a punto de apresar al muchacho por la cintura, este es más rápido y dando un paso hacia un lado, descarga el filo sobre la espalda de Suetonio. El verdugo está en el suelo con una brecha que le ha partido la columna y aun así se arrastra llevado por la ira, intentando atrapar por el tobillo al que ahora es su verdugo. El muchacho se ve poseído por un frenesí más de pánico que de cólera, y empieza a mover el hacha con rapidez. Prácticamente tiene que despedazar al verdugo antes de que este deje de moverse, aunque a Roger le parece que los dos últimos hachazos no habrían sido necesarios.

Durante unos instantes solo se oye el jadear del muchacho. Luego suelta el hacha y se mira las manos como si despertase de una pesadilla. Se aleja del cadáver hasta reunirse con sus hermanas a las que abraza llorando y susurrando:

—Me hechizó. Vosotras lo habéis visto. No podía detenerme, no era yo.

Los suyos le abrazan con fuerza y le musitan palabras de consuelo mientras miran de reojo los restos palpitantes esparcidos por el suelo. Aún hay temor en sus miradas, como si el verdugo pudiese alzarse juntando sus pedazos.

Roger no pierde el tiempo. Sin proferir palabra, se dirige hacia la puerta, todo ha terminado y su presencia ya no es necesaria.

La Mujer Gris le alcanza cuando se encuentra en el porche.

—Toma, es tuyo y no lo queremos —le devuelve la bolsa con brusquedad. Se miran el uno al otro, la Mujer Gris parece a punto de llorar.

—Eres un demonio ¿verdad? Enviado para perder a mi hijo.

Roger suspira.

—Ahora sois libres Señora, nadie es vuestro amo.

—Sois el demonio y os llevareis el alma de mi hijo —insiste la mujer a quien se le escapa un sollozo.

—No Señora —se ríe sin ganas—. No Señora, precisamente el demonio no. Ya se lo dije antes, soy un simple comerciante que le da a la gente aquello que desea —lanza la bolsa al aire cogiéndola con destreza— solo lo que la gente desea.

—Márchese, márchese ya —la mujer se santigua y cierra dando un portazo.

Roger echa a andar silbando una extraña melodía, entonces se acuerda de la bolsa,

la abre y saca una piedra de su interior.

—Mi poder es tu deseo —musita mientras deja la piedra en el suelo de donde la cogió de camino a la casa, luego hace un gesto ágil con las manos y desaparece.

Conrado El Negocio

La carretera es una serpiente negra que se pierde en las brumas del intenso calor de mediodía cuando en el horizonte, difuminado sobre una pronunciada curva, aparece, como de la nada, el Caminante. Es un hombre alto de hombros ligeramente encorvados, pelo ceniciento recogido en una coleta apresurada y la mirada despierta en los ojos fruncidos evitando el resplandor hiriente. El calor del extraño día veraniego en pleno mes de enero, no parece hacerle mella y lleva el paso vivo de quién conoce su destino y tiene el tiempo escaso.

Hay un trabajo que hacer y tendrá que llevarlo a cabo con discreción y diligencia: ha de conseguir que le cedan un alma, aunque no sea ese su objetivo final, y no será sencillo. Deja escapar un suspiro para luego sonreír con algo de amargura, si fuera sencillo no se lo habrían encargado a él.

Se detiene unos instantes llevándose la mano a la frente a modo de visera, la carretera serpiente desciende ramificándose para dar entrada a una urbanización de casas ajardinadas. La zona está totalmente vallada y cuenta con una garita de seguridad que descansa a la sombra de un gran cartel:

«Afueras de Llanos»
Un estilo de vida distinto

Reza en grandes letras negras sobre un fondo blanco. El caminante ha oído que la gente cambia el lema por el de «Un estilo de vida oculto», por la fama que tiene de hospedar a amantes de personas poderosas e incluso a algunas de esas personas poderosas con problemas legales. Habladurías en las que hay algo de cierto y bastante de envidia ante un nivel de vida fuera del alcance de la mayoría.

Hay guardas en la garita que cierra el acceso a cualquier extraño, el Caminante se encoge de hombros divertido, siempre hay puertas ocultas para quien sabe encontrarlas. Apresura el paso de nuevo confundándose con la calima que surge del asfalto hasta que se desvanece como un espejismo.

Conrado está aliado con el éxito. Profesional de la publicidad, quedan lejos los días en que comenzó de ayudante en una pequeña pero próspera agencia. Jugaba con dos barajas: con una se ganó la confianza de Miguel Molero Sandiego, su jefe y dueño de la empresa, que encontró en él al hijo varón que siempre ansió y nunca tuvo, y con la otra se ganaba la confianza de los clientes que pasaron a depender cada vez más de él. Solo necesitó un año para formar su propio negocio: «Recursos e Ideas Propias, S.L.», una agencia frente a la que figuraba un hombre de paja y que fue minando poco a poco, la cuenta de «Publicidad Molero». Todo esto no preocupaba en exceso a Miguel que a fin de cuentas, contaba con una fortuna familiar que le hubiera permitido vivir sin trabajar y de eso se aprovechaba Conrado. Su influencia se fue incrementando, hasta el punto de que embarcó a su jefe en fiestas y celebraciones en las que corría el alcohol y otras drogas menos legales. Lo cierto es que Miguel Molero se dejaba arrastrar por el fuerte carácter de su empleado, y acabó por verlo

todo a través de sus ojos. Al cabo de un tiempo, seriamente afectado por los excesos, sufrió un ataque al corazón y durante su convalecencia, dejó a Conrado a cargo de todo y este aprovechó su momento. Desvalijó a conciencia a su jefe consiguiendo que firmara documentos que le otorgaban la gerencia de la agencia, además se ganó la confianza de su familia, sobre todo de su hija y así convirtió a Miguel en su suegro, casándose con Julia su heredera. En ese punto, estando Miguel a punto de recibir el alta médica, sufrió una sorprendente recaída que lo llevó a la tumba. Hubo intención por parte de la familia Molero de que se llevase a cabo una investigación, pero Conrado les convenció de lo contrario, aduciendo el escándalo que se organizaría y a fin de cuentas, lo único que había ocurrido es que el pobre hombre tenía el corazón más débil de que lo se creía. Conrado sabía de lo que hablaba, un corazón normal hubiese soportado la dosis de cocaína que le administró en el hospital al difunto, quien aún le dio las gracias por el detalle, lástima del corazón debilitado y de la dosis algo más pura de lo normal. Sus dotes de persuasión y un buen fajo de billetes, convencieron al médico para que no dijera nada de la adicción de su paciente.

—La familia ya sufre bastante, que se enteren de que el viejo era un vicioso no va a solucionar nada, solo traerá más sufrimiento.

Así Conrado se convirtió en un hombre importante con una desahogada posición económica y un negocio propio que iba viento en popa. Lógicamente, también tenía planes para la importante fortuna de su esposa, una fortuna poco afectada a pesar de las pérdidas de la agencia de su padre, y esos planes no incluían a Julia.

Más no es en el pasado donde tiene Conrado puesta la mente. Ahora mismo está más pendiente del «trabajito» que le están haciendo. Se encuentra en la cama totalmente desnudo y la morena que tiene la cabeza entre sus piernas no es Julia, de hecho ni siquiera están en la cama en que duerme Conrado con su esposa. Está en casa de Eva, la morena atareada, y se siente en la gloria. Julia, está en «el hogar» con sus cuatro hijos, el perro «Cerberero» y unos veinticinco carísimos peces tropicales.

Conrado no ama ya a su esposa, en ocasiones se pregunta si la llegó a amar alguna vez, y en lo que respecta a sus hijos, los considera una obligación cumplida, de ellos solo espera que no le ocasionen problemas.

Lo cierto es que el amor de su vida es su propia persona. Los demás solo merecen su atención en función del beneficio que les pueda extraer. Julia es un buen negocio, ella ignora que los actos de su marido provocaron la muerte de su padre, pero tiene motivos para no ser feliz. Tiene la sensación de haberse casado con un depredador y, lo más lamentable, es que se siente ya devorada y echada a un lado. Percibe que solo su papel de madre y esposa acompañante impide que sea repudiada. Eso y su fortuna, aunque tiene la firme intención de no cederle ni un céntimo a su marido, claro que su marido eso ya lo sabe.

Eva, su amante y mantenida, sabe que es un instrumento que Conrado emplea cuando le viene en gana. Apenas se siente compensada por la casa y la generosa cantidad de dinero que le entrega todos los meses. Oficialmente figura como

secretaria de dirección, aunque su labor está siempre más cerca de la cama que de la mesa de trabajo.

Eva no quiere pensar en ello, pero Conrado le da miedo, sus ojos son glaciales y escrutadores y la única chispa de emoción que le ha visto es la que aparece en sus orgasmos, por lo demás silenciosos y con estremecimientos violentos y breves. Piensa constantemente en abandonarle, marcharse tan lejos como le sea posible y tras cada encuentro se jura que ese será el último, pero una voz en su interior se burla de ella canturreándole que ese día no llegará nunca porque le falta valor para enfrentarse a él.

Conrado arquea la espalda y agita la respiración. Eva incrementa el ritmo y él la coge del pelo empujando y estirando con fuerza, aunque el dolor hace que le salten las lágrimas no se atreve a detenerse, en una ocasión lo hizo y llevó gafas de sol una semana entera. Por fin él se desfoga. Ella se echa enseguida a un lado mientras él se levanta en dirección al cuarto de baño ordenándole que se vista. Luego cogerá su coche: un magnífico deportivo italiano, Eva no recuerda exactamente la marca ni le importa tampoco, y se marchará. Suspira torciendo el gesto ante el amargo sabor que tiene en la boca. Él tiene una eyaculación generosa pero la amargura cenicienta que siente en el fondo de la garganta no se debe al semen de Conrado. Se viste deprisa, observando con tristeza el mechón de cabello negro que destaca sobre las sábanas, y sale de la habitación, lo mejor es que él no la vea, ya no tiene nada que decirle y se marchará enseguida.

Conrado se mete en el coche y gira la llave del arranque. Está inquieto y no sabe por qué. Apoya las manos sobre el volante, pensativo. Quizás Eva ya no le satisfaga, tendría que buscar otra mujer, una más joven piensa. Eva solo tiene veintidós años y él ya no verá los cuarenta y cinco, pero le gustan realmente jóvenes. De hecho, hace algún tiempo que viaja por ciertos países con la excusa de entablar contactos comerciales, pero su objetivo real son las jovencitas, niñas en realidad, que le acompañan al hotel con la infancia maquillada por el hambre y la desesperanza. Conrado no teme que le cojan, los contactos adecuados y una buena cartera le mantienen a salvo. Sonríe y es como un depredador que enseña los dientes. Sí, piensa, Eva ya ha dejado de serle útil, tendrá que deshacerse de ella y solo la idea le provoca una sensación levemente placentera. Un viajecito tampoco estaría mal, conoce un lugar en que por veinte euros tienes una virgen. Nota con sorpresa que está teniendo una erección y sonríe complacido.

—Aún estoy en forma —se dice—. Está claro que la pequeña Eva se ha hecho mayor —ríe mientras se mira en el retrovisor para asegurarse de que no quedan restos de la cocaína que acaba de esnifar antes de salir. La nieve le da sensación de poder y se permite alguna raya que otra, aunque él controla o eso es al menos lo que se repite cada vez que aspira el polvo blanco.

Gira el coche hacia la carretera solitaria y se prepara para acelerar a fondo pero no tiene ocasión. Frente al coche se encuentra un hombre que le observa. No puede

evitar un escalofrío ante la mirada del otro y eso convierte su sorpresa en irritación. Abre la ventanilla y asoma la cabeza sintiendo como el calor le da una bofetada en el rostro enjuto y pálido.

—¡Apártate! ¿Quieres que te atropelle?

El hombre sonríe.

—Casi llego tarde Conrado —le dice con voz suave—. ¿Tienes prisa o es que Eva ya no te complace como antes?

Conrado frunce el ceño, ¿le conoce? El rostro moreno con barba de tres días no le dice nada pero es obvio que el extraño sí le conoce. Le ha llamado por su nombre. Hay algo familiar en él y es algo que le provoca una sensación de tirantez en el bajo vientre. Sacude la cabeza con impaciencia, demasiada coca, piensa y le grita al extraño:

—¡¡No sé de qué coño vas, capullo!! ¡¡Apártate o te pasaré por encima!!

—Oh no, no creo que lo hagas. No por escrúpulos, eso me consta, pero podría abollar ese coche tan bonito y tú no quieres eso, ¿verdad? De todas formas, solo quiero que me dediques unos minutos. Vengo a proponerte un buen negocio —el hombre se va acercando al coche con toda tranquilidad.

—¿Un negocio? —repite Conrado—. ¡Menudo chiflado! —Se asegura de llevar puesto el seguro de las puertas del coche y coge el móvil para llamar a seguridad.

—Ellos le pondrán en vereda —comenta para sí—. Les diré que me ha amenazado y que le den una buena paliza. Puede que hasta me quede a verlo.

Sonríe mientras marca el número. Cuando se quiere dar cuenta el extraño ha abierto la puerta del pasajero y se sienta a su lado.

—Yo no haría eso —susurra y le arrebató el móvil de las manos.

Conrado siente miedo. ¿Cómo ha entrado si ha echado el seguro? Tira de la palanca e intenta salir del coche. En vano. La puerta está fija y no consigue moverla.

—Escucha —se apresura nervioso— tengo un montón de dinero en la cartera y te daré también el reloj, es de oro, y... llévate el coche ¿de acuerdo? —Observa a su acompañante. Este le mira con una leve sonrisa sarcástica mientras niega con la cabeza.

—No Conrado, no quiero tu dinero ni tu reloj ni nada tuyo excepto una cosa, pero no estoy aquí para robarte, eso te lo dejo a ti. Estoy aquí para negociar. Quiero comprar algo que tienes y estoy dispuesto a pagarte bien.

¿Negociar? Este tipo está realmente chiflado, piensa Conrado. Decide seguirle la corriente, hacer tiempo. Hay un coche de seguridad que patrulla la urbanización, con un poco de suerte no tardará en pasar por allí.

—De acuerdo —asiente—, vamos dentro y hablaremos, si tu proposición me interesa llegaremos a un acuerdo y... —Se detiene al oír la risa del otro.

—No, no Conrado, no iremos a ninguna parte. Negociaremos aquí mismo.

Conrado mira de reojo hacia la casa con la esperanza de que Eva esté mirando y comprenda que ocurre algo extraño. Eva no está mirando, está en la duchando

frotándose la piel hasta enrojecer sin querer saborear las lágrimas que se mezclan con el agua casi hirviendo.

—Es de lo más sencillo. Mi, eh, jefe quiere presentarte una oferta y me ha encargado tu expediente. Intentaré llegar a un acuerdo que sea satisfactorio para todos o me iré sin más. Repito, lleguemos o no a un acuerdo, no volveremos a vernos ni te daremos otra oportunidad, ¿está claro? —Los ojos claros son penetrantes y desde luego no parecen los de un desquiciado.

—¿Qué tengo yo que te pueda interesar? —Conrado se relaja un poco. La situación es extraña y el tipo más todavía, pero si quisiera hacerle daño o robarle, ya lo habría hecho en vez de hablar tanto.

—Queremos comprar tu alma Conrado.

—¿Mi qué? —No puede evitar el tono burlón—. ¿Quién se supone que eres tú: el demonio?

—Te hablo muy en serio. Queremos comprar tu alma y estoy dispuesto a escuchar tu precio.

—No creo en esas idioteces. ¿Qué es esto, una cámara oculta? —Conrado mira a todas partes casi esperando que salga alguien aplaudiéndole por ser tan perspicaz. No sale nadie.

—No importa que no creas, me dices tu precio, yo te lo abono y a cambio me quedo con algo que no existe. Un negocio redondo ¿no te parece? Sacas una compensación por algo que ni siquiera tienes.

—A ver si lo entiendo —se arrellana en el asiento y suelta el volante al que, sin darse cuenta, estaba aferrado con todas sus fuerzas—. Yo te vendo mi alma. Firmo un contrato con sangre y me condeno al infierno y a cambio tú me entregarás lo que yo te pida —Conrado enarca las cejas subrayando la frase con sarcasmo, empieza a preguntarse si no estará sufriendo una especie de alucinación provocada por la cocaína.

—Bueno, algo así. Pero bastará con que firmes con una pluma y en lo que se refiere al infierno depende solo de ti. Ten presente que hay más espíritu en el ser humano que el alma que viene de Dios.

—Ya. Así que más espíritu... Bueno, de acuerdo. Venga te vendo mi alma pero a cambio quiero la inmortalidad —reprime una sonrisa, si está alucinando, por lo menos intentará divertirse. Está convencido de que despertará de un momento a otro y se reirá de si mismo.

—¿La inmortalidad? Lo siento, pero no puedo negociar con imposibles. Solo puedo aceptar costes que sean asumibles, algo que esté al alcance del ser humano, ya sea por su esfuerzo, la fortuna o la combinación de ambos.

Conrado se detiene pensativo, decide plantearse que es todo real e intenta concluir qué es lo que pediría en una situación así. El hombre de negocios toma las riendas y por fin tiene una propuesta.

—De acuerdo. Quiero carisma y magnetismo personal. Que la gente se sienta

atraída hacia mí. Quiero centrar la atención de todos y que se me escuche como a un iluminado.

—Mm, bueno, supongo que ese es un precio que puedo considerar. Solo te diré que no podré otorgarte la posibilidad del engaño. Serás un iluminado para quienes te quieran ver así y posiblemente, sean muchos, pero te advierto que habrá quienes sean capaces de ver más allá de tu fachada. Por lo demás, y si estás de acuerdo con estas puntualizaciones, podemos firmar el contrato.

—Me parece bien. Acabemos de una vez.

El caminante saca un rollo de papiro del interior de su camisa. Conrado no deja de observar que a pesar del calor, el rollo está totalmente seco, como si el hombre fuese inmune al calor y no sudase. El Caminante le entrega el papiro para que lo lea:

El abajo firmante dona su alma al poseedor del presente documento a cambio de ser investido de la capacidad de doblegar a los pobres de voluntad y guiarlos por la senda que elija mostrarles.

El documento es escueto y claro pero Conrado se gira asombrado, ¿cómo puede figurar su petición en el documento? No ha visto al hombre escribir durante el rato que han estado juntos. No puede evitar un escalofrío, quizás sea una alucinación, una jugarreta de su mente, pero todo parece tan real que empieza a sentir miedo de nuevo. Firma presuroso y el Caminante, sin despedirse siquiera, sale del coche y se pierde tras la pendiente de la carretera.

Conrado está con la mirada perdida cuando oye un motor que se acerca. Los guardas de seguridad de la urbanización bajan la ventanilla y le dicen algo. No les oye, baja su propia ventanilla y les interroga con la mirada.

—Perdón señor, ¿se encuentra bien?

—Sí, claro que me encuentro bien y a ver si espabilamos que aquí se cuele cualquiera.

Los guardas se miran entre ellos, por el aspecto desencajado del rostro y la mirada extraviada de Conrado, saben que está cargado hasta las cejas así que deciden que no le dejarán salir con el coche. No es la primera vez que se tienen que ocupar de casos así.

Más tarde, intentarán recordar lo que sucedió, tenían la intención de no apartar su todo terreno impidiendo así la marcha de Conrado y bajaban ya del coche para hablar con él, pero este empezó a gritarles y sus recuerdos ya no les pertenecen. Bernardo, uno de los guardas, asegura que pasó de estar abriendo la puerta del coche patrulla a ver como se alejaba el deportivo rojo a toda velocidad, lo que ocurrió entre esos dos momentos está en blanco. Bernardo y su compañero se miran perplejos. Finalmente reaccionan y Jesús el compañero de Bernardo, toma el walkie-talkie y habla con la garita de la entrada.

—Adolfo, va para allá el tipo del Ferrari, ni se te ocurra subir la barrera, va

totalmente colocado, se debe haber metido media Colombia en el cuerpo así que entretenlo como puedas, pero que no salga. Ahora vamos nosotros para allá.

Cuando la policía le tomó declaración, Adolfo no fue capaz de explicarles porque abrió la barrera a Conrado. Recordaba haber visto llegar el deportivo a toda velocidad, el frenazo seco a punto de llevarse la barrera por delante, la ventanilla del coche bajando y el rostro colérico del conductor gritándole y luego nada, solo la sensación de que su voluntad ya no le pertenecía y que nada le haría más feliz que complacer los deseos del hombre que segundos más tarde se empotraba contra el camión que circulaba en ese momento por la carretera que pasaba frente a la urbanización. Conrado murió en el acto, al menos eso le dijeron a Julia, tampoco tenían manera de saberlo con certeza, quedó tan incrustado en su propio coche que los bomberos tardaron dos horas en sacar el cadáver. Julia se tomó una copa de cava mientras le deseaba a su difunto marido que se pudriera en el infierno.

Adolfo por su parte, decidió no contar lo que le había ocurrido en realidad, tampoco hubiera sido capaz, prefirió mentir declarando que las interferencias le habían impedido recibir el mensaje completo.

El Caminante lo ve todo desde la curva que baja hasta la entrada de «Afueras de Llanos» y asiente complacido: Buen trabajo, piensa, conseguiste lo que deseabas y yo también. Luego se da la vuelta y desaparece.

Jaime
El Señor de los Caramelos

Aún recuerdo su rostro enjuto y ceniciento sombreado por una barba rala. ¿Cómo podría olvidar su aliento, la mirada de hurón o el pánico que me inspiraba?

Venía sin falta, todos los viernes a casa...

—Nuestra pequeña cita, Dani.

... para cuidar de mí mientras Mamá hacía el turno de noche. Sí, me acuerdo bien del tío Jaime. Uno jamás olvida los monstruos de su infancia.

—Yo me comería la sopita, Dani o tendré que llamar al Señor de los Caramelos y ya sabes lo que pasará. Te llevará con él, chaval, y entonces será el llanto y crujir de dientes —el tío Jaime me sonrío con sus dientes torcidos y manchados de nicotina. Odio la sopa de verduras y Mamá lo sabe, pero ya se encarga el tío Jaime de que no falte ningún viernes.

—Ya lo sabes Elisa, que no me falte la sopita de verduras. De crío la comíamos en casa todos los viernes y ya ves, te hace todo un hombre.

Mamá le tiene miedo al tío Jaime, igual que se lo tenía a Papá hasta que se mató en el accidente. Yo también le tengo miedo pero además, le odio con todas mis fuerzas. Siempre está amenazándome con que llamará a El Señor de los Caramelos.

—¿Quién es ese? —le pregunté la primera vez que lo mencionó. La verdad es que con ese nombre no era precisamente temor lo que despertaba.

—¿Qué quién es? —acercó su rostro al mío hasta echarme el aliento de tabaco y de algo más, como podrido, de fondo.

—Tiene muchos nombres, uno especial para cada condenado. Digamos que se desliza hasta el fondo de las cosas, descubre tu debilidad y le da forma. Entonces se limita a esperar. Muchas veces su espera es en vano, pero si alguien lo conjura, mira en tu corazón, toma el nombre y surge como una bestia rabiosa. Para los mocosos como tú, es el Señor de los Caramelos y si yo lo conjuro, le llamo Dani, si yo le llamo —me aclaró ante mi ceño de duda—, entonces te marcará dándote una bolsa de caramelos. A partir de ahí, te quedará una semana y luego adiós.

—Yo no acepto caramelos de extraños —intenté que no se me notase el miedo sin mucho éxito ¡Joder, apenas acababa de cumplir nueve años!

Volvió a sonreír, era una mueca que nunca le llegaba a los ojos.

—Eso mi querido Dani no será necesario. La encontrarás un día, una bolsa de caramelos de lo más normal, encima de tu cama, dentro de tu mochila, en un bolsillo. Incluso puede que te la dé yo mismo, solo tú sabrás lo qué es, luego una semana y será como si nunca hubieras existido.

Sabía que yo estaba a punto de llorar, pero no rompía a reír diciéndome que estaba bromeando o algo por el estilo. El tío Jaime no bromeaba, es más, disfrutaba con mis miedos. Aspiró el humo de su eterno cigarrillo mirándome complacido.

—Pero Mamá no dejaría que me llevase —le susurré tembloroso.

—¿Mamá? Mamá no podría hacer nada, Dani. Esto es algo entre tú y él. Durante esa semana tu madre, tus amigos, empezarán a verte como a través de una bruma, solo te sentirían cuando estuvieses delante o alguien mencionase tu nombre, pero en

tu ausencia, ni siquiera pensarían en ti y así al cabo de una semana, cuando desaparecieses, nadie te recordaría, nadie excepto quién ha hecho la conjura. Ese recuerda siempre. ¡Je, je! No tendría gracia si no pudieras recordarlo —siguió riéndose hasta ponerse rojo, luego le dio un acceso de tos, una tos violenta y repleta de flemas de fumador empedernido. ¡Cómo deseé que se asfixiara allí mismo!

De eso hace dos años. Lo recuerdo por la llegada del Señor de los Caramelos a mi vida y también porque esa noche después de enviarme a la cama, el tío Jaime vino a darme las buenas noches. Fue la primera de muchas noches.

—Vamos Dani, cómete la puñetera sopa o le llamaré de verdad —se estira por encima de la mesa y me coge el brazo con fuerza acercando su cara de hurón estreñido a la mía.

—Cómete la sopa —gruñe. Su aliento apesta a días grises y algas podridas al sol. Siempre está haciéndome daño, se lo digo a Mamá pero cuando ella le pregunta, él se ríe y dice que solo jugamos, que soy un blandengue. Ya he dicho que Mamá le tiene miedo. También le tenía miedo a Papá porque nos pegaba y gritaba todo el tiempo, pero con el tío Jaime, el hermano mayor de Papá, es distinto. Papá estaba atormentado por sus demonios pero el tío Jaime no parece atormentado por nada, simplemente es así.

Me como la sopa sin rechistar controlando las náuseas, me advirtió en una ocasión que si se me ocurría vomitar, lo limpiaría con mi cara.

Él nunca come sopita, solo fuma y me observa y en su rostro baila siempre esa sonrisita complacida. De pronto parece perder el interés por mí.

—Voy a ver la tele. Recógelo todo cuando acabes y luego te metes en la puñetera cama —abre la nevera y saca un paquete de seis de cervezas—. Ya iré a darte las buenas noches. Ya sabes, para ver si estás bien —se marcha al salón con una risita y encendiendo un cigarrillo.

—¡Ojaláojaláojalá! —murmuro como un hechizo, recordando que en el paquete dice: Fumar puede Matar. No puedo aguantar más y me echo a llorar. Cuando venga a darme las buenas noches, estará borracho. Yo me haré el dormido. No puedo decir nada, no puedo sentir nada, tengo que procurar ser nada, así será como si no me ocurriera a mí.

—Si dices algo a alguien, le llamaré y vendrá a por ti.

Acabo de recoger y paso por el salón. Está tumbado y va por su segunda cerveza. El televisor está girado de tal manera que no veo la pantalla, aunque por los gemidos sé que no son las noticias. Paso deprisa hacia mi cuarto. No me dice nada, pero noto su mirada que me persigue como un escalofrío.

Al día siguiente lavo el pijama a mano en el cuarto de baño para que Mamá no se dé cuenta de nada y voy a desayunar. Mamá ya ha llegado y está hablando con el tío Jaime. Me detengo en el pasillo, no pienso entrar en la cocina hasta que él se marche. Están hablando en voz baja y la voz de Mamá suena más que cansada, es la voz de

alguien vencido. La voz del tío Jaime es sinuosa como una serpiente.

—Vamos Elisa, es lo mejor para todos. Mírate matándote a trabajar y también está el chico, necesita un hombre en casa...

—Maldito cerdo, no necesito nada de ti.

—... sería como si el pobre Antonio, que en paz descanse,...

—Ojalá, ojalá, ojalá... te reúnas en el infierno con él.

—... estuviese otra vez en casa. Tengo la pensión Elisa, da para vivir bien y puedo cuidar de vosotros.

—No sé, Jaime, es todo tan precipitado. Apenas hace tres años de lo de Antonio, y yo todavía...

—Vamos, vamos —la apremia impaciente—. ¿No irás a decirme que le guardas luto? —Su tono se torna sinuoso de nuevo— Toni lo habría querido así y el chico y yo nos llevamos tan bien...

—Ojalá, ojalá, ojalá.

Papá era un auténtico cabronazo, siempre a gritos y golpes con todo y con todos. Recuerdo que cuando era más pequeño, me bastaba con oír la puerta de casa para orinarme encima. Papá solucionó ese problema con unas cuantas bofetadas bien dadas. No es que bebiese o algo así, no, es que era un insatisfecho atormentado y nosotros la causa de todos sus males. El día que se mató empotrándose contra un árbol yo ni me molesté en llorar. Mamá sí, se pasó todo un día llorando pero estoy seguro de que fue primero por el alivio que sintió al librarse de él y luego de pura desesperación al enterarse de que el seguro de vida se lo llevaron las deudas que había acumulado sin que ella se enterase. El trabajo de Mamá en el almacén no daba para mucho, sobre todo con la hipoteca todavía pendiente y yo que no paraba de crecer, así que hacía todas las horas extras que podía y todos los viernes se quedaba en el turno de noche para recibir las mercancías.

Sin embargo, con todo lo malo que era Papá, le tengo más miedo y sobre todo, odio al tío Jaime.

El tío Jaime no venía mucho por casa cuando Papá vivía. No parecía que se llevasen muy bien siendo la única familia que tenían. El tío Jaime era diez años mayor y al quedarse huérfanos, un incendio cuando Papá solo tenía cinco años, él se hizo cargo de todo. Claro que ahora que lo pienso, no debería extrañarme tanto que Papá no quisiera verlo mucho, supongo que yo no fui el primero en recibir sus buenas noches.

Oigo al tío Jaime cerrar la puerta de la entrada y voy a la cocina. Mamá está sentada con la cara apoyada en las manos. Está llorando, son lágrimas lentas y gruesas, de resignación.

—Mamá —le acaricio el pelo—. ¿Qué pasa Mamá? —Se sobresalta.

—Nada cariño, es solo que estoy cansada, en cuanto duerma un poco estaré mejor. ¿Qué quieres desayunar? —Intenta sonreír pero le veo la mirada abatida.

—¿De qué hablabais el tío Jaime y tú?

La pregunta la coge por sorpresa y noto que se irrita un poco.

—Cosas de mayores Dani, nada importante —se levanta y abre la despensa, no quiere mirarme a los ojos—. Anda tómate la leche. ¿Quieres galletas o magdalenas? Mira, hay de chocolate, tus favoritas.

Le digo que me da igual, que las galletas estarán muy bien. Me coloca la leche delante sin mirarme a la cara. Tiene los ojos enmarcados en grises y violetas.

—Oye —me espeta de pronto—. ¿Te cae bien el tío Jaime?

—¿Por qué? —me atraganto.

—Apenas tenemos familia y es tu tío, Dani. Te quiere mucho y se preocupa por ti y también por mí y es... bueno, es un buen hombre.

—¿Buen hombre? Ojalá, ojalá, ojalá.

—¿Vas a casarte con él Mamá? —No puedo evitar que se me quiebre la voz—. No lo hagas Mamá, me tienes a mí, ya tengo once años, Mamá, puedo ponerme a trabajar y...

—No seas tonto —me acaricia la cabeza—. Eres un crío todavía y no podemos seguir así y Papá estaría encantado —la oigo hablar y sé que es el tío Jaime quien habla. Quiero seguir suplicándole que no lo haga, que el tío Jaime es realmente malo, peor que Papá, que me hace daño, un daño horrible y que se lo hará a ella que... No digo nada. Me está mirando a hurtadillas y sé que no quiere oírlo, que ha llegado a su límite y quiere creerse la patraña que le vende el tío Jaime y ella necesita comprar. Mamá se casará con el tío Jaime y entonces habrá sopita de verduras todas las noches.

Salgo de casa en cuanto se acuesta Mamá. Casi no veo por donde voy, la mirada en el suelo y temblando de miedo y desesperación. Me duele la cabeza y también «ahí» donde siento una sorda palpitación, un recuerdo del tío Jaime.

—No puedo dejar que ocurra, no puedo dejar que ocurra —me voy repitiendo y entonces alguien me coge del brazo clavándome los dedos.

—¿Qué pasa Dani? Parece que hayas visto un fantasma —es el tío Jaime. Me maldigo por no mirar por dónde iba. Jamás me acerco a esta zona del barrio, aquí está el bar favorito del tío Jaime y el tío Jaime se pasa la vida en su bar favorito.

—¿Adónde vas tan deprisa? Entra a tomarte algo con tu tío Jaime —su voz es amable pero la mano es cruel. No me resisto y entramos al barucho donde se pasa todo el día. No sé de qué vive el tío Jaime, trabajar no trabaja, eso seguro—. Incapacidad permanente —le oí explicarle a un vecino en tono resignado. No sé lo que es eso, pero sonaba tan falso como todo lo que hay en él.

El Bar Paco —conocido como el «Piojoso» en el barrio— es apenas un cuchitril con una barra que conserva recuerdos de cafés y copas esparcidos por toda su superficie. Cuatro mesas apiñadas al fondo ocupadas por abuelos jugando a las cartas y un par de estantes de botellas mugrientas, ocupan todo el resto del bar. Recuerdo que hace un par de días se montó un buen follón en el Piojoso, dicen que hasta murió alguien y todo.

Tío Jaime pide un carajillo especial, bombón con ron Negrita, y para mí un zumo de melocotón del tiempo, no quiere que me resfríe, me dice. Casi le digo que no me gusta el zumo de melocotón, tan espeso que parecen flemas, pero me callo a tiempo, no quiero acabar bebiendo zumo de melocotón todos los días.

—No te muevas —me susurra mientras cuenta monedas para sacar tabaco de la máquina—. Hostia, Paco, ¿no va la máquina?

—Se jodió ayer —replica lacónico Paco—. Si quieres uno de estos —le ofrece un cigarrillo pero tío Jaime ni le responde y Paco, «el Piojoso», sigue frotando un vaso con un trapo de color indefinido.

—Oye Dani, toma esto —unas monedas húmedas que casi dejo caer—. Vete al estanco y cómprame dos paquetes de Winston ¡Vamos mueve el culo!

Lo muevo. Sin tabaco, el tío Jaime puede ser peligroso de verdad.

Vuelvo jadeando, no tanto de correr como del miedo que me aprieta el pecho sin dejarme apenas respirar.

—¿Por qué coño has tardado tanto?

—Había mucha gente.

Abre el paquete con prisa ansiosa y solo se relaja cuando consigue encender el pitillo. Me mira de reojo.

—Ponme una copa Paco y tú tómate el zumito.

Me tomo el «zumito» convencido de que voy a vomitar pero me sorprende y no vomito, no.

De pronto el tío Jaime se inclina hacia mí.

—Escucha, Dani —su aliento enmascarado por el alcohol me envuelve como un sudario—. Mamá y yo hemos estado hablando y hemos decidido que lo mejor para todos es que nos casemos —me coge el brazo.

»Ella quiere y yo también —me aprieta el brazo—. Pero está preocupada por ti.

Me hace daño de verdad y noto como me saltan las lágrimas.

—A mí me jodería que siguiese preocupada, ¿sabes? Y supongo que a ti también —el último apretón me arranca un gemido.

—Coño Jaime, ¿qué cojones le haces al crío?

—¡A ti que coño te importa! —El dueño del Piojoso se echa hacia atrás. Está claro que no soy el único que le tiene miedo al tío Jaime—. Estás tú muy raro de un tiempo a esta parte, metiéndote en los asuntos de los demás —el Piojoso descompone el gesto, como si le hubiesen golpeado. El tío Jaime se da cuenta de que ahora todos los abuelos nos observan.

—Ponme otra copa anda —me suelta y sonrío como si nada—. Tranquilos, joder, es mi sobrino, el de mi Antonio, que en paz descansa. Su madre está preocupada por él porque se está haciendo un golfillo y solo estábamos hablando. ¿Verdad, Dani? —Digo que sí con la cabeza. Paco me echa una mirada dubitativa y luego se encoge de hombros.

—Bueno, los críos ya se sabe, no hay quién pueda con ellos —murmura y vuelve

con su vaso.

—Lárgate —me espeta de pronto el tío Jaime—. Nos veremos el viernes que viene. Recuerda lo que te he dicho si no quieres que llame a quién tú ya sabes.

No puedo creerlo: cuando llego a casa, Mamá ya está levantada cuando nunca lo hace antes de media tarde y eso porque la despierto yo. Ha estado preparando la comida, filete con patatas fritas y bizcocho de crema. Se me hace la boca agua. Encima esa tarde me lleva al cine a ver la última de Harry Potter y, aún más, nos vamos a tomar una hamburguesa para cenar. Me tengo que pellizcar varias veces para comprobar que no estoy soñando. Mamá parece otra, más alegre, más ligera. ¿Todo esto será para que no vuelva a mencionar al tío Jaime? Me da igual, solo por verla sonreír vale la pena.

El domingo pedimos *pizzas*, con doble de queso, para comer y además alquilamos un par de pelis en el videoclub.

Más tarde, al volver de dar un paseo, me pregunta que hace un cenicero en la mesa, si me he puesto a fumar. La miro extrañado. Es del tío Jaime le explico, claro que no fumo y es la verdad, ver el tabaco me recuerda a su aliento en la espalda.

Fumar puede matar.

Algo se enciende en su mirada, como un temor dormido y vuelve a dejar el cenicero en la mesa.

El lunes cuando vuelvo del colegio, Mamá me espera muy sonriente: le han ofrecido el puesto de encargada, me cuenta mientras me da la merienda, empieza el mes que viene. Me da un beso y me recuerda que haga los deberes pronto para poder ver juntos nuestra serie favorita.

¡Encargada! De pronto todo parece que va a ir bien y no puedo evitar sentirme algo asustado. A Mamá le subirán el sueldo y así no tendrá que hacer tantas horas extras, no se pasará el día hecha polvo sin ganas de nada. Esa noche me acuesto con la sensación de que algo bueno por fin está ocurriendo.

El martes mientras juego al ajedrez con Mamá —la gano fácilmente aunque supongo que se deja— llaman al teléfono. Observo a Mamá mientras un velo parece oscurecer su mirada. Es el tío Jaime.

—Claro, Jaime... Sí... El viernes lo hablamos. ¿Dani? Muy bien, muy bien. Mejórate... Hasta el viernes —me mira con el ceño fruncido—. Tu tío Jaime. Que recuerdes que a lo mejor trae caramelos el viernes —se detiene confusa—. ¿Por qué diría eso? —me mira y sacude la cabeza como alejando un mal presagio. Seguimos jugando mientras respiro lentamente intentando que no me salga el corazón por la boca.

El jueves Mamá anda preocupada murmurando todo el rato en voz baja. De pronto se gira y me dice:

—Dani cariño, lo siento pero mañana por la noche quizás tengas que quedarte solo. No tengo a nadie para cuidarte. De todas formas, ya eres un hombrecito —me

sonríe— casi doce años.

Estoy a punto de ponerme a dar saltos de alegría pero me contengo.

—¿Y el tío Jaime? ¿No viene?

Me mira como si la hubiese abofeteado.

—¿Jaime? —de pronto vuelve a sonreír— Supongo que no podrá venir, cariño. Además es la última noche que hago, pero si quieres hablo con Luisa, la vecina, y...

—No, no —me apresuro—. Estaré muy bien Mamá, de verdad, estaré muy bien —la abrazo y le digo que la quiero.

El viernes por la tarde el cenicero ya no está en la mesa. Mamá me ha dejado una tortilla de patata y helado de chocolate con nueces para cenar.

Fumar puede matar.

En los paquetes que le llevé al tío Jaime esa mañana no ponía ninguna advertencia, pero él ni se fijó. El Señor del Tabaco me dijo que si los quería que los cogiese y que si no ya vendría otro, mientras me clavaba un ojo azulado que me dio escalofríos. El otro estaba tapado por un parche. También me fijé que tenía pequeñas bolsas de unos extraños caramelos oscuros.

Sí, recuerdo bien al tío Jaime y tenía razón, no tendría gracia si quien lo conjura, no lo recordase.

Matías
Ángel de la Guarda

Matías es el mejor amigo que he tenido y posiblemente la mejor persona que haya conocido, lo cual no quita que a la hora de la venganza fuese uno más. Como yo.

Matías era un tipo alegre con la sonrisa bailando constantemente en la mirada como si todo en la vida tuviera un lado cómico. Ni alto ni bajo, ni guapo ni feo, tenía constitución atlética aunque con la edad y el «buen yantar» que tanto le agradaba, había visto como se iba ampliando la circunferencia de su cinturón. No era especialmente religioso, católico por comodidad aunque nada practicante, pero sí era supersticioso, de los que se santiguan cuando se cruza un gato negro en su camino, evitan pasar por debajo de una escalera y odian los espejos rotos. No por la mala suerte decía, sino porque son puertas a lugares oscuros y romperlos era abrir esas puertas.

Es cierto, Matías tenía sus peculiaridades. Sin embargo, todo esto solo sazonaba un carácter por lo demás abierto y optimista que caía bien a todo el mundo, cosa que lamentablemente no puedo decir de mí mismo.

Matías estaba casado con Esther, la belleza oficial de la Facultad de Derecho en la que ambos estudiamos. Desde luego él no era el mejor partido de entre quienes acosaban a la hermosa Esther —se rumoreó en su momento que hubo un catedrático dispuesto a arrojarlo todo por la borda, familia y prestigio, por ella— pero al final fue Matías quien la llevó al altar para envidia de muchos entre los que, he de admitirlo, me encontraba yo.

Con el tiempo nos distanciamos, a pesar de ejercer la misma profesión, y solo nos veíamos de cuando en cuando hasta hará unos cinco años. Coincidimos en un caso de atropello en el que el encausado había decidido que era mejor no detenerse para evitar problemas. Lamentablemente para él hubo un testigo: Una venerable ancianita con una vista de lince y el firme propósito de que a la pobre chica arrollada se le hiciera justicia. La pobre chica en cuestión sufrió fracturas múltiples en una pierna por las que le quedarían secuelas de por vida. Más lamentable todavía era que el encausado no tuviera seguro, el muy cretino se gastó el dinero en un par de juergas, pero sí tenía un papá muy rico. Y para acabar con tanto hecho lamentable, el papá decidió que su niño fuese defendido por un buen abogado que lo sacase del atolladero al menor precio posible y sin pactar con la parte contraria. Yo era el abogado de Don Severino Calesa Muñoz, sí el de «Construcciones Calesa, S.A.» y tuve el «honor» de defender a su hijo Seve, un capullo integral. No pude negarme, era mi mejor cliente y lo conocía bien, decirle que soltara la mosca y diese gracias por poder solucionarlo con dinero y no con dinero y además cárcel, como ocurriría si el tema se presentaba ante el juez, era inútil.

A la chica, una estudiante muy mona de veintiún años, la representaba Matías y así fue nuestro reencuentro.

Del proceso mejor no hablar, ni de la cantidad que Don Severino Calesa se vio obligado a pagar ni de la pena que le impusieron a su hijo —aun lo libré de entrar en la cárcel, pero como si nada— y sobre todo prefiero olvidar la riqueza del

vocabulario con que me obsequió mi cliente antes de mandarme a paseo.

Al acabar, Matías de mucho mejor humor que yo por razones obvias, me invitó a comer y tengo que reconocer que, aun aceptando con desgana, a los diez minutos de estar sentado con él, estaba riéndome sin parar ante su inacabable repertorio de anécdotas e historias de nuestros tiempos de estudiante y que yo casi había olvidado. A partir de entonces, empezamos a vernos con mayor asiduidad. Llegamos a salir en pareja, él con una Esther a la que el tiempo había tratado con enorme generosidad, y yo con la «novia» que tuviese en ese momento.

Sí, sí que me había casado aunque no duró demasiado, apenas dos años. Supongo que nos casamos por inercia, todos nuestros amigos se iban casando y nos dejamos llevar. Al principio hasta fue bien, pero la relación no llegó a cuajar nunca y poco a poco nos dimos cuenta de que éramos un extraño el uno para el otro. Nos divorciamos amigablemente, no tuvimos hijos y cada uno tenía un buen trabajo, ella es pediatra, por lo que tampoco hubo problemas de pensiones ni de reparto de bienes. En fin, un capítulo bastante anodino de mi vida.

Así transcurrió un tiempo con Matías alegrándome la vida, a veces sin saberlo él, y yo sintiéndome un poco parásito de su buena fortuna. Pero hace una semana ocurrió algo. Habíamos quedado para salir y a Esther no le apetecía demasiado, le duele la cabeza, me dijo Matías y como yo andaba sin pareja que pudiese reconocer, salimos los dos solos. Al principio todo fue bien, las historias y verborrea de Matías me mantuvieron con la sonrisa en la boca, aunque añoraba la presencia de Esther. El problema fue que bebimos demasiado con la cena: dos botellas de un magnífico tinto de Utiel-Requena que empezó a sumir a Matías en un ánimo extraño. Al ver que se iba quedando cada vez más callado y con la mirada perdida, intenté animarle comentándole lo afortunado que era y lo mucho que le sonreía la vida.

—Sí, eso es cierto —comentó— pero no es tan fácil como parece. A veces tengo miedo ¿sabes? —se volvió a callar y a mí me dio un vuelco el estómago pensando que quizás había averiguado mi pequeño secreto.

De pronto pidió la cuenta y me sugirió que fuésemos a un local de copas de un cliente suyo. Cuando llegamos, hasta que se tomó el segundo *gin-tonic*, no soltó prenda. Entonces se giró hacia mí, encendiéndose un cigarrillo y me habló de los ángeles de la guarda. Al principio sonreí aliviado anticipando un chiste o una salida de las suyas, pero al cabo de un rato y ante su gesto inusualmente serio, empecé a pensar si no estaría perdiendo la cabeza. Ya he dicho que Matías no era una persona especialmente religiosa, así que su concepto de ángel de la guarda no era exactamente el que nos habían enseñado en las clases de religión. Afirmaba que a nuestro alrededor existen infinidad de mundos aparte del nuestro, mundos invisibles y que están habitados. En uno de ellos, al que él denominó «Limbo», vagaban los espíritus de aquellos que no habían contraído méritos suficientes para acceder a una esfera superior y que, por lo tanto, tenían que dedicarse a hacer el bien para poder alcanzar ese estadio evolutivo que les permitiese migrar a un mundo superior. A mí todo aquel

lío de limbos, esferas y espíritus me sonaba a una mezcla de cuentos de curas, superchería barata y exceso de alcohol, sin embargo Matías estaba tan serio que hice acopio de paciencia y encargué otro *gin- tonic* —el tercero— haciendo un esfuerzo para que no se me notase el aburrimiento.

Matías siguió contándome que los receptores de los actos de esos espíritus perdidos éramos nosotros. Cada espíritu elegía un mortal y se erigía en su guía, con lo que ligaba su destino al del mortal. Si este, al morir, accedía a la esfera superior, el espíritu le acompañaría, si no, le tocaba intentarlo de nuevo. Hizo una pausa, pegó un buen trago y luego me preguntó si hasta allí le seguía. ¡Joder!, pensé, claro que te sigo, se te ha ido la olla amigo, así que vamos a buscarla. No se lo dije, he conocido gente con convicciones tan disparatadas como las de Matías y aprendí que lo último que uno hace es reírse de ellos. Así que le respondí a Matías que sí, que lo había expuesto todo muy bien, que era muy interesante, que nos tomásemos una última copa y para casa. Me agarró del brazo y se acercó a mí. Admito que me atemorizó un poco, ese Matías de expresión tan grave era nuevo para mí.

—No he terminado —me dijo—. Aún no te he contado lo de «mi» ángel de la guarda.

Dos copas más, un par de cigarrillos y con los ojos entrecerrados a causa del humo, me enteré de que su ángel de la guarda era un borde. Tal cual, un borde. Le había costado años llegar a esa conclusión y no le cabía duda alguna. No es que fuese malo, simplemente le gustaba complicarle la existencia a Matías. Había comprobado que a lo largo de su vida, aquellas cosas realmente importantes por las que luchaba con denuedo y sobre las que tenía expectativas, acababan siempre mal. En el colegio por ejemplo, quiso formar parte del equipo de fútbol. Le gustaban a rabiar los deportes y sobre todo el fútbol y como no le faltaban condiciones decidió presentarse a las pruebas de selección. Tuvo la mala suerte de que el Padre Justo le pillara con un pin del Barça. El Padre Justo era el entrenador del equipo y además, acérrimo del Real Madrid. No se molestó ni en hacerle las pruebas, se limitó a descartarle argumentando que no tenía el carácter necesario para formar parte del equipo. Matías me juró que jamás en su vida había llevado un pin pero ese día de camino al colegio, lo había encontrado tirado en el suelo y decidió ponérselo para que le diera suerte. Se pasó la mano por la cabeza, encendió otro cigarrillo y me miró.

—Todo esto te parecerá una chorrada y no lo es. Aún hay más.

¡Qué rayada!, pensé, aunque me limité a asentir con la cabeza. Le escucharía mientras el barman me siguiese sirviendo *gin-tonics*.

Me preguntó si recordaba el concurso de relatos que convocaron cuando íbamos a C.O.U. Regalaban un equipo de música y él quería ese equipo de música más que nada en el mundo. Matías siempre había destacado en letras y era el ojito derecho de Don Félix, nuestro profesor de literatura, que lo consideraba un escritor en ciernes. Así que cuando presentó «El Ente» un relato de ciencia-ficción, todos dieron por sentado que el concurso ya tenía ganador. Don Félix estaba tan orgulloso de lo que

había escrito Matías que lo fotocopió para que todos los demás profesores pudieran leerlo. Así fue como cayó en manos de La Cuervo.

—¿Te acuerdas de La Cuervo? —me preguntó. Asentí acariciando la idea de pasarme al güisqui a palo seco en lugar de los *gin-tonics*.

—Esa tía nos odiaba, sacos de hormonas nos llamaba, no sería por lo que la mirábamos a ella ¡¡Qué fea era!! Pues ya ves, fue ella la que me denunció por plagio.

Al parecer había una historieta en un cómic de esos de la editorial «Marvel» que era bastante similar a lo escrito por Matías. Le descalificaron, claro, y eso que le lloró a Don Félix jurándole que no era más que una casualidad, que él ni leía cosas de esas, mas no hubo manera. Tan decepcionado estaba el profesor de literatura que en lugar del sobresaliente habitual, a final de curso lo despachó con un suficiente y eso porque suspenderle significaba tener que volver a verlo en septiembre y prefería perderle de vista. Se lo tomó muy a pecho el hombre. Matías se detuvo unos instantes para tomar aire y yo aproveché para pedir un par de güisquis dobles a ver si lo atontaba lo bastante como para que callase o me atontaba a mí para que no me importase el que no lo hiciera.

—¿Y sabes lo más cachondo? Que todo fue una casualidad, como con lo del pin. A La Cuervo no le iban los cómics para nada, esa es de las que leen las esquelas a ver si la ha palmado algún conocido, pero resultó que un sobrino de ella sí los leía y estando en casa del mequetrefe, vio el cómic en cuestión. Aun así, en circunstancias normales no se hubiera molestado ni en hojearlo pero, no te lo pierdas, se lo encontró en el váter así que para pasar el rato le echó un vistazo y bueno, el resto ya lo sabes.

Se bebió el güisqui de un trago e hizo una mueca extraña. Ahora cae redondo pensé yo pero no, le había gustado así que pidió otro y siguió con su historia.

—Te preguntarás cómo me enteré de todo esto —me miró y dio por sentado que mi balbuceo era un asentimiento—. Me lo contó Lucas, el hijo del conserje. A él se lo contó su padre que lo oyó en la sala de profesores. Le hizo mucha gracia al muy mamón, no paraba de berrear ¡¡La Cuervo fue a cagar y Matías la cagó!! Así que no me pude aguantar y le solté un guantazo y claro, él me soltó cuatro. ¡Menudo animal era el Lucas!

Se calló con la vista perdida y me fijé que le caía un hilillo de saliva por la comisura del labio. Estuve tentado de echar a correr, seguro que no se habría enterado, lo consideré seriamente y ya estaba deslizándome desde el taburete al suelo pero no me dio tiempo.

—¡Joder, menudo coñazo! —exclamó, dando una palmada sobre la barra. Se volvió hacia mí con una sonrisa. Suspiré aliviado, estaba entrando en razón otra vez.

—¿No te parece que esto es un coñazo? —me espetó regándome con gotitas de alcohol aderezadas con saliva.

—Hombre, ahora que lo dices... —No pude continuar.

—Pues nos vamos a otro local más tranquilo, con la música tan alta no hago más que forzar la garganta y mañana tengo una vista preliminar a primera hora. Así te

acabo de contar, que nos hemos quedado a medias.

¿A medias? Se me cayó el alma a los pies así que intenté defenderme, sin demasiado éxito la verdad.

—Matías que son las tres de la mañana.

—Ya, ya lo sé. No te preocupes que conozco un «after hours» que no cierra hasta las seis.

Y nos fuimos al «after hours». Conducía Matías con esa concentración de los muy borrachos, así que hicimos el trayecto en silencio. A pesar de la borrachera y de provocar bocinazos y que nos diesen todo tipo de «recuerdos» para nuestras familias, llegamos enteros al local. Una vez allí, tuvimos que llamar a una puerta con mirilla que nos abrieron al instante, estaba claro que conocían a Matías. Nos hicieron pasar deprisa y me encontré con un local oscuro, unas cuantas mesas diseminadas con velas ocupadas por parejas que menos hablar hacían de todo, y una humareda que no olía precisamente a tabaco. De fondo, música de Los Beatles con alguna aportación de Dylan y Fleetwood Mac. Que Matías frecuentara un garito como ese, hubiera sorprendido a cualquier otro, pero esa noche yo ya estaba curado de espantos con respecto a mi amigo o al menos eso creía.

Nos dieron una mesa al fondo, Matías le pidió una botella de Chivas Regal al camarero, un chaval con greñas, los ojos rojos y expresión ida, que le miró como si le hubiese pedido la luna, así que nos conformamos con una que rezaba «Kardu: El auténtico Güisqui Escocés». Matías me enseñó la etiqueta con una sonrisa irónica, luego sirvió dos buenas medidas, encendió el enésimo cigarrillo de la noche y como si no hubiese mediado interrupción alguna, siguió con su relato.

—Te podría contar multitud de anécdotas parecidas pero no quiero aburrirte y supongo que ya has captado la idea, ¿verdad? En resumen, cuánta más ilusión tenía por algo, menos posibilidades había de que lo consiguiese. Aunque pronto me di cuenta de que también funcionaba al revés. Si había algo en lo que no ponía demasiado interés, había bastantes posibilidades de que me saliera bien. Cuánto más pesimista era, es decir cuanto más convencido me mostrara de que iba salir cruz en vez de cara, mayores eran las posibilidades de que me saliese bien. Así que le cogí el truco al borde —me guiñó el ojo—. Todo lo que tenía que hacer era engañarle. Al principio me costó bastante, un ángel de la guarda no nos percibe con los sentidos como nosotros, ellos ven el aura y ahí se reflejan todos los sentimientos, nos guste o no. Sin embargo, es como todo en la vida: práctica. Ahora lo tengo perfectamente dominado: ¿que quiero conseguir algo?, pues deseo lo contrario y ya está, en el bote. ¿Que algo me fastidia?, me ilusiono con eso como si fuera lo único que me importase en el mundo y tranquilo que no saldrá. Te aseguro que no falla —me miró fijamente. Yo ya le veía doble y mientras Los Beatles cantaban «Let it Be», me di cuenta que esperaba algún comentario por mi parte.

—Vaya —balbuceé intentando mirar al verdadero Matías y no al doble—, eso es estupendo, aunque estaba pensando que si me lo cuentas se va a dar cuenta que le

estás tomando el pelo.

¿Por qué no me callaría? Una palmada en la espalda con un ¡Eres la hostia, tío! y a casa a dormir. Pero no, tuve que sacarle pegas al asunto. Me sirvió otro güisqui metiéndome un cigarrillo más en la boca y una vez se hubo acomodado como quien no lleva idea de marcharse en un buen rato, me contestó:

—Buena observación, la verdad es que creía que no me prestabas mucha atención —le sonreí débilmente—. El caso es que no nos perciben como lo hacemos nosotros, tal y como te dije antes, solo perciben el aura, se guían por ella. Un aura más viva, con colores más cálidos demuestra entusiasmo y a la inversa, cuanto más apagado menos interés. Te preguntarás claro, como es que no he sido un desgraciado toda mi vida o por lo menos hasta que llegué a dominar el tema y si te digo la verdad no tengo una respuesta para eso.

—A Dios gracias —susurré para mí o al menos eso creí, porque me echó una mirada extraña antes de seguir.

—Tengo una teoría y es que les cuesta tiempo conocerte y hasta que lo consiguen no pueden influir de verdad en tu vida. Mira sé a lo que suena todo esto, pero me conoces bien y sabes que ni estoy loco ni enganchado a nada, desde que domino al ángel todo me va bien —frunció el ceño— bueno, hay una excepción. Hubo algo que quise con todas mis fuerzas, que no pude ocultar, algo que conseguí y que no me ha salido mal —me dio un codazo cómplice—. Casarme con Esther —apuró su copa. Dónde se metía el condenado güisqui no lo sé, porque lo bebía como si fuera agua.

—La verdad es que hubo ocasiones en que conseguí lo que deseaba pero a la corta o a la larga, acababan por pasar factura pero ya ves, con Esther es distinto, veinte años de casados y como el primer día. Supongo que el amor es más poderoso que un ángel de la guarda, por borde que sea.

Entonces me eché a reír. No pude evitarlo, aguantarle todo el rollo con el alcohol que llevaba en el cuerpo para acabar oyendo aquello de que el amor lo puede todo cuando yo me estaba acostando con Esther desde hacía más de dos años, fue más de lo que podía aguantar. Matías no se lo tomó muy bien, claro que él no le veía la gracia. Le miré secándome las lágrimas que me caían sin poder parar de reír.

—Lo siento macho, es que... que llevo un buen pedo y cuando me has contado lo de Esther me he acordado del Pelayo, el de Historia del Derecho, y cuando le pillamos de rodillas recitándole poesías a Esther —se me ocurrió sobre la marcha y la mirada de Matías era bastante escéptica pero poco a poco, supongo que recordando lo ocurrido, empezó a sonreír y acabamos riendo a carcajadas rememorando historias de la facultad.

Nos echaron a las cinco de la mañana, no les hizo mucha gracia que nos pusiéramos a cantar temas de Hombres-G a grito pelado. Eso garantizo que fue gracias al famoso «Kardu».

Total que entre unas cosas y otras: mear en una esquina, vomitar en otra, llegué a las seis a casa, acerté con el váter de casualidad, lo regué con una buena dosis de

güisqui o de lo que fuera, contenía alcohol, eso seguro, y me acosté en la barca de aguas bravas en que se había convertido mi cama.

Al día siguiente renové mis votos de abstinencia, aunque supongo que de saber lo que iba a ocurrir no me hubiera molestado. La cabeza me latía y hasta la quinta aspirina no conseguí apaciguarla un poco, luego tomé algo de almax para quitarme la acidez del estómago, tanta aspirina pasa factura. Más tarde decidí que un café me sentaría bien y me tomé dos en el bar de la esquina. Luego pasé al servicio del bar y lo vomité todo y al ver que aparte del café, las aspirinas y el almax, había también algo rojo que podría ser sangre, decidí tomarme el día libre e ir al médico.

Acabé en el hospital entrando por urgencias. No sé qué de úlcera sangrante y que la próxima vez me pegase un tiro directamente, dolería menos. Tengo un médico que practica un humor negro sin gracia, al menos yo no se la encuentro, aunque le sonrío mientras me daba unas palmaditas y me anunciaba que tenía visita. Eran Matías y Esther. Él estaba fatal, unas profundas ojeras le daban un aspecto bastante fúnebre y tampoco habló demasiado, se sentó en el borde de la cama preguntándome con voz pastosa, cómo estaba sin dejar de observarme fijamente. Finalmente se levantó diciendo que necesitaba tomarse un café y se fue a la cafetería. Esther había permanecido callada y cabizbaja hasta que se marchó Matías, así que no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que había ocurrido algo. Ella me lo contó entre sollozos. Al despertarse esa mañana se había encontrado con Matías sentado en una silla mirándola fijamente mientras dormía. Por su aspecto, se dio cuenta de que no había dormido en toda la noche. Matías había atado cabos, podía estar borracho pero de tonto no tenía un pelo y supongo además, que algo raro habría percibido durante los dos años que llevábamos Esther y yo poniéndole los cuernos. Ella se lo había confesado todo, nadie como Matías para llevar a cabo un interrogatorio, y justo entonces les habían llamado contándoles lo que me había ocurrido. Me maldije por mi ocurrencia de dar el número de teléfono de Matías y Esther al personal médico y es que me encontraba tan mal, que en ese momento solo acerté a pensar en lo mucho que me apetecía verla a ella. Cuando acabó de contármelo, nos quedamos los dos callados, lo nuestro no había sido una historia de amor si no de sexo puro y duro, por lo que nunca tuvimos demasiadas conversaciones y ahora más que nunca, no teníamos ya nada que decirnos. Entonces volvió Matías y tuve la certeza de que nos había dejado solos a propósito, quería que yo estuviera al tanto de todo. Le pidió a Esther que nos dejase y mientras ella salía sin decirme tan siquiera adiós, Matías se sentó pesadamente en uno de los sillones de la habitación y me observó sin decir palabra. Yo empecé a balbucear lo mucho que sentía haberle traicionado, que me había dejado arrastrar, que... pero él no me prestaba atención, me miraba fijamente mientras musitaba algo en voz baja. De pronto sonrió y echándose hacia delante me dijo que no me preocupara que lo que tenía que hacer era ponerme bien. Se levantó acercándose a mí y su sonrisa se hizo más amplia.

—No te preocupes ahora por eso, es cierto que esta mañana estaba furioso pero

eres mi mejor amigo y lo de Esther... Bueno, ya hablaremos cuando salgas de aquí. Lo importante es que tú te pongas bien —me dio una palmada cariñosa en el brazo prometiéndome que volvería a verme esa misma tarde. Y lo hizo. Volvió esa tarde y se quedó conmigo por la noche, a pesar de mis protestas diciéndole que me encontraba mucho mejor.

A la mañana siguiente vino a pasar el día y era el Matías de siempre: dicharachero y sin un comentario sobre lo mío con Esther. A ella no volví a verla y dadas las circunstancias, no me atreví a preguntarle a Matías por ella. Estuvo conmigo durante toda esa semana, siempre alegre y deseándome que me recuperase. Todo contribuyó a que me sintiese cada vez más culpable, yo le había traicionado y ahí estaba él comportándose como el mejor amigo que uno puede tener.

Así llegó el viernes en que sufrí un fulminante ataque al corazón que me dejó seco.

Y aquí estoy, en el Limbo. No sé de dónde sacó Matías su historia pero con algunas variaciones, hay que admitir que acertó en casi todo. En casi todo, menos en lo de que nuestro cometido es guiar a un mortal para acceder a una esfera superior. No hay esfera superior para nosotros, nos quedamos en el Limbo para los restos. Lo que hace cada uno por aquí es pasar el rato lo mejor que puede y eso es exactamente lo que voy a hacer yo. Aún me estoy adaptando, no es sencillo manejarse sin cuerpo, y en cuanto lo consiga, voy a buscar al ángel borde de Matías, tengo que contarle un par de cosas. Seguro que me lo agradecerá, y a cambio tendrá que dejarme participar, le debo algo a mi buen amigo Matías.

Luis

El comienzo de la Partida

El efecto inmediato que tiene la muerte entre los que asisten a ella es el silencio. Un silencio estrecho, profundo y agudo como el dolor de un pinchazo inesperado. El lamento se presenta enseguida, provocado en parte por el pesar pero sobre todo, por la necesidad de cubrir ese silencio que abre el alma al vacío.

Ese era el silencio que agarrotaba a quienes acababan de presenciar la muerte de Luis. En unos instantes el local se llenaría de gente: sanitarios, muy probablemente la policía y seguro, curiosos al reclamo de las sirenas, pero hasta ese momento, el tiempo se deslizaría dejando un rastro baboso de desesperanza en todos.

No hacía ni una hora Luis reía y fanfarroneaba por su buena suerte en la partida de cartas y ahora solo era un cascarón vacío rodeado de servilletas de papel arrugadas, colillas pisoteadas y huesos de aceitunas. Nadie había previsto el desenlace, nadie excepto yo, claro está. Pero me estoy adelantando, volvamos atrás, al momento en que entré a El Bar Paco, también conocido como el Piojoso, y me encontré con los cuatro jugadores: —Conrado, Jaime, Matías y Luis— ellos jugando una partida de póquer, yo la partida de siempre.

Era un día de frío duro y cortante enmarcado por un cielo azul intenso en el que brillaba un sol rácano. Me arrebujé como pude, procurando andar rápido para paliar el helor. Eran las cinco de una tarde invernal de diciembre y pronto empezaría a oscurecer. La amplia calle pertenecía a un barrio de Los Llanos que antiguamente había sido un pueblo en sí, pero el crecimiento de la ciudad lo había absorbido incorporándolo a su urbe y privándolo de identidad propia. Conservaba sin embargo, algo de ese aire de pueblo en el que todos se conocen y no andan todavía desafiando al reloj con continuas carreras de un lado para otro. Aquí había tiempo para una charla en cualquier momento o para sentarse en un banco, si el sol invitaba a que le mostrases el rostro.

Ese día no había casi nadie por la calle y quien andaba por ella, lo hacía de prisa, con ganas de refugiarse del frío en casa o quizás, en uno de los muchos bares de la zona. Mi destino se hallaba al final de la calle, «El Bar Paco» rezaba el rótulo de la entrada aunque todo el barrio lo conocía como el Piojoso por razones obvias y es que Paco era adicto a la mugre y no ponía mucho empeño en deshacerse de ella.

El sitio me venía bien, no había peligro de encontrarme con demasiados testigos a los que no pudiese manejar. No había resultado sencillo reunir a los jugadores allí, pero siempre hay formas de conseguir lo que uno quiere.

Cuando llegué a la entrada, miré a través del cristal de la puerta para asegurarme que todo estaba conforme a lo previsto. Ahí estaban, al fondo del local, alrededor de una mesa, rodeados de humo, repartiendo cartas y moviendo el dinero de unas manos a otras. Aparte de ellos, observé con satisfacción que solo había una pareja de abuelos jugando a las damas, no tardarían mucho en irse, y a Paco, el dueño, detrás de la barra viendo una película en el viejo televisor que tenía colocado en un soporte encima precisamente, de los cuatro jugadores.

Todos se giraron al oír la puerta para ver quien entraba, yo me limité a musitar un

buenas tardes sin mirar a nadie en particular y me acomodé en un taburete al lado de la barra. Perdieron el interés enseguida, mi aspecto es bastante anodino cuando me conviene, y cada uno volvió a lo suyo excepto Paco que se acercó con un gesto de fastidio por la interrupción.

—¿Qué va a ser? —me gruñó.

Pedí un café y una botella de agua. Me sirvió de prisa para volver corriendo a su película. En la pantalla me pareció reconocer a un John Wayne ya mayor, luciendo un parche en una escena de un antiguo «western». Me gustó la idea del parche, pensé que quizás lo podría utilizar en el futuro.

Me concentré en la partida observándoles con disimulo.

Jaime repartía y por lo sombrío de su expresión, la partida no le iba nada bien. Fumaba sin parar, prácticamente encendiendo un cigarrillo con la colilla del anterior. Su rostro enjuto y mal perfilado por su sempiterna barba rala de cuatro días, estaba contraído en una mueca de frustración mientras sus ojos de hurón no paraban de moverse de un lado para otro, semejantes a una alimaña enjaulada.

La mano en esa ronda era Luis y su expresión era bien distinta, en su rostro mofletudo y enrojecido, se dibujaba una amplia sonrisa intercalada por breves y desagradables carcajadas con las que coronaba el sinfín de chistes y anécdotas que contaba Matías. Su enorme barriga amenazaba con derribar los vasos de la mesa y Jaime no paraba de refunfuñar amenazándole por lo bajo con estamparle un vaso en la cabeza si le tiraba su cerveza. Nadie prestaba mucha atención a Jaime, siempre estaba amenazando.

Matías estaba sentado a la derecha de Luis, era difícil saber si le iba bien o mal en la partida porque era de esas personas que siempre está sonriendo, un enamorado de la vida al que todo parece irle bien y aunque no fuera así, estaba dispuesto a encontrar un motivo para sonreír.

El cuarto jugador era Conrado que debía estarse preguntando cómo demonios se había dejado arrastrar hasta ahí por Matías, su abogado, para jugar una ridícula partida con antiguos compañeros de colegio, en un tugurio de mala muerte. No estaría mucho rato, Conrado estaba allí porque yo quería echarle un vistazo para calibrarle, eso y porque necesitaba que hubiese cuatro jugadores en la mesa.

La actitud de Conrado era altiva, jugaba con desgana sin importarle si ganaba o perdía, su gesto cada vez que se paraba en Luis o Jaime era de asco, de alguien que se acaba de tragar de una babosa.

—¡¡Escalera al as!! —exclamó Luis golpeando la mesa con las cartas. Se rio echándose las manos a la oronda y temblorosa tripa—. Chicos, vais a tener que echaros bocarriba y decir que os han robado —y volvió a estallar en un torrente de risotadas ante su propia ocurrencia.

Matías le contemplaba entre divertido y perplejo mientras dejaba su trío de reyes sobre la mesa, sé que no acababa de comprender lo que ocurría, no es que le molestara perder algo de dinero, eso no era un problema para él, pero no ganar ni

siquiera una ronda a pesar de ligar algunas buenas manos le confundía. Noté como musitaba por lo bajo, como si canturrease una canción, yo sabía perfectamente lo que intentaba, pero en esta ocasión no le iba a funcionar, no podía permitir que nada ni nadie interfiriese en el escenario.

Jaime era todo un poema, si las miradas matasen, habría fulminado a Luis. Aprovechaba eso sí, para pedir bebidas para todos cada dos o tres rondas y se las apuntaba a Luis a quien no parecía importarle, con lo que les estaba ganado, seguiría pagándoles copas hasta que cerrasen el bar.

Transcurrieron un par de rondas y Conrado se levantó murmurando una disculpa.

—¿Te vas? —se sorprendió Matías— si acabamos de empezar.

—No, voy un momento a...

Luis no le dejó acabar.

—¡A mear hombre! ¡A cambiarle el agua al canario! —Volvió a carcajearse— venga, echemos una mano sin Conrado, eso que se ahorra porque el amigo no para de perder.

Conrado se metió en el maloliente váter del bar mascullando una sarta de maldiciones mientras Matías barajaba. Era el momento de entrar en escena.

—Amigo, yo no haría eso —se giraron los tres hacia mí. Admito que sonó un poco peliculero, siempre me ha encantado el viejo John Wayne. Luis enarcó las cejas en un mudo signo de interrogación.

—¿Habla con nosotros? —me preguntó al ver que no añadía nada más—. No creo que nos conozcamos, ¿verdad? —Eché la cabeza hacia atrás entrecerrando los ojos en un gesto que quiso ser duro y quedó ridículo en alguien con una papada tan inmensa. Le observé fijamente hasta notar que empezaba a ponerse nervioso y entonces sonreí disculpándome.

—Lo siento, no era mi intención ser un entrometido, pero si habéis estado jugando cuatro y de pronto jugáis los tres, es muy posible que la suerte cambie de manos —di en el blanco, Luis frunció el ceño y en su rostro se dibujó un gesto de preocupación. La Suerte, la constante de la vida de Luis. Creía a pies juntillas en ella, tanto en la buena como en la mala. Luis era un ludópata, lo cual en sí no pasa de ser un problema compartido por muchos débiles de espíritu, pero en el caso de Luis es que además era un canalla. Tenía cuarenta y cuatro años, más de cien kilos embutidos en un escaso metro sesenta y tres de estatura y una viuda por madre a la que negaba el pan y la sal a pesar de que la pensión de la mujer era el único ingreso de la casa. Luis no trabajaba, no lo había hecho nunca y en sus planes de futuro no entraba esa posibilidad, en lugar de eso jugaba a todo lo que podía: loterías, bingo, partidas de cartas, máquinas tragaperras,... y creía firmemente que llegaría un día en que pegaría el gran pelotazo, entonces mamá acabaría en un asilo —ya no necesitaría su pensión— y Luis viviría a lo grande. Vana esperanza, a los «luises» de este mundo no les aguarda otra cosa más que mezquindad, que es justo lo que siembran.

—Pues va a tener razón aquí el amigo —repuso al fin agarrando la baraja para

que Matías no pudiera repartir—. Además, tampoco nos cuesta nada esperar a Conrado. Venga una ronda para todos —dio una palmada en la mesa—. Para ti también, amigo —me dijo con una sonrisa—, por el aviso —le devolví la sonrisa agradeciéndole la invitación con un movimiento de la cabeza y me giré hacia la barra como si hubiera perdido el interés por ellos.

Conrado tardaba en salir y Luis empezó a mosquearse, supongo que pensó que alargar demasiado el parón también podía cambiar la suerte.

—Oye, ¿no estará haciéndose unas pajillas tu amigo, verdad? —se rio ante la confusión de Matías—. Macho, te buscas cada compañía —le dijo burlón echándole un guiño cómplice a Jaime que lo miró con todo el desprecio del que era capaz—. Voy a decirle a Mamá que se busque a otro abogado que a ti te gustan los tíos raros —acompañó su última frase con unas risotadas que se vieron cortadas por la aparición de Conrado. Estaba pálido y se agarraba el bajo vientre como si le fuera a reventar.

—¿Qué diablos te ocurre? —Matías se puso rápidamente en pie.

—Nada, estoy un poco descompuesto, eso es todo. Algo que habré comido —el gesto de Conrado se torció ante un nuevo retortijón—. Me voy a tener que marchar.

—Naturalmente. Vamos, te llevaré a casa —Matías ya cogía la chaqueta ante el gesto alarmado de Luis que veía como lo que prometía ser una tarde de ganancias, se iba al garete.

—No, ni hablar, cogeré un taxi —le respondió Conrado.

—Venga hombre, si tengo el coche aquí al lado y...

—He dicho que ni hablar —el tono frío y cortante interrumpió a Matías—. No quiero fastidiaros la tarde —miró a Luis con el gesto torcido, evidentemente había oído sus comentarios—. Cogeré un taxi y no se hable más. Vosotros seguid con vuestro juego.

Mientras Jaime le explicaba a Conrado como llegar hasta la parada de taxis al principio de la calle, con los abuelos que ya se marchaban ofreciéndose para acompañarle, y Matías ayudándole a ponerse la chaqueta, Luis no me quitaba ojo. No era difícil saber lo que pensaba, así que para «ayudarle», levanté ostentosamente el brazo izquierdo echándole un vistazo a la hora y pedí la cuenta. Casi me eché a reír al ver como saltaba de la silla plantándose a mi lado en dos pasos, algo meritorio para alguien de su peso.

—Eh, amigo, ¿no te irás a marchar ahora, verdad? —Su gesto era infantilmente ansioso—. Lo que has dicho de la suerte, ya sabes —me guiñó un ojo—, reconozco a un colega a kilómetros. ¿Por qué no te unes a nosotros?

Decidí echarle un poco de teatro y hacerme de rogar, así que volví a mirar la hora y titubeé.

—No sé, es tarde y debería...

—Venga, venga —me tomó del brazo, cosa que no me gustó, odio que me toquen y en especial, los que son como él—. Tómame algo, una copa, que tanto café no puede

ser bueno, y echa un par de manos, tampoco tardaremos tanto —me arrastraba hacia la mesa mirando a Matías y Jaime que ya habían despedido a Conrado—. Mirad tíos, aquí el amigo se une a la partida, así seguiremos siendo cuatro.

Jaime me miró reojo y sin decir nada, se sentó. Matías vaciló algo sorprendido pero se repuso enseguida tendiéndome la mano.

—Pues nada hombre, bienvenido —me dijo—. Soy Matías, este es Luis y aquí el silencioso es Jaime —se quedó esperando, con la mano tendida, al final se la estreché.

—Bueno, ¡por qué no! —exclamé haciendo ver que me habían convencido—. Supongo que un par de manos no me harán ningún daño —noté que Matías seguía esperando a que yo me presentase pero Luis intervino dándole un codazo que le sobresaltó—. Venga tío, que no tenemos todo el día. A la mesa y a repartir.

Y empezamos a jugar. Como es natural, Luis siguió ganando incluso más que antes y sus bravuconadas fueron en aumento. Estábamos solos en el bar, tras la marcha de los abuelos me había asegurado que no entrase nadie más, y Paco seguía pendiente de «Chisum», un John Wayne tuerto, duro y encantador. Definitivamente el parche me había seducido.

En una mano especialmente disputada, repartí un par de manos altas, y con más de mil euros en el centro de la mesa, se quedaron frente a frente Jaime y Luis. Luisladeó la cabeza y miró a Jaime que acababa de subir cien euros.

—Vaya, parece que hemos ligado una buena mano, ¿eh Jaime?

Jaime le miró bizqueando por el humo del cigarrillo que le pendía del labio.

—Si quieres averiguarlo no tienes más que poner un billete justo ahí —señaló el montón de dinero con un dedo amarillo de nicotina y luego se echó hacia atrás con una gran sonrisa, estaba convencido de haber atrapado al gordinflón bocazas.

—Claro amiguite, tienes razón y creo que eso es justo lo que voy a hacer —y puso un billete de cien consiguiendo que la sonrisa de Jaime se hiciese más amplia—. De hecho, creo que voy a poner otros tres verdes de estos tan monos —y echó trescientos euros más mientras acercaba su rostro al de Jaime—. ¿Qué me dices tipo listo? ¿Quieres averiguar lo que llevo o te vas a rajar?

Jaime ya no sonreía tanto, algo en la actitud de Luis le puso nervioso. Finalmente pegó un manotazo en la mesa decidido a llegar hasta el final, a fin de cuentas llevaba una excelente jugada. Yo lo sabía, se la había dado a conciencia.

—Veo tus trescientos euros de mierda y ahí va eso bocazas, ya puedes echarte a llorar. —«Eso» eran quinientos euros y el tema se puso serio. Estos dos miserables se estaban jugando una cantidad de dinero por la que cualquiera de los dos hubiera matado, si tuvieran el valor claro, porque las ganas y la codicia les sobraban.

Luis se lo pensó un buen rato y empecé a temer que el juego me iba a salir mal pero no, no tenía nada que temer, estoy convencido de que incluso hubiese ido con una jugada peor y la suya era inmejorable.

—Ahí va lo mío —graznó, la garganta seca por la tensión—. A ver que tienes.

Jaime ni se lo pensó, en realidad le correspondía a Luis mostrar sus cartas, pero estaba tan seguro de haber ganado, que le faltó tiempo para precipitarse sobre la mesa.

—Póquer, gordo bocazas, llevo un hermoso póquer de reyes —exhibió una gran sonrisa amarillenta y retorcida—. Venid con papá —y se abalanzó sobre el montón de billetes, pero Luis le detuvo agarrándole del brazo.

—No tan deprisa, listillo.

—Tíos, esto parece una película mala —musitó Matías meneando la cabeza y no pude estar más de acuerdo con él.

Jaime le echó una mirada asesina a Luis.

—No estarás diciendo que he hecho trampas ¿verdad? —se medio incorporó amenazante.

—No, no —se rio Luis algo asustado —por lo menos aún no pero...— y dejó la frase en suspenso mientras depositaba sus cartas sobre la mesa. —¡Las harás si pretendes ganar a una escalera de color con un vulgar póquer!— concluyó triunfante dejando a la vista sus cinco cartas de picas que corrían desde el as hasta el cinco.

Jaime se dejó caer de golpe sobre la silla balbuceando algo que sonaba mucho a gordo hijo de puta con suerte. Matías por su parte se frotaba los ojos sin poder dar crédito a lo que veía: dos jugadas tan altas en una partida jugada con el mazo de cartas al completo. Yo observaba a Luis, sonreía ampliamente mientras le brillaban los ojos codiciosamente, luego nos miró con aire paternal.

—Venga tíos, hay que saber perder, así es la suerte, hoy se gana mañana se pierde. Tomaos algo que yo pago.

Jaime se levantó blasfemando.

—Me voy, no te aguanto más gordo apestoso de mierda.

Luis no se dio por ofendido mostrándose conciliador, tenía esperanzas de que continuase su buena racha.

—Venga coño, siéntate y tómate algo, podemos seguir jugando si quieres, no dirás que soy de los salen corriendo cuando van ganado.

Jaime se lo pensó y decidió que una copa gratis es una copa gratis, así que se sentó refunfuñando después de pedir un güisqui con hielo, eso sí, el güisqui más caro que había en el bar que a decir verdad, tampoco era gran cosa.

Las siguientes manos fueron bastante intrascendentes, como si nadie se atreviera a tentar su suerte con Luis, aunque él también bajó el tono de su fanfarroneo e incluso perdió un par de jugadas que si yo no me equivocaba, hubiese podido ganar. Era obvio que no quería espantar a sus víctimas y nos estaba dando cuerda.

—Coño, se avecina una buena —era Paco que miraba a la calle.

El cielo estaba totalmente encapotado y relampagueaba a lo lejos. La calle estaba desierta y, al no encenderse las farolas —me gusta la intimidad— parecía que el bar se encontrara sumido en una nada oscura y opresiva.

Matías empezó a inquietarse y se levantó decidido a marcharse. Luis le miró con

los ojos muy abiertos.

—Macho, no jodas, ¿no te dará miedo un poco de agua?

—Es que se está haciendo tarde y Esther me espera para cenar.

—*Y sí, tengo miedo, noto algo extraño, algo que me da escalofríos* — pensó mirando al suelo. Aquí hay algo que no comprendo.

Pero claro no lo dijo en voz alta.

—Venga tío, un rato más, así os doy la oportunidad de recuperar vuestro dinero.

Matías vaciló, supongo que le importaba un comino lo que había perdido pero era un buen tipo, lástima que fuese a confiar en quién no debía, sin embargo lo suyo no era parte de mi trabajo. Al verlo vacilante, Jaime aprovechó para insistir, supongo que aún tenía esperanzas de acabar bien la partida.

—Venga joder, siéntate y juguemos un poco más —masculló de mal talante.

—¿Ves? —se animó Luis—. No vamos a dejarles colgados, ¿verdad? —y me miró buscando mi apoyo. Hice un gesto de indiferencia con los hombros, no me interesaba que Matías se marchase pero estar de acuerdo con Luis me daba náuseas.

—Cómo queráis —repuso por fin y se sentó resignado—. De todas formas quiero que quede claro: juego un par de rondas más y se acabó, yo me marchó.

La partida siguió su curso. Jaime recuperó algo de lo que había perdido, Matías iba más o menos a la par, tampoco arriesgaba demasiado, había perdido el interés y se le notaba que tenía ganas de acabar. Luis por su parte, tuvo un par de enganchones conmigo, nada serio no quise apretar demasiado, pero fue suficiente para picarle en su amor propio. Así llegamos a la última mano según lo acordado y me correspondía repartir. Me aseguré que tanto Matías como Jaime plegasen cartas enseguida, no llevaban juego, aunque me tocó «empujar» un poquito a Jaime para que desechase la idea de ir de farol.

Por fin me encontraba cara a cara con Luis. Tal y como repartí, él estaba convencido de que no podía perder y yo me limité a dejarme llevar. Recurrió a todas sus ridículas artimañas: empezó vacilando cada vez que apostaba queriendo dar a entender que no estaba muy seguro de llevar una buena jugada, luego tras un suspiro muy teatral fruncía el ceño y me miraba por encima de sus cartas, que sostenía a la altura de los ojos para bajarlas con decisión, como si acabara de decidirse a llegar hasta el final a pesar de que su jugada era cuanto menos dudosa. Yo me dejé llevar como si fuera un pardillo convenciéndole de que me estaba engatusando. Así, cuando consiguió que subiese hasta cuatrocientos euros, se echó hacia atrás poniendo ese gesto duro que le daba el aspecto de un cerdo tembloroso y soltó lo que él creía, iba a ser la apuesta definitiva:

—Veo lo tuyo y ahí van trescientos más amigo —me sonrió muy ufano— vamos amigo, ¿te vas a rajar ahora?

—No soy tu amigo Luis, ni lo seré jamás —le miré con frialdad, de todos mis

casos, creo que Luis es a quién más llegué a despreciar y bien sé que no era el peor de todos, pero no podía evitar que me apeteciera abrirle la cabeza ahí mismo. Como es natural, me contuve, me crie bien, con una de las mejores maestras.

»Y jamás me rajo —concluí—. Ahí van tus trescientos y mil más.

Se le abrió la boca de golpe como al muñeco de un ventrílocuo, él esperaba que como mucho le igualase la apuesta, jamás que fuese a subir y, menos aún, una cantidad tan grande. Pude ver como lentamente la codicia asomaba a sus ojos, ya no le cabía duda alguna, ese era su gran momento, había pillado un pardillo justo el día en que le acompañaban las cartas. Me echó una mirada ladina calculando cuánto me podría sacar y decidió jugar fuerte.

—Tienes razón, no somos amigos —apretó los labios— y si crees que me vas a acojonar, lo llevas claro.

—Oye, oye —intervino Matías— esto está llegando demasiado lejos.

—Tú te callas —le gruñó Jaime— ya son mayorcitos, que jueguen.

Luis me miró ignorando los comentarios.

—Ahí van tus mil y vamos a veer... —se puso a contar su dinero con ademanes exagerados y remató—: ¡¡Dos mil quinientos euritos más!! —Soltó una carcajada que coincidió con el primer trueno de la noche y el preciso instante en que se puso a diluviar. A través de la puerta solo se distinguían las gotas voraces que corrían por el cristal. Ahí fuera estaba tan oscuro que más allá solo veíamos nuestro propio reflejo, era como estar encerrados en un espejo. Me volví hacia Luis que me miraba con impaciencia mal disimulada. Dejé las cartas bocabajo sobre la mesa y me puse a rebuscar por los bolsillos, con lo que tenía a mano no podía cubrir los dos mil quinientos de Luis.

—¿Qué pasa, no tienes bastante? Pues aquí no se fía así que si no tienes bastante vas a tener que largarte, A-MI-GO. Luis se lo estaba pasando en grande, no le iba a durar.

Ignoré el comentario mientras sacaba un fajo de billetes tan grueso como un ladrillo y lo dejaba sobre la mesa. Luego, con toda la parsimonia de que fui capaz, conté hasta dos mil quinientos euros que puse en el centro, me detuve, levanté la mirada y casi solté una carcajada al verlos a todos boquiabiertos, mirándome tan asombrados como si me hubiesen salido un par de antenas verdes en lo alto de la cabeza.

—Un par de buenas ventas. Soy representante de joyería y hay quien paga en efectivo —les dije a modo de explicación. Como es natural asintieron y como es natural también, ninguno se lo tragó.

—Vamos a ver, acabo de igualar lo tuyo y... —conté lo que quedaba en el fajo— Ocho mil más, eso significa que tendrás que poner ocho mil euros ¿no? —Luis reculó como si lo hubiesen golpeado— No me digas que vas a tener que marcharte A-MI-GO —lo miré con toda la inocencia de que era capaz, no es mucha lo admito, pero el efecto fue inmediato.

—¡¡No vale, eso NO VALE!! —chilló regando la mesa con gotitas de saliva— No se puede jugar con tanto dinero, esto es una partida amistosa.

—De eso nada —intervino Jaime—. Déjate de jodiendas Luis, aquí... —se quedó callado unos instantes, intentaba recordar un nombre que yo no le había dicho—. Aquí el hombre tiene toda la razón, si no puedes igualar, gana él, exactamente igual que le decías tú antes —estaba claro que Jaime disfrutaba lo suyo viendo sudar a Luis.

Luis desesperado, se giró hacia Matías.

—Oye, échame una mano Matías. Mira, mira, no puedo perder con esto —y le plantó la jugada delante de la cara, pero Matías, que ya había tenido bastante, se levantó con un gesto de fastidio.

—No jodas Luis, a mí no metas, asúmelo, querías jugársela y te ha cazado él a ti, has corrido un riesgo y has perdido, ahora paga.

—No puede ser, no puede ser —se repetía lloriqueando—. Dame crédito, hombre —me suplicó—, si pierdo, mañana te pagaré, lo juro.

Le dirigí una mirada de desprecio. ¿De dónde sacarás el dinero Luis? Volverás a sacárselo a tu madre ¿verdad? Y si se resiste quizás vuelva a «caerse» como las otras veces ¿no?

—No tienes crédito —le dije en voz alta—, o igualas la apuesta ahora o me marcho con todo.

Se pasó la mano por la cabeza sobándose los grasientos cabellos, miraba las cartas, luego el dinero y por último a mí, no podía aceptar que su gran día se fuese a la mierda por una cuestión de efectivo y de pronto se le iluminó la mirada.

—Vale, vale, mira avalo la apuesta con mi coche. Ya está. Eso es. Mi coche. Tiene menos de dos años y vale por lo menos ocho mil euros —daba saltitos sobre la silla como un niño pequeño, con el gesto ansioso e intentando sonreírme aunque de haber podido, me hubiera arrancado la cabeza a mordiscos allí mismo.

Puse gesto de duda, como preguntándome porque tenía que aceptar si me podía ir con un montón de dinero en ese mismo instante. Luis captó la idea y su ojo izquierdo fue presa de un tic nervioso.

—Mira, Matías es abogado y además es un tío legal, él te dirá que es verdad, que te puedes quedar con el coche si ganas y que vale más de ocho mil euros. Vamos díselo Matías.

Yo ya sabía que Matías era un tío legal, de hecho sabía también que el coche valía bastante más de ocho mil euros, pero no se lo pensaba decir, quería que siguiese sudando.

—Eh, Matías —se levantó acercándose al abogado que se había acodado en la barra—. Venga hombre díselo joder, somos amigos, no puedes dejarme colgado —le imploraba acercándose a él como un enorme bebé malcriado, Matías no pudo evitar una mueca de asco y se apartó.

—Estás loco Luis, déjalo ya, solo pierdes lo que habías ganado, no...

—¡¡No te he pedido consejo!! —le chilló de repente vencido por la tensión—. Solo dile lo que vale el puto coche —bajó el tono arrepentido de haberse enfadado con su único posible valedor. Le puso las manos sobre los hombros—, venga joder, Matías, es mi gran oportunidad, hazlo por mí —de pronto se le iluminó la mirada— y por mi madre, la de cosas que podré comprarle a la pobre vieja, venga hombre piensa en ella.

—En ella pensaba —le espetó Matías, pero se dio por vencido—. El coche nuevo vale más de veintiséis mil euros así que calculo que con menos de dos años y este que lo cuida como si fuese su novia... —Se detuvo calculando mentalmente—. Por lo menos dieciocho mil euros sí que le sacarías si lo fueses a vender.

Durante unos instantes, solo se oyó el tamborileo pesado de la lluvia y la respiración agitada de Luis. Todos estaban pendientes de mi respuesta. Suspiré como si me estuviese debatiendo en un mar de dudas, miraba mis cartas y luego al techo. Jaime no me quitaba ojo, el muy cerdo estaba disfrutando con el sufrimiento de Luis —yo también en cierta manera, sabía perfectamente que merecía eso y más— pero para Jaime lo importante era el sufrimiento en sí, obtenía un placer muy próximo al orgasmo y le importaba muy poco quien se lo facilitaba. Matías no, Matías no disfrutaba nada. Ya he dicho que era un tipo básicamente decente que se había empeñado en abrir ciertas puertas que más valdría hubiera mantenido cerradas. Él sí sufría por Luis y además la atmósfera le inquietaba, percibía que algo no era del todo correcto, ni la partida ni la tormenta ni desde luego, mi presencia. Le permití quedarse en la barra musitando frases inconexas por lo bajo y cuando todo concluyera, hablaría con él, no creía que fuese a servir de nada, aunque al menos lo intentaría. En cuanto al Piojoso, la cosa no parecía ir con él, estaba haciendo caja tranquilamente mientras se fumaba un cigarrillo apestoso tras otro, de todas formas llegado el momento, tendría que conseguir que hiciese mutis, así podría centrarme al máximo en Luis.

Me acomodé en la silla, puse las cartas bocabajo sobre la mesa y por fin, miré al gordinflón sudoroso.

—Tú no me conoces Luis, así que te diré que me considero un hombre honrado y la verdad, si aceptase tu coche para cubrir apuesta, no me sentiría bien.

—Pe... pe... pero —tartamudeó intentado protestar y con el gesto descompuesto. La sonrisa de Jaime se hizo más amplia, no me hubiera sorprendido que comenzase a gemir de un momento a otro de puro placer.

Levanté la mano callando a Luis.

—No, no insistas. Matías dice que el coche vale al menos dieciocho mil euros —me volví hacia el abogado—. ¿Estoy en lo cierto Matías?

—Ya te he dicho que cubre la apuesta de sobra —me respondió en tono irritado— y acabad con esto de una vez por todas, quiero marcharme a casa.

Más tarde se preguntaría que le había retenido, por qué no se había marchado en cuanto comenzó a sentirse incómodo en lugar de quedarse hasta el final, la verdad es

que yo tuve algo que ver en eso. La presencia de Matías equilibraba el contexto y siempre aprovecho cualquier ventaja a la hora de trabajar.

—No dudo de tu palabra, Matías, y por eso te pregunto. Ya os he dicho que me considero un tipo honrado así que no puedo aceptar algo que vale dieciocho mil euros para cubrir una apuesta de ocho mil —me crucé de brazos dando el tema por zanjado y la expresión de Luis hubiera ilustrado perfectamente la definición en el diccionario de la palabra «pánico».

Jaime pareció despertar de su letargo sádico.

—Joder, un carro de veintiséis mil euros, qué cabrón eres, seguro que se lo sacaste a tu vieja.

Luis no respondió, estaba paralizado sin saber qué hacer. Pero sí, se lo había sacado a su vieja convenciéndola de que firmase los papeles que le daban acceso a su cuenta bancaria. Que ella le implorase que no lo hiciera, que era dinero para las vacas flacas, le importó muy poco. La vieja era un coñazo y si sabía lo que le convenía...

—Hay asilos para la gente como tú mamá, sitios para los que se convierten en una carga.

... mantendría la boca cerrada.

—¿Cuál es el puto problema? —prosiguió Jaime—, igualas la apuesta, luego subes otro diez mil y resuelto.

A Luis le costó unos segundos asimilar lo que Jaime le había dicho, luego casi le besó, su expresión desesperada iluminándose.

—Ya está, ves ya está. Jaime tiene razón. Veo los ocho mil y subo diez mil y ahora no te puedes echar para atrás. ¿Verdad, tíos? —Miraba a Jaime y a Matías— habéis oído que el problema era el valor del coche, ahora tiene que seguir jugando, no tiene excusas.

Matías no le contestó, me observaba fijamente. No sé de qué vas, me decía con la mirada, todo esto apesta.

—Claro que seguiré jugando Luis, no te preocupes —volví a rebuscar en los bolsillos de la cazadora y saqué diez mil euros que puse en el centro de la mesa.

—Veo tus diez mil.

Luis estaba a punto de ponerse a dar palmadas de puro contento.

Jaime y Matías me miraban como si fuese un mago que en lugar de conejos hiciera aparecer fajos de dinero de la nada ¡No saben lo cerca que estaban de la verdad!

Me levanté y eché la mano al bolsillo trasero del pantalón hurgando entre las pelusas hasta que mi mano se cerró sobre otro fajo.

—Y subo diez mil más —repuse lacónicamente arrojando con desgana otro fajo al centro.

Un escalofrío recorrió el garito y la puerta se abrió de golpe como impulsada por

una mano invisible, la tormenta se introdujo en el interior convertida en un animal salvaje que aullaba dispuesto a devorarnos. Luis se tumbó sobre sus cartas y el dinero, su corpachón daba para eso y más, protegiéndolo del viento. Matías se abalanzó sobre la puerta cerrándola.

—Joder —musitó mirando al exterior, solo distinguía oscuridad, no había luz en las calles ni en los edificios— se ha ido la luz, no me... —Se calló al caer en la cuenta de que en el bar los cuatro mugrientos focos del techo seguían reluciendo. Nuestras miradas se cruzaron.

¿Qué coño eres? Fue como si lo hubiese preguntado en voz alta, no «quién», directamente «qué». Le obligué a sentarse y estarse calladito, ahora no me podía permitir distracciones. Decidí también que era hora de mandar a Paco al váter con un buen retortijón, lo mantendría ocupado un buen rato. Jaime por su parte no suponía un problema, estaba sentado con los ojos en blanco y la expresión vacía, se encontraba en su mundo y seguiría allí un buen rato sin necesidad de que yo hiciera demasiado para retenerlo allí. Quedábamos Luis y yo. Al gordo le palpitaba una gruesa vena en la frente y las manos le temblaban.

—No puedes hacerme esto —musitó—. No puedes, me has engañado —empezó a enfadarse—. Me has engañado —repitió en un tono más agudo, casi femenino—, solo tenías que ver la apuesta, nada más que...

—No estamos jugando a las chapas Luis, esto es más serio, tú lo llamas póquer y es un juego de mentirosos —le dejé que asimilara la idea—. Tú estás tan seguro de ganar que lo has puesto todo sobre la mesa pero da la casualidad de que yo también juego y estoy dispuesto a todo, si no puedes igualar la apuesta, has perdido y punto.

Me miró sobresaltado como si estuviese viéndome por primera vez en toda la noche, casi podía oír el frenético discurrir de sus pensamientos:

¿De dónde coño saco diez mil euros? Dios mío ayúdame y prometo que nunca más...

Se dio una palmada en la frente.

—Tengo unas joyas, pertenecían, bueno pertenecen a mi madre, pero ella no pondrá pegas...

Seguro que no las pone si sabe lo que le conviene

... Matías las ha visto —recurrió de nuevo al abogado al que le caía un hilillo de baba por la comisura del labio, supongo que podía oírnos aunque no estoy muy seguro—. Están aseguradas y hay un collar, es antiguo de oro, lo valoraron en diez mil euros. Matías, tú has visto la póliza del seguro... ¡Matías!—. Ahí fue cuando Luis se asustó un poco, la expresión ausente de Matías, Jaime con esa sonrisilla estúpida y los ojos en blanco y Paco encerrado en el váter gruñendo como si fuesen trozos de su intestino lo que caía al agua de la taza. Hasta un botarate se hubiera dado cuenta de que algo iba mal.

—No hay problema, Luis —me miró aturdido—. Acepto el collar como aval de la apuesta, veamos tus cartas.

Tardó unos segundos en reaccionar pero como no hay mayor botarate que un ludópata, no tardó en dibujar una sonrisa maliciosa; ¡Lo he conseguido!, me gritaba su rostro que presentaba un intenso color violáceo, ¡te he pillado maldito seas! Pero se contuvo y, sin palabra alguna, puso sus cinco cartas sobre la mesa, póquer de ases, con un golpe seco. La risa comenzó en su vientre tembloroso hasta escapar a borbotones por la enorme boca.

—¡¡Amigo, te pillé!!! —aulló—. ¡¡Te he cogido por las pelotas!!! —y se arrojó hacia adelante dispuesto a recoger sus ganancias, en ese momento se fue la luz y nos quedamos totalmente a oscuras.

—¡Joder! —gimió— ¿y ahora qué?

—Jaime, enciende el mechero —ordené. Con lentitud, aún medio ido, sacó el Zippo y lo encendió colocándolo sobre la mesa, luego nos miró confundido.

—¿Qué pasa, qué...?

—Cállate —le gruñí y cerró la boca con un chasquido seco de los dientes.

—Luis, ¿dónde están tus modales? —Las sienes le latían como insectos encerrados pugnando por escapar—. Tendrás que ver mi jugada antes de coger el dinero —añadí con suavidad. Retiró las manos y se quedó mirando, como hipnotizado, las cartas que fui poniendo sobre la mesa a la luz oscilante de la llama del Zippo.

Le canté mi jugada con parsimonia:

—Nueve de corazones, diez de corazones, sota de corazones, reina de corazones y rey de... —Cuando vio la última carta, se levantó con un alarido y estuvo a punto de caer al suelo.

—¡¡NO, NO, NO!!! —Cogió un vaso y lo estrelló contra el espejo que había detrás de la barra. Matías pareció recuperar la noción de donde estaba y fue hacia Luis tendiéndole las manos, fue entonces cuando la puerta del bar volvió a abrirse de golpe y un trueno inmenso como un cañonazo, retumbó en el local, Luis levantó los brazos arañando el aire en un intento de aferrarse a algo, con el rostro congestionado y la boca abierta de la que no salía sonido alguno y de pronto se derrumbó con un golpe sordo sobre el suelo. Estaba muerto. La puerta se cerró de golpe y volvió la luz. Paco estaba en la puerta del váter, las manos apretando el vientre dolorido, Jaime alerta de nuevo, nos miraba con los ojos muy abiertos mientras Matías se tapaba la boca con las dos manos.

En ese momento sobrevino el silencio agudo y en cada rostro se dibujó la mueca frágil de su mortalidad.

Decidí moverme, no quería estar presente cuando comenzasen los lamentos.

—Llama a una ambulancia —le ordené a Paco—. Vamos, llama a una ambulancia, a este hombre le ha dado un ataque al corazón o algo por el estilo.

Era inútil, lo sabía, a Luis le había reventado literalmente el poco corazón que tenía y ya estaba en el lugar que le correspondía a los de su calaña, sin embargo tenía que ocupar sus mentes para poder marcharme, no dejarles pensar. Paco sacudió la

cabeza y se dirigió renqueante al teléfono.

Jaime chasqueó la lengua.

—A mí me parece que a este desgraciado ya no le hace falta una ambulancia — comentó señalando el rostro hinchado de Luis, parecía una máscara grotesca diseñada para infundir terror en la Noche de las Ánimas.

No le presté atención. Me acerqué a Matías que seguía paralizado al lado de la barra, y le puse la mano en el hombro para tranquilizarle. Musitaba algo que no alcanzaba a entender y acerqué el oído intentando distinguir las palabras camufladas tras la mano con la que aún se cubría la boca.

—No debió romper el espejo, no señor, no debió hacerlo. Son puertas a otros lugares, lugares que hay que mantener cerrados.

Estaba en estado *shock* así que le retiré la mano de la boca con suavidad.

—Escucha Matías, tiene lo que se merece, era una mala bestia y lo sabes — me detuve para comprobar que me escuchaba. Aún tenía el gesto descompuesto pero vislumbré algo de lucidez en la mirada extraviada.

—Dale a su madre el dinero de la partida, eso aliviará el dolor, eso y que estará mucho mejor sin este parásito chupándole la vida.

Matías asintió con la cabeza.

—Dinero para su madre. De acuerdo —frunció el ceño—, pero si él perdió, lo perdió todo —se quedó callado intentando recordar—. Le ganaste con una escalera de color.

—No era de color —Jaime tenía mis cartas en la mano y se las mostraba a Matías—. El rey era de diamantes, el gordo creyó que era de corazones y se equivocó, el muy capullo había ganado.

Matías me miró y pude ver como sacaba sus conclusiones y esas conclusiones le asustaron.

—¿Qué eres? —me preguntó por segunda vez esa noche. Era intuitivo, no cabía duda que tenía el don.

—Eso no importa —le dije muy serio, el tiempo empezaba a apremiar—. Nuestros caminos no volverán a cruzarse, Matías, y eso debería alegrarte, ahora te voy a dar un consejo: cierra las puertas Matías, ciérralas o acabarás pagando el precio. El alma es también un espejo y en el tuyo hay grietas. Ciérralas y hazlo ya.

Se apartó de mí como de un apestado mientras se tapaba los oídos con las manos. Me encogí de hombros, uno hace todo lo que puede mas eso no significa que siempre salga bien.

Le eché un último vistazo a Luis, un buen montón de carne para los gusanos. Había llegado la hora de marcharme, Paco anunció que la ambulancia estaba de camino. Abrí la puerta, ya no llovía y la luz había vuelto a todo el barrio. A ninguno se le ocurrió intentar detenerme y no tardarían en olvidarme por completo.

Eché a andar en el momento en que frenaba la ambulancia en un mar de sirenas y luces frente al local. Ya asomaban las primeras cabezas curiosas y pronto la calle

sería un hervidero de gente.

Me apresuré mientras pensaba en el parche del bueno de John Wayne. Antes de encargarme de los jugadores, tenía otra misión en otro lugar y otro tiempo y decidí que era un buen momento para que «Chisum» cabalgase de nuevo.

Paco El Incidente

Paco, dueño de «El Bar Paco» y conocido también como el «Piojoso», se contemplaba en el espejo de su dormitorio. Estaba totalmente desnudo y se abrazaba con fuerza el escuálido pecho porque entraba una brisa gélida por algún sitio que le hacía temblar.

El espejo le daba miedo, además juraría que él no tenía uno en su dormitorio. Frunció el ceño intentando recordar cómo habría llegado el espejo hasta allí, cuando oyó el llanto. Había un niño llorando, un niño pequeño. Lloraba con suavidad pero Paco notó como se le aceleraba el pulso, tuvo la alarmante sensación de que el llanto acusaba y el acusado era él. Al bajar la vista, advirtió a través del espejo, que la criatura estaba detrás de él, no tendría más de dos años y le tendía los brazos con el gesto desconsolado. Paco sonrió aliviado. ¡Qué tontería tenerle miedo a un niño pequeño! Se dio la vuelta dispuesto a tranquilizarle pero solo alcanzó a verle los piecitos conforme gateaba metiéndose debajo de la cama. Quería jugar, no cabía duda. Se agachó para verle mejor y al asomarse le golpeó un fuerte olor a cloaca. Retrocedió, entre alarmado y asqueado, pero el llanto comenzó de nuevo y esta vez había miedo en el tono. Haciendo acopio de valor, tomó aire y aguantando la respiración, llamó al niño diciéndole que saliese, que no había motivo para tener miedo. La oscuridad debajo de la cama era impenetrable, intentó localizar al niño cuando el llanto se apagó de manera repentina y dio paso a una risita acompañada de un intenso zumbido de moscas. Quedó inmóvil sin saber qué hacer, mientras le castañeaban los dientes, el frío se había hecho más intenso, y una voz en su interior, una voz muy asustada, le gritaba que saliese de allí enseguida. No le dio tiempo, el olor a cloaca le abofeteó el rostro y una mano oscura de uñas imposibles, le agarró desgarrándole la piel del cuello. Abrió la boca para pedir ayuda y sintió horrorizado, como unos dedos corrían a su boca buscando la lengua, el hedor le envolvió provocándole náuseas e intentó echarse hacia atrás pero la presa era firme y empezó a oír un chillido ensordecedor e inhumano, en ese instante los dedos dentro de su boca dieron un fuerte tirón arrancándole la lengua de cuajo. El sabor metálico y cálido de la sangre le inundó la boca y entonces despertó acompañado del chillido.

Estaba totalmente empapado en sudor y tenía problemas para respirar, tragaba el aire como si fuese líquido y el pecho parecía a punto de estallarle. Obligándose a respirar con lentitud, comenzó a contar en voz alta y poco a poco recuperó el control.

—Una pesadilla, una pesadilla, una pesadilla—se repetía una y otra vez como un mantra. Le asustó notar el sabor de la sangre—. Te has mordido la lengua, vamos no es nada, un pequeño corte —tenía la costumbre, propia de las personas que viven solas, de hablar en voz alta consigo mismo, y al oírse, percibió una nota de pánico en su voz. Agitó la cabeza con fuerza y se masajó las sienes, solo era una condenada pesadilla, no iba a perder la cabeza por una simple pesadilla. Dudaba hasta de que le perteneciera, restos del pasado que acabarían por desaparecer con el tiempo o así lo esperaba al menos.

Miró la hora en el pequeño despertador digital de la mesilla de noche: las seis de

la mañana, aún podía dormir una hora más, no abría el bar hasta las ocho, pero la idea de volver a sumergirse en la oscuridad le provocó un escalofrío. Se daría una buena ducha, agua caliente y agua fría, eso seguido de un par de cafés bien cargados, bastaría para barrer todos los temores.

Se levantó, encogiéndose sin querer al poner los pies en el suelo, el recuerdo de aquello bajo la cama de repente vívido, pero solo duró un instante, metió los pies en un par de viejas zapatillas de ir por casa y corrió a la ducha.

Una vez en la cocina, comenzó a preparar el café mientras escuchaba un CD de Enya. Le gustaba Enya por las mañanas, oírla era como desperezarse lentamente, gozando del hecho de estar vivo y ser dueño de uno mismo.

La preparación del café era otro ritual del que disfrutaba: añadía algo de clavo a la mezcla que colocaba en el filtro, luego espolvoreaba una pizca de canela sobre el café recién hecho y por último, lo endulzaba con un terrón de azúcar moreno.

Sorbió el café despacio, saboreándolo sin prestar atención a la leve punzada que sentía en la lengua, allí donde se había mordido mientras dormía. Decidió fumarse un pitillo, estaba controlando el consumo y se había puesto un tope de cinco cigarrillos al día por lo que escogía con cuidado en que momento iba a fumar, y lo acompañaría de un segundo café.

Tarareando el tema principal de El Señor de los Anillos, se sintió algo más reconfortado, tenía un nuevo día por delante y nada que le impidiera disfrutarlo. Fue al pensar de manera casi inconsciente, en qué le deparaba la jornada cuando recordó torciendo el gesto, que tenía una cita. Lo había olvidado por completo, hoy se iba a ver con... ¿Cómo se llamaba? ...Ricardo eso era, Ricardo Ventura de la revista «Otros Mundos». Le había llamado por teléfono la semana pasada diciendo que quería entrevistarle. Paco se había mostrado sorprendido. ¿Una entrevista? ¿A él? Debía tratarse de un error. El reportero le había explicado que no se trataba de un error, que le habían encargado escribir un artículo sobre lo que había ocurrido en «El Bar Paco» hacía dos meses y, aparte de ponerse en contacto con todos los testigos de lo ocurrido, quería conocer el local, sacarle un par de fotos y hablar con Paco, naturalmente. Paco intentó quitárselo de encima argumentando que él no tenía nada que aportar, ni siquiera estuvo presente cuando ocurrió todo, y en cuanto al local, lo había reformado del todo y no se parecía para nada a cómo estaba antes. Pero el tal Ricardo no se rendía fácilmente, insistió en verle y ante la resistencia de Paco, dejó caer que si no podía hablar con él, tendría que recorrer el vecindario para ver lo que tenían que contar sobre El Bar Paco y lo que ocurrió allí el día que murió Luis Sarmiento. Acabó por ceder, por el barrio habían circulado multitud de rumores, aunque el transcurso del tiempo había hecho decaer el interés y además, ninguno se había aproximado a lo sucedido realmente, pero Paco prefería que no volviesen a cobrar fuerza cosa que ocurriría si el reportero andaba fisgoneando por ahí. Hablaría con Ricardo Ventura y le convencería de que ahí no había pasado nada fuera de lo normal, había muerto un hombre de un ataque al corazón, nada más, una desgracia

eso sí, pero nada del otro mundo. Sonrió, «nada del otro mundo» musitó para sí, le repetiría esa frase al señor Ventura y que se fuera a incordiar a otra parte.

Todavía era de noche cuando bajó a la calle y, aparte del frío, caía una fina llovizna que empapaba sin que te dieras cuenta. Calabobos, pensó Paco, esto es un calabobos, y se rio por lo bajo. Echó a andar después de subirse el cuello de la cazadora, le apetecía pasear, había un algo mágico en esos instantes de quietud, justo cuando los noctámbulos ya se han recogido y los que madrugan aún no han pisado la calle.

Al rato se encendió un segundo cigarrillo, resignado a sobrepasar su límite aunque fuera por un día, y es que en el fondo de su mente aleteaba una sombra que le recordaba por un lado la pesadilla y por otro, le susurraba que tenía una entrevista sobre lo que ocurrió «ese» día. Aligeró el paso, se estaba empapando.

—¿Quién es el bobo? —se dijo al cabo de unos minutos al notar que las gotas de agua le corrían por el rostro. Ya se advertían las primeras señales de vida, los basureros que hablaban a voces, si ellos estaban en pie no veían por qué los demás debían seguir durmiendo, y algunas sombras que se apresuraban paraguas en mano, hacia el coche o el autobús para comenzar una nueva jornada. Abriría el bar un poco antes, seguro que entraban los del servicio de limpieza y aunque normalmente no le compensaba por lo poco que consumían, hoy necesitaba entrar en contacto con la gente, sentirse real porque de pronto tuvo la impresión de ser algo falso, una simple imagen borrosa que acabaría por diluirse en algún charco.

Cuando llegó al bar, encendió todas las luces, puso la cafetera en marcha —se iba a tomar otro café, quizás no fuese lo mejor para los nervios pero le apetecía— y sacó un paquete de tabaco de la máquina que tenía en la entrada.

—¡Al diablo con todo! —murmuró. Mañana volvería a controlarse, lo que era hoy, iba a fumar a gusto.

No tardó en recibir sus primeros clientes, los del servicio de limpieza tal y como había vaticinado, que entraron discutiendo de fútbol, sobre como arreglarían el mundo en dos patadas si les dejaran a ellos y coreando con grandes risotadas los chistes del gracioso de turno. Normalmente a Paco toda esa algarabía le irritaba sin embargo, hoy se unió a ellos llegando incluso a invitarles a un par de cafés para que se entretuviesen un poco más, cosa que tampoco era demasiado difícil de conseguir. El día ya había despuntado cuando se despidieron para volver a su faena y otros habituales del bar empezaban a llegar y con el trajín de cafés, cortados, carajillos y alguna que otra copa, empalmó con los almuerzos y así, conforme el día tomaba su pulso habitual, Paco recuperó el suyo olvidando su pesadilla, al reportero de «Otros Mundos» y la sensación de que alguna fatalidad se cernía sobre su cabeza.

Sobre las doce y media, acabados los almuerzos, y con un par de mesas ocupadas por jubilados jugando al dominó y a las cartas, Paco se tomó un descanso. Recuperó el periódico de una mesa, colocó un CD de Joaquín Sabina en el equipo de música —madrugaba con Enya pero Sabina era uno de sus acompañamientos ideales a esas

horas— y volvió a la barra abriendo la prensa sobre la barra. Suspiró sintiéndose en paz con el mundo.

—¿Me pone un café?

Del sobresalto se le cayó el periódico al suelo. Levantó la cabeza y al otro lado de la barra se encontró con que le observaba un tipo alto, delgado y de ojos oscuros en cuyo rostro sombreado por una barba de algunos días, bailaba la mueca de una sonrisa debido sin duda, al respingo que Paco había pegado.

—¡Joder! —exclamó algo irritado—, ni le he oído entrar.

—Lo siento, no era mi intención asustarle.

—No, no, si la culpa es mía por estar tan distraído —se detuvo, la voz grave del otro le resultaba familiar—. Usted por casualidad, no será el de la revista, su voz me suena.

El recién llegado compuso un gesto de sorpresa para enseguida tenderle la mano por encima de la barra.

—Pues sí, ese soy yo, Ricardo Ventura de la revista «Otros Mundos».

Paco se la estrechó un tanto receloso, mientras de pronto le surgió la duda de si le habría dado el susto a propósito.

—Bueno, ahora que nos hemos presentado, me tomaría ese café a gusto, ando algo apaleado de sueño. El trabajo, ya sabes —y le guiñó un ojo cómplice.

—Claro, ahora mismo se lo sirvo.

—Oye, ¿por qué no nos dejamos de formalismos? Llámame Ricardo y si te parece bien, te llamaré Paco.

Paco se encogió de hombros, por él no había problemas aunque tenía la intención de abreviar la entrevista al máximo. Le sirvió el café y esperó a que el otro diese el primer sorbo antes de hablar.

—Vamos a ver Ricardo, no quiero que me malinterpretes, pero aunque ahora no veas a mucha gente, dentro de una hora empezarán las comidas, así que cuanto antes empecemos...

El periodista levantó las manos asintiendo con la cabeza.

—No te preocupes Paco, hay tiempo de sobra, solo son unas cuantas preguntas, luego sacaré un par de fotos y ya está, habremos acabado.

Paco se acomodó en el taburete que tenía tras la barra, se encendió un cigarrillo —quiso calcular cuántos llevaba ya, pero desistió enseguida— y apagó el equipo de música.

—Por mí no lo hagas, Paco, Sabina es cojonudo y no nos va a molestar si lo pones bajito.

Paco volvió a encender el equipo pensando que el amigo Ricardo acababa de anotarse un tanto sin saberlo. Alguien que apreciara a Sabina merecía su consideración.

El reportero se revolvió en su taburete y consultó un bataqueado cuaderno de notas de tapas negras que sacó de un bolsillo.

—Mira, Paco, primero te voy a leer la información que he recopilado hasta ahora. Solo un resumen —aclaró al ver el gesto preocupado del otro—. Se basa principalmente en las entrevistas que he mantenido con dos de los que estuvieron aquí esa noche: Matías Martínez Salvador y a ver, lo tengo por aquí, sí aquí está, Jaime Villegas García.

De pronto Paco se sintió transportado en el tiempo, oír el nombre de Matías —curiosamente el otro nombre le decía muy poco, apenas recordaba al malhumorado Jaime—, lo llevó al día siguiente de lo ocurrido, más concretamente, al momento en el que un Matías muy nervioso y asustado, entró en el bar y le espetó sin más preámbulos, que tenía que hablar con él, que era muy importante.

No hacía ni media hora que Paco había despachado al último grupo de curiosos. Desde primera hora se había visto asediado por gente del barrio, muchos de los que por aquel entonces, le miraban de arriba abajo negándole el saludo y ese día parecían amigos de siempre, y hasta gente de fuera. Paco los había atendido a todos con la misma frase:

—Yo no vi nada, cuando ocurrió estaba en el servicio. Lo siento.

Pero no se daban por satisfechos e insistían:

—¿Es cierto que hubo una pelea?

—¿Había un asunto de faldas de por medio?

—¿Ya saben quién mató a Luis? —Y otras por el estilo. Al final Paco optó por no contestar y les invitó a que consumiesen o se marcharan. La mayoría se fue molesta por no haberle sonsacado nada, quedando solo un par de viejas que cuchicheaban señalando la mesa de la partida. Como ya había tenido bastante, les dijo que iba a cerrar el bar por ese día, que necesitaba descansar.

Estaba apagando la cafetera cuando Matías hizo su entrada. Paco le comentó que tenía que cerrar, que no se encontraba bien. La verdad era que había acabado un poco harto de Matías la noche anterior, no paraba de repetir que esa noche se habían cruzado muchos mundos y abierto puertas. El médico que acudió para atender, en vano, a Luis, examinó a Matías, comentando después que había sufrido una fuerte impresión y que lo mejor era que descansara.

—Tome dos de estas y márchese a casa. Mejor si lo acompaña alguien.

Al final acudió su mujer con un amigo. Esther, la mujer de Matías, a pesar de tener el rostro descompuesto, afectada por lo ocurrido, llamó la atención de Paco y, a decir verdad, de todos los hombres presentes en el local, porque era una auténtica belleza con bastante clase como para que un hombre perdiera la cabeza y se la ofreciera en bandeja si ella se lo pedía. En cuanto al amigo, Paco no recordaba el nombre, pasó bastante inadvertido, aunque a Paco no le cayó nada bien y, por la manera que tenía de mirar a Esther, parecía estar más cerca de ella que del propio Matías. Paco se había encogido mentalmente de hombros, cada uno a lo suyo, bastante tenía él con lo que bregar.

Ese día, Matías tenía el aspecto de quien no ha dormido en toda la noche, unas

profundas ojeras enmarcaban los ojos habitualmente risueños, y Paco notó además un profundo temor en la mirada inquieta del abogado que no cesaba de escudriñar todo el local. Cuando Paco le comentó que estaba cerrando, Matías no solo no se dio por aludido, al contrario le echó una mano para bajar la persiana de la puerta diciéndole que estupendo, así nadie les interrumpiría. Paco se resignó, encendiendo de nuevo la cafetera, al abogado le hacía falta un café bien cargado, y fue a sentarse en una mesa con Matías. Después de sentarse con la espalda bien apoyada en la pared, echar una mirada recelosa a la mesa en que se había desarrollado la partida y de encenderse un cigarrillo con manos temblorosas, Matías se inclinó susurrando:

—¿Qué has hecho con el espejo?

A Paco la pregunta le cogió por sorpresa, pero consiguió mantenerse impassible.

—¿Qué esperabas que hiciese? El cabrón de Luis... —se detuvo, acababa de recordar que Luis estaba muerto—. Bueno, ya sabes, cuando le dio el ataque, lo rompió con un vaso. ¿No me digas que no te acuerdas? Si casi te dio a ti en toda la cabeza.

Matías asintió mientras se encendía otro cigarrillo, el cuarto desde que entrara por la puerta.

—Sí, sí que me acuerdo, hay cosas de anoche... —se interrumpió intentando concentrarse—. Cosas que se han desvanecido, no consigo recordarlas, pero lo del espejo lo recuerdo muy bien, el espejo se rompió y anoche hubo algo... —Se interrumpió de nuevo dando una profunda calada.

—Mira Paco, te parecerá una locura, pero aquí ocurrió algo muy extraño anoche, se desataron fuerzas que están más allá de la lógica, que el espejo se rompiera no fue casualidad, alguien o algo utilizó a Luis, aprovechó el momento —volvió a callar falto de palabras para expresar lo que le atormentaba, era muy consciente de cómo sonaba lo que le contaba a Paco.

—Ya veo —repuso lentamente Paco rompiendo el silencio— ahora ya no hay nada que temer, me deshice del espejo, de hecho no creo que vuelva a poner otro, no me gustan demasiado.

—¡Bien, bien! —le interrumpió Matías—. Has hecho bien deshaciéndote de los restos, aun así hay algo que tengo que contarte, algo que debes saber porque puedes estar en peligro, un peligro que ni te imaginas.

Y se lo contó. Jamás hubiera esperado de Matías que creyese en todo aquello, parecía otro tipo de hombre, realista y sin tiempo que dedicar a ciertos temas, sin embargo le relató como existían otros mundos, mundos que rodean al nuestro como las capas de una cebolla. A pesar de la proximidad de estos mundos, no se podía pasar de uno a otro así como así.

—Ocurre lo mismo con las capas de la dichosa cebolla —le aclaró—. Están pegadas unas a otras pero cada una conserva su integridad. Sin embargo hay formas de pasar de un mundo a otro —le susurraba cada vez más bajo, temeroso de que alguien le oyese—, hay puertas a través de las que se puede pasar de un mundo a

otro. Los espejos son puertas y aquí se rompió un espejo anoche —concluyó.

—Aquí y en cientos, incluso miles de sitios más —arguyó Paco—. No me estarás diciendo que se abren puertas todos los días. ¡Joder, haría una corriente del copón!

La broma no obtuvo respuesta, ni siquiera una pequeña sonrisa. Matías aspiró a fondo el cigarrillo, cogió la taza de café y viéndola vacía, le pidió otro a Paco. Este casi le dijo que no, que se marchase con sus cuentos a otra parte pero fue a hacerle un café, resignado a permitir que Matías llegase hasta el final.

—No se abren puertas todos los días —le explicó pacientemente—. Los espejos son puertas pero eso no significa que permitan el paso simplemente con romperlos. Para eso hacen falta llaves, no unas llaves cualquiera, en realidad son formas de energía, una energía especial. Anoche hubo energía de esa aquí, lo recuerdo, inundaba el local, anuló a mi ángel... —se interrumpió de pronto, parecía lamentar lo que acababa de decir—. Bueno eso no importa, lo que sí importa es que aquí se desataron fuerzas extrañas y ten por seguro que no fue casualidad que Luis, en pleno ataque, arrojase el vaso al espejo. Algo le obligó, algo que vio su oportunidad de entrar y la aprovechó —sorbió el café mirando a Paco por encima de la taza.

—¿Entiendes ahora? Algo entró en nuestro mundo anoche, no sé qué es ni si ha tomado posesión ya o está acechando. Conmigo no creo que ni lo intentara, estoy bien protegido pero a ti te conoce Paco, seguro que te vigilaba desde el otro lado.

Paco se rio sin ganas, no sabía qué decir, la historia de Matías le daba escalofríos.

—Matías, a mí todo este follón de llaves, otros mundos... me estoy perdiendo. Yo también estuve aquí anoche y lo único que ocurrió fue que Luis se encabronó con una apuesta jugándose hasta el culo y le dio un ataque porque pensó que había perdido. Seamos sinceros, Matías, estaba gordo como un cerdo y fumaba y bebía lo suyo. Lo raro es que no le pasara antes.

Matías le sonreía, una sonrisa que no pasaba de ser una mueca.

—Sí, eso es, perdió la vida y sin embargo ganó la mano, llevo preguntándome todo el día cuál sería de verdad la apuesta —cogió del brazo a Paco—. Sé que no me crees pero dime una cosa, si eres capaz de contestar, me marchó ahora mismo y te dejo en paz.

Paco no dijo nada aunque acercó la mano a un cuchillo que tenía bajo la barra. No le gustaba lo que estaba ocurriendo, una parte dentro de él estaba empezando a sentir miedo.

—¿Con quién jugó Luis la última mano? —Se echó hacia atrás y le miró desafiante, Paco apartó la mirada incómodo y sintiéndose muy irritado.

—Coño Matías, ya lo sabes, yo estaba en el servicio, empecé a sentirme mal y me lo perdí todo.

—Ya sé que estabas en el servicio pero piensa, yo ya no estaba en la mesa, tú mismo me viste al lado de la barra, Jaime había tirado sus cartas y además, estaba medio ido, así que ¡Tachan! ¿Con quién se la jugó Luis? —Abrió los brazos y compuso el gesto de presentador de concursos televisivos.

Paco abrió y cerró la boca varias veces y al final se enfadó:

—Joder, no me acuerdo, con todo lo que pasó, no me acuerdo.

—¿Y sabes por qué no te acuerdas? Porque no puedes, porque hubo algo aquí anoche, algo que venía a ajustar cuentas con Luis, Dios sabe por qué, y que cuando acabó, se aseguró que nadie lo recordase. Fue el cuarto jugador quien desató las energías que hicieron posible que se abriera la puerta. No creo que fuera su intención la verdad y sin embargo, eso es lo que ocurrió.

Paco se pasó una mano por la frente mientras la otra se cerraba con fuerza alrededor del cuchillo.

—¿Recuerdas al cuarto jugador, Paco? —insistió Matías ante su silencio.

Al final Paco reconoció que no lo recordaba pero que tampoco significaba nada ya que probablemente fuera debido al *shock*. Matías le sonrió condescendiente, «no creas si no quieres» le decía esa sonrisa, «pero dentro de ti sabes que lo de anoche fue algo que se escapa a la lógica».

—Bueno, yo venía a avisarte, me pareció que era lo menos que podía hacer por ti —se bajó del taburete—. No te entretengo más.

El súbito cambio de Matías le sorprendió aunque no se detuvo a discutir con él, dejó el cuchillo en su sitio con discreción sintiéndose un poco ridículo, y acompañó a Matías a la puerta. Le invitó a volver cuando quisiera, a lo que el otro asintió con la cabeza, sin embargo ambos sabían que lo más probable es que no se volvieran a ver jamás.

Y así fue, al cabo del tiempo supo de Matías a través de algunos asiduos al bar que también lo conocían. Al parecer había sufrido algún tipo de crisis nerviosa provocada por la muerte repentina de un amigo muy cercano. Paco se preguntó si sería aquel que acompañó a su esposa cuando fueron a buscarlo la noche fatídica. Y como colofón, su mujer le había pedido el divorcio. Las cosas habían empezado a irle mal y acabó bebiendo en exceso y contando historias sobre venganzas de ángeles y demonios. Ahora estaba ingresado en un sanatorio privado y, al parecer, se iba a tirar allí una larga temporada.

De pronto fue consciente de que el reportero le estaba mirando fijamente con una sonrisa bailando en los ojos. Su vuelta al pasado le había desconectado del presente y se sintió un poco estúpido por trasponerse de esa manera.

—Perdona, ¿qué decías? Se me ha ido el santo al cielo y...

El otro se rio de buena gana.

—Ya me había dado cuenta, llevas varios minutos con la mirada perdida. No hace falta que te disculpes, supongo que todo lo que ocurrió fue bastante fuerte.

—¿Fuerte? Hombre sí, un tipo cayó muerto en medio de mi bar y eso no pasa todos los días pero... —aquí aprovechó para introducir lo que tenía ensayado— tampoco fue nada del otro mundo, una desgracia, nada más.

Ricardo volvió a reírse, quizás encontrase ingeniosa la frase o quizás simplemente se riese de él. Paco empezó a sentirse incómodo.

—Bueno, al grano —el reportero se puso serio—. Voy a leerte lo que me dijeron ellos dos para que lo corrobore y añadas lo que creas oportuno. A ver, empezaré por Matías.

Y con enorme asombro por su parte, Paco oyó como además de todo lo ocurrido en la partida, le relataba punto por punto la historia que Matías había ido a contarle a él al día siguiente. Se puso en guardia, era evidente que este Ricardo Ventura sabía hacer hablar a la gente.

—¿Y bien? ¿Tienes algo que comentar sobre lo que me contó Matías?

—Lo que cuenta de la partida es cierto, bueno por lo menos la parte de la que yo me enteré —repuso pensativo Paco.

—¿La parte de la que te enteraste? Creía que habías estado presente todo el rato.

—Casi todo —le corrigió—, la verdad es que al principio estuve más pendiente de una película que hacían en la tele y luego al final, me sentí indispuerto y tuve que meterme corriendo en el servicio. Para cuando salí, ya había terminado todo.

—Ya veo —comentó Ricardo—, te perdiste lo mejor —le sonrió guiñándole un ojo—. Pues es una lástima, porque al parecer Matías fue el único que lo presencié. El tal Jaime tiene la memoria en blanco en lo que al desenlace de la partida se refiere y ninguno de ellos ha sido capaz de decirme algo sobre el cuarto jugador.

Paco abrió la boca para decirle al periodista que ya había pasado por ahí con Matías, pero la volvió a cerrar, tampoco quería entrar a discutir con él lo que Matías le había contado en su visita al bar. Al final tuvo una idea, le daría algo de carnaza al reportero para mantenerle contento.

—Como comprenderás, toda esa historia de Matías sobre el cuarto jugador no se tiene en pie. Por no hablar sobre eso de los espejos y las puertas —procuró mantener la mirada intensa del otro. Se humedeció los labios antes de seguir hablando—. ¿El cuarto jugador? Sí hombre, vamos a ver... —Levantó la vista al techo murmurando como si repasase una lista a la vez que iba enumerando con los dedos.

—Ya está, mira, estaban Matías, Luis, este que me acabas de nombrar, Jaime eso es, siempre me olvido de él, y el cuarto: Conrado.

Ricardo enarcó una ceja pero no hizo comentario alguno.

—Sí hombre, eso es, nos habíamos olvidado de Conrado, no me extraña, no era un tipo muy agradable, se daba muchos humos —dio una palmada satisfecha sobre la barra— ahí lo tienes, no hay misterio, Conrado era el cuarto jugador, ahora no me vayas a preguntar cómo contactar con él porque no tengo ni idea, vino con Matías, pregúntale a él —si es que está en condiciones de responder pensó. Se sentía muy satisfecho, le había salido redondo.

—Conrado se sintió indispuerto y se marchó a mitad de partida —Ricardo consultaba sus notas aunque a Paco le dio la impresión que no le hacía ninguna falta.

—Él no fue el cuarto jugador, el que se enfrentó a Luis. Y hablando de Conrado —había dejado la libreta de notas y volvía a mirarle con ese brillo burlón en los ojos—. Murió en un accidente hace un mes, empotró el coche contra un camión, al

parecer iba cargadito el amigo Conrado.

Paco notó que le subía la sangre al rostro, había subestimado a Ricardo, venía muy bien informado, estaba claro que Matías le había dado infinidad de detalles aunque eso no acababa de cuadrarle.

Quizás no haya sido Matías, pensó de pronto, quizás este tipo sepa quién era el cuarto jugador y está jugando conmigo o incluso podría haber sido el otro tipo, ese tan desagradable, intentó recordar, Jaime, ese Jaime seguro que se había ido de la lengua.

Paco apretó los labios cruzándose de brazos, iba a dar la entrevista por acabada, no tenía por qué soportar todo esto, tenía una vida que vivir y si a los demás no les había ido bien, Matías en un sanatorio y Conrado muerto, él no tenía la culpa.

Ricardo pareció leerle el pensamiento porque se levantó cerrando la libreta de golpe, estaba claro que no averiguaría quién era el cuarto jugador, le dijo resignado y le pidió permiso para sacar un par de fotos antes de irse. Paco volvió a repetirle que había reformado todo después de lo ocurrido ese día pero que él mismo, si quería sacar fotos que las sacase.

Ricardo sacó una cámara digital de aspecto muy caro y profesional, y fotografió el rincón donde se había desarrollado la partida. A Paco le chocó, no recordaba haberle dicho donde había estado colocada la mesa, y luego con un «Ya está todo» y unas «gracias» cuando no le quiso cobrar el café, abrió la puerta para marcharse. De pronto se detuvo y volvió a la barra.

—Oye perdona que vuelva a molestarte, es que me han entrado ganas de... ya sabes, ¿puedo usar el servicio?

Le dijo dónde estaba y se desentendió de él, estaban entrando los primeros comensales y se tenía que poner en marcha.

En el bar contaba con una buena cocinera: Mariela una cubana de cocina sencilla y bien hecha, pero el servicio de mesas lo hacía él solo y todos llegaban a la vez y querían su comida enseguida.

Se olvidó de Ricardo por completo, disfrutaba de su trabajo y solo el comentario de un cliente sobre el servicio que olía a cloaca, le trajo el recuerdo de su pesadilla pero lo apartó sin problemas riendo con todos cuando otro cliente acusó a su compañero de mesa de ser la fuente del mal olor.

Con el último de los comensales saliendo por la puerta, Mariela se despidió de él a toda prisa, tenía dos niños que recoger a la salida del colegio y se le hacía tarde. Paco se dirigía a la puerta para bajar la persiana, siempre cerraba una hora para comer tranquilo, cuando oyó una voz a su espalda.

—¿Me pones un café?

Se giró sobresaltado, hubiera jurado que no quedaba nadie ya, y se quedó paralizado. En la barra se apoyaba Ricardo, el mismo Ricardo que se había marchado...

¿Lo había hecho?

... hacía un par de horas.

En realidad se metió en el servicio pero no le había visto salir.

Pero no podía haber estado todo ese tiempo allí dentro, alguien lo habría visto.

Recordó el olor a cloaca.

—Es el segundo susto que te doy Paco. Acabará por convertirse en una costumbre —la mirada se reía de él abiertamente—. Ven aquí, tenemos que hablar.

Paco decidió que no tenían nada de que hablar y se apresuró hacia la puerta, entonces la persiana cayó de golpe con un estruendo tremendo y el local quedó a oscuras. Paco se giró, estaba asustado, empezaba a temer seriamente por su existencia, el tal Ricardo podría ser muchas cosas pero desde luego no era un reportero.

—Venga Paco, enciende las luces, no querrás que hablemos a oscuras, ¿no? Y sírveme ese café, lo haces realmente bueno.

Fue hacia la barra como un autómatas y pulsó los interruptores, parpadeó varias veces y miró a Ricardo. Si esperaba algo especial, no lo encontró, el falso reportero seguía apoyado en la barra con la misma expresión cínica, observándole. Se metió en la barra y le hizo el café, la taza temblaba cuando se la puso delante.

—Oye Paco, a ti ¿cómo es posible que haya gente que te llame «El Piojoso»? —le preguntó de pronto.

Le miró sin decir nada, estaba convencido de que el otro no esperaba una respuesta.

—Porque es un guarro, tiene el bar hecho un asco y él apesta. Eso me lo dijo Jaime cuando hablé con él —le sonrió—. Si eso es verdad, entonces me parece a mí que ese Paco, «el Piojoso», ha cambiado mucho —de pronto se puso serio y en sus ojos se dibujaron pozos sin fondo, Paco apartó la mirada acariciando la idea de echar mano del cuchillo bajo la barra, pero se contuvo, no le iba a servir de nada, estaba seguro.

Ricardo o quién fuese, se levantó y abrió los brazos abarcando el interior del bar.

—Has hecho una reforma, en el barrio tienes fama de servir buenos almuerzos y mejores comidas y por si eso no bastara, mírate a ti.

Paco lo miraba a él, su voz y movimientos eran hipnóticos.

—Más delgado, un buen corte de pelo, buena ropa... —Se rio—, ¿este no es mi Paco, me lo han cambiado!

Volvió a la barra y apoyando ambas manos sobre la barra cómo si fuera a saltar, le soltó:

—Porque eso es exactamente lo que ha ocurrido ¿verdad? Aprovechaste bien tu oportunidad y te colaste.

Paco tragó saliva.

—¿Qué eres? —acertó a preguntar con un hilo de voz.

—Eso ya me lo preguntaron aquí mismo hace dos meses —se apartó de la barra — y no contesté —calló unos segundos evaluando a Paco—. ¿Qué soy? Algo que tú

no podrías entender o quizás sí, pero ese conocimiento te haría perder la razón por no mencionar que me vería obligado a eliminarte. En sí no soy nada, apenas una proyección, y mi poder procede de los deseos, soy algo así como un hada madrina —su risa repentina era seca, sin humor—. No resulta agradable pero sí necesario, a veces la balanza está en peligro y es cuando acuden a nosotros, muchas veces yo mismo ignoro lo que me aguarda, ya te lo he dicho, solo soy una proyección, una sombra del poder —le guiñó un ojo a Paco—. La cuestión es quién o qué eres tú, aunque no te preocupes, supongo que no querrás contestar.

Paco ignoró la última frase del ser al otro lado de la barra, difícil pensar en eso como «Ricardo» después de lo que le había contado.

—¿Qué me va a pasar?

—¿Pasar? —puso voz de sorpresa—. Nada hombre, no te va a pasar nada, solo tenía curiosidad, bueno eso y un pequeño encargo que cumplir —le sonrió maliciosamente— tenía que asegurarme que no nos causarías problemas y bueno... —volvió a abrir los brazos teatralmente— me parece que con el ratito que he estado por aquí he visto bastante de ti como para darte el visto bueno. Y ahora sí que me marchó —repuso bajándose del taburete, luego hizo un gesto hacia la persiana y esta se levantó de golpe.

—No creo que nos volvamos a ver, por tu bien así lo espero —añadió con gravedad y se dirigió hacia la salida—. ¡Ah! —exclamó deteniéndose de pronto— no te preocupes por las pesadillas, pertenecían a Paco, no era trigo limpio el amigo Paco, se desvanecerán con el tiempo —y se marchó.

Paco se derrumbó dejándose caer sobre el suelo tras el mostrador. Intentando controlar el intenso temblor de sus manos, fue a encender su enésimo cigarrillo del día, pero tras mantenerlo unos instantes frente a los ojos, lo aplastó con la mano. Tenía una nueva vida, nada que ver con el infierno del que procedía, y si algo tenía claro, es que iba a aprovecharla a tope.

La Madres El Nódulo

La Madre Novicia contemplaba El Seno Espiral pleno de infinitas hebras de luz que se agitaban repletas de vida. Sus constantes destellos y parpadeos eran información que Novicia leía como en un libro: allí donde era más intensa, nívea, se estaba produciendo un nacimiento. Donde la luz eclosionaba intermitente en distintos colores, a veces en ondas breves, en otras más prolongadas, se producían los cruces y conforme el color, la intensidad y la duración, se podía determinar la naturaleza de la unión, si habría de repetirse en más ocasiones e incluso si acabaría siendo permanente y de ella nacerían nuevas hebras. También se leían las muertes, hebras sin luz, mates, en una gama de grises sucios con tendencia al negro, sin posibilidad de cruces y alejadas del ajetreo en el Seno, que acababan desligándose para ser reabsorbidas por el propio Seno. De esa manera se nutría el Seno Espiral y de ellas daría a luz nuevas hebras cerrando el ciclo que mantenía el Equilibrio. Así había sido desde siempre y así habría de ser para siempre, con las Madres vigilantes, conservadoras del Equilibrio, dando sutiles toques aquí y allá, o no tan sutiles si era preciso, porque el desequilibrio del Seno supondría el caos y la Némesis de todo lo conocido, incluidas las propias Madres y por lo tanto, su preservación estaba por encima de todo.

Novicia desplazó su esencia entre las hebras sintiéndose plena cuando llegó a su propio campo. El trabajo de corrección no había sido especialmente arduo pero sí el primero de importancia del que se encargaba a solas y su Hijo Enviado había respondido a su entera satisfacción. Solo había surgido un pequeño contratiempo, había tenido lugar una transición, nada importante en realidad, apenas un nódulo que empalmaba la hebra y que no afectaba al Equilibrio, de eso estaba segura, lo hubiera percibido enseguida, aunque contemplarlo le producía cierta desazón.

Fue entonces cuando presintió la llegada de la Madre Mayor, no la cogió por sorpresa, de hecho aguardaba su visita, aunque tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la entereza. Mayor era inflexible, no podía ser de otra manera, pero también era justa y ella no creía tener nada que temer, sin embargo deseaba que ese nódulo no hubiera aparecido.

Reconoció la presencia de Mayor extendiendo su esencia para darle la bienvenida.

—Saludos Madre Novicia y bien hallada.

—Saludos Madre Mayor y bien recibida.

Fundieron sus esencias durante unos instantes y se contemplaron, lo que vieron obtuvo la complacencia de ambas y al fin cuando se desligaron, quedaron palpitantes y plenamente satisfechas. Si Mayor notó la desazón de Novicia, no dijo nada.

—¿Hay equilibrio, Novicia?

—Lo hay Madre Mayor, se enderezó allí donde había que enderezar y se amputó allí donde no quedaba otra solución.

—Entonces tu Hijo Enviado ha actuado bien, Novicia. No cabe duda de que irá afianzando su capacidad y nuestro deseo es que llegue a dar el Salto con su Madre.

Todo esto no era más que una fórmula con que obsequiaba la Madre Mayor a

todas las que emprendían el camino de la iniciación y ella lo sabía. Ahora recorrerían la zona y la hallarían en perfecta armonía, solo el nódulo requeriría una aclaración, nada importante se decía, al menos así lo esperaba.

—Ha habido que amputar en varios puntos Novicia, ¿era inevitable?

—Así lo estimamos Madre, enderezar ciertas trayectorias implicaba grandes riesgos, pero observa Madre que en otras hebras se ha aplicado el más sutil de los retoques, apenas una pincelada.

—Eso nos complace Novicia, jamás cuestionamos la capacidad que nos llevó a otorgarte la confianza de reglar sobre un campo del Seno —Mayor se detuvo de pronto y Novicia no tuvo que mirar para saber que ante ellas palpitaba el nódulo.

—¿Un nódulo, Novicia? —La pregunta fue casual pero Novicia sintió que las sombras invadían su esencia.

—Un imprevisto que sobrevino por la energía necesaria en el primer encuentro Madre, hubo una transición pero se evaluó, el Hijo Enviado reconoció el posible riesgo y lo sometió a riguroso examen, determinó que no había nada que temer.

Durante unos interminables momentos, Mayor escudriñó el nódulo mientras Novicia procuraba que su esencia se alterase lo menos posible. No ocurre nada se repetía, el Equilibrio del Seno es perfecto, el Hijo Enviado había hecho una gran labor y sería felicitada por ello.

—El Equilibrio es en verdad perfecto —proclamó Mayor reafirmando el sentimiento de Novicia—. Sin embargo, creo necesario aplicar vigilancia sobre el nódulo —añadió tras una pausa.

Novicia sufrió una leve alteración. Vigilancia. Ella no había percibido nada anómalo, pero no podía dudar del juicio de la Madre Mayor y por otra parte, ¿no había desasosiego en ella cada vez que estaba en presencia del nódulo? Se estremeció de nuevo.

—¿Vigilancia, Madre? ¿Cómo es posible? Evalué la situación, mi Hijo Enviado fue sumamente cuidadoso, estoy convencida de que lo fue.

—Sé que lo fue Novicia —Mayor se fundió levemente con ella en un intento de darle sosiego—. No hubo negligencia ni hay evidencia de que exista riesgo, pero el Equilibrio del Seno exige el mayor de los cuidados.

Novicia se volvió a estremecer a pesar del sosiego de Mayor, era bueno que no hubiera habido negligencia, uno de las peores faltas que se podía cometer, pero si la vigilancia demostraba el riesgo, el desenlace no sería de su agrado.

—Observo cierta discontinuidad en el nódulo Novicia, ¿ves?, aquí en este punto, apenas nada, no afecta al Equilibrio y sin embargo, ahí está. Por ahora lo catalogaremos como Incidente.

Novicia tuvo que reconocer la existencia de la anomalía, se le había pasado por alto, claro que su percepción no era comparable a la de Madre Mayor.

—Las transiciones son siempre peligrosas Novicia, son factores desconocidos aunque normalmente se integran e incluso contribuyen positivamente al Equilibrio

del Seno, más hay que tener cuidado, sus efectos, si negativos, nos podrían costar muchos quebrantos.

Novicia mantuvo silencio. La discontinuidad existía, ella misma la percibía, ahora debía atenerse a las consecuencias. Recordó que Madre Mayor era justa y por ello, también inflexible y sus sentencias implacables.

—Madre Novicia, ¿reconoces la necesidad de la Vigilancia? —Mayor adoptaba la fórmula tradicional de la Sentencia.

—La reconozco Madre Mayor.

—Madre Novicia, ¿amas a tu Hijo Enviado?

—Le amo Madre Mayor.

—¿Qué supone tu amor por tu Hijo Enviado?

—Que mi placer será superior al aniquilarlo porque por encima del amor por el Hijo Enviado, está mi amor por el Seno Espiral.

—Así sea Madre Novicia. Dicto que se vigile el nódulo, tu Hijo Enviado cumplirá esa misión y ninguna otra hasta que se determine lo contrario. No llevará a cabo acción alguna, solo informará de todo aquello que observe. Y en cuanto a ti, no temas, has actuado bien, este ha sido tu primer trabajo y no se te acusará de falta. ¿Me has comprendido Madre Novicia?

—Plenamente Madre Mayor y acepto con respeto y gozo la Sentencia.

Mayor acercó su esencia a la de Novicia, se fundieron levemente y luego se marchó. Durante esa breve fusión, Novicia percibió el pesar de la Madre Mayor y también su determinación, si el Incidente se trocaba en riesgo real, tendría la obligación de aniquilar a su propio Hijo Enviado y aunque a ella le permitiera engendrar otro Hijo Enviado, sabía que ya no le sería tolerado otro error. Si volvía a presentarse un Incidente en su campo, pasaría a ser una Hermana Sierva, una fracasada al servicio de las demás, sin destino alguno y sin posibilidades de dar el Salto. Conocía algunas iniciadas que habían sufrido ese destino, normalmente acababan por fundirse con el Seno, incapaces de soportar su situación. Y si se recreaba en todo esto, era porque ni siquiera quería plantearse la posible aniquilación de su Hijo Enviado.

El Hijo Enviado se presentó ante su Madre y se fundieron en un gozoso éxtasis. Había transcurrido un largo tiempo desde su marcha y ansiaban ese reencuentro. Al deshacer la unión, Hijo Enviado resplandecía de felicidad pero a pesar de ello, no había dejado de notar una parte restringida en su Madre. Donde jamás había límites, había tropezado con una barrera, tenue, pero barrera al fin. Algo había ocurrido y si su Madre se lo ocultaba es que no era bueno. Aguardó en silencio a que ella se dirigiera a él.

—Te encuentro complacido, Hijo.

—Lo estoy, Madre, ansiaba este momento de comunión. ¿He sido un buen hijo?

—Observó la ahora evidente intranquilidad en la esencia de su Madre y añadió—: algo te conmueve Madre, háblame. ¿Acaso no hay Equilibrio en el Seno? ¿Me ha

engañado mi percepción?

—No Hijo, no te ha engañado tu percepción —se apresuró ella—. El Equilibrio es adecuado y así lo ha confirmado la Madre Mayor.

—Entonces, ¿qué ocurre Madre? Te agitas inquieta, puedo notarlo. ¿Hubo algo que no satisfizo a la Madre Mayor?

Se lo dio a conocer fundiéndose nuevamente con él para que accediera a esa parte de si misma que en principio le había denegado. Cuando se separaron, Hijo Enviado se apresuró a examinar el nódulo.

—No aprecié riesgo, Madre —dijo alterado al comprobar la existencia de la discontinuidad—. Si lo hubiese percibido, no habría permitido que subsistiera.

—Lo sé Hijo y no hay evidencia de riesgo —le consoló—. También lo sabe Madre Mayor, no hablamos de negligencia ni de falta, solo de establecer vigilancia.

—Iré de inmediato y amputaré el nódulo, Madre. Déjame marchar ahora mismo, te lo ruego —estaba furioso consigo mismo, le trastornaba ver así a su Madre, ni siquiera pensaba en si mismo, aunque conocía de sobra lo que le aguardaba en caso de existir riesgo.

—No te agites, Hijo, nada se resolverá con precipitación. Ahora está hecho y la intervención no es posible hasta que se desvele el riesgo, si es que llega a desvelarse. Tu cometido será marchar, vigilar e informar, nada más.

—Madre, te he decepcionado —su esencia se quebró y ella se apresuró a consolarlo.

—No Hijo, no. Debes conservar la entereza, que se apunte la vigilancia es muchas veces un simple formalismo, algo con lo que se nos llama la atención a las iniciadas. Ten fe, vigila bien y estoy segura de que esto solo será una lección que procuraremos no olvidar.

Ella estaba superando sus propios temores para que él no diera paso a los suyos y él lo sabía, Madre Mayor no tomaba decisiones a la ligera, así que no tenían más opciones que cumplir los designios de la Sentencia. Se resignó, deseó con fuerza que su Madre tuviera razón, y que todo eso no fuera más que parte del aprendizaje.

Se despidieron procurando mantener la calma, nada se obtenía de una esencia alterada.

Él retornaría al punto desde el que se despidió, a Los Llanos, al barrio de «El Bar Paco» y vigilaría, si el riesgo afloraba sabía lo que le aguardaba. Sin embargo, no iba a ser el único que sufriera, antes pensaba asegurarse de que el causante tuviera lo suyo, sería tal su tormento que lamentaría su transición tanto como él su error.

Madre Mayor los vio separarse y la pena la recorrió en oleadas, no disfrutaba con lo que estaba ocurriendo, aun más por ser Novicia una de sus favoritas, pero el Seno Espiral requería el mayor de los cuidados y cualquier sacrificio era escaso si con ello se preservaba el Equilibrio. Novicia y su Hijo tenían mucho que aprender, sobre todo que cualquier error se pagaba muy caro, no bastaba con el deseo de hacer las cosas bien, solo el resultado importaba. Había sido siempre así y así sería también siempre.

Mayor suspiró en una fluctuación de grises y negros que recorrieron su esencia. Quizás todo saliera bien y habría motivo para el alborozo, sin embargo ella también estaba preparada para la tragedia y cuando llegase el momento, sería inflexible y nada detendría la Sentencia.

Beatriz

Una historia de Amor

Mi pesadilla es un edificio en construcción: un esqueleto de pilares grises y hierros óseos asomando por todas partes. Alrededor suelo árido, polvoriento y duro como el hormigón por la falta de lluvias. El día es uno cualquiera, siempre y cuando los albañiles ya no estén trabajando y el cielo sea azul con un sol mentiroso, porque hace un frío que pela. En las sombras alargadas de las vigas hay movimiento, una criatura amorfa que aguarda a que deje de vigilarla para devorarme. Me concentro en no perderla de vista, mientras pueda verla estaré segura. Pero el sol me reclama y no puedo evitar levantar el rostro hacia el cielo. Entonces suenan los pasos apresurados del depredador y despierto chillando.

Esa es mi pesadilla.

Hace algún tiempo, conocí un tipo que se las daba de interesante: una especie de Indiana Jones urbano. Sobra decir que era una postura con la que intentaba ligar en la creencia que a las mujeres nos van esos tipos. No diré que no tuviese su aquel, pero la primera impresión se diluía en cuanto intimabas un poco con él. El único buen recuerdo que me dejó tras un par de sudorosas noches de esfuerzos baldíos por su parte e intensa frustración por la mía, fue una frase: «Vive como si mañana fueras a morir, pero con la certeza de que eres inmortal». Supongo que la leería en alguna parte y la había incorporado a su repertorio de frases hechas. A mí me gustó, solo hubiera cambiado la última parte: «Vive como si mañana fueses a morir y con la certeza de que no le importa a nadie». En mi caso no era una pose, aunque me importaba un cuerno lo que creyeran los demás. Claro que con una actitud así, me duraban poco las relaciones hasta que lo conocí a él: el hombre que iba a cambiar mi vida de arriba abajo.

La mañana comenzó pesada, con uno de esos cielos gris plomizo que te hace sudar a destajo dando la sensación de que el día lo llevas sobre los hombros como una mortaja.

Era verano y hacíamos jornada intensiva: de ocho de la mañana hasta las tres, eso siempre que al jefe no le surgiera algún encargo de última hora que nos obligara a quedarnos hasta más tarde. Los días que conseguía salir a las tres eran los menos. Trabajaba en una agencia de publicidad para un engreído llamado Conrado Domínguez. Era la clase de hombre que daba asco, tan pagado de si mismo que no entendía como los demás no estaban adorándole todo el día.

Oficialmente mi puesto era el de administrativa, pero hacía prácticamente de todo menos eso en lo que algunos seguro que estáis pensando. Para esas «faenitas» contaba con la secretaria de dirección: Eva, una chica muy linda y si queréis que os diga la verdad, muy tonta también. De secretaria poco y dirección una: la de la cama. Nunca me pareció que fuese muy feliz. Claro que uno siempre pierde con la gente como Conrado.

El día en cuestión, conseguí salir a las cuatro y media con un estómago rugiente, si alguien sugería comer durante la jornada, se encontraba con una mirada fría y un no rotundo. Comer, ir al cuarto de baño o rascarse eran placeres incompatibles con

nuestro trabajo.

Decidí que comería en un burger, tenía tanta hambre que me podría zampar el menú gigante con un par de helados. No vayáis a pensar que tengo por costumbre ir siempre a esos sitios a comer. También voy a pizzerías, bocaterías y algún que otro bufé libre. ¿Qué si estoy gorda? No, de hecho sé que en la oficina me llaman el mocho: flaca y con pelo de loca. Claro que Gertrudis la de contabilidad que me sacó el mote, es un montón de grasa al que ella llama metabolismo lento y yo cerda tragona.

Basta de descripciones, el resto os lo imagináis. Si os apetece.

En el burger saludé al chico de la barra, un estudiante bastante majete que me hacía desear tener diez años menos y dos tetas más. Luego me senté con mi bandeja repleta y me llené la boca con satisfacción mientras abría el libro apoyándolo contra el vaso del refresco. Ahuyenta a muchos moscones ver a una mujer leyendo y si es un libro como Siddhartha más todavía, así consigo que me dejen tranquila.

—¿Está libre esta silla? —Casi me atraganto, supongo que estaba tan enfrascada que ni le oí llegar. Estaba a punto de mandarlo a paseo, cuando me di cuenta de que todas las mesas estaban a reventar. ¿De dónde había salido tanta gente? Le indiqué con un gesto indiferente que sí y volví a enfrascarme en el libro. Vale, vale. Lo admito. Le eché un par de vistazos de reojo. No estaba mal del todo: alto, fibroso, muy moreno de piel pero no de playa si no de persona acostumbrada a estar al aire libre, y unas canas en las sienes que daban ganas de enredar los dedos en ellas. De todas formas, decidí refugiarme en el libro, el tipo no llevaba bandeja ni nada y empecé a preguntarme si no sería un rarito o algo por el estilo. Pero no, con mucho disimulo pude ver que no hacía más que mirar de un lado para otro con cara de despistado hasta que giró el rostro hacia mí. Tenía unos ojos interesantes, castaños con matices verdosos. No es que estuviera pendiente de él, era él quien me miraba.

—¿Le ocurre algo? —pregunté al fin. No dejaba de observarme y estaba empezando a ponerme nerviosa.

—Pues sí, me preguntaba dónde estaría el camarero.

—¿Tengo pinta de camarera? —le miré alucinada. ¿No había estado nunca en un burger? No me lo podía creer. Claro que como forma de romper el hielo, no estaba mal, era bastante original... ¿A quién quiero engañar? El que no estaba mal era él, tan masculino y con ese aire desvalido que te daban ganas de abrazarlo y...

—Tienes que hacer el pedido en el mostrador y traerlo tú a la mesa.

—¡Ah! —me sonrió con timidez—. No frecuento mucho estos sitios. ¿Me guardas el sitio?

Estuve a punto de decirle que no, que me marchaba ya. No me gustaban para nada las sensaciones que tenía cada vez que el tipo me miraba. Era mono eso estaba claro, pero yo paso de hombres. No bromeo, paso de ellos salvo algún escarceo en momentos malos como el de Indiana Jones. Y no es que me vayan las mujeres, simplemente voy a la mía y «la mía» no suele incluir machos excepto mi gato

Fernando al que por cierto, ya he castrado.

El tipo ya estaba yendo hacia el mostrador antes de que yo pudiera abrir la boca, así que decidí esperarle. En cuanto volviese, me marchaba. Como había bastante gente en la cola, volví a mi libro.

—Gracias, eres muy amable —el tipo llevaba una bandeja con una ensalada y un botellín de agua. Sin poder evitarlo, comparé mi bandeja repleta con la suya y me sentí un poco avergonzada. Eso me dio rabia, así que cogí el bolso, musité un «de nada» bastante frío y me levanté para marcharme.

—Dame un respiro Beatriz. Me acabo esto y nos vamos.

Me quedé paralizada, había pronunciado la frase con toda tranquilidad como si nos conociéramos de toda la vida. Admito que me asusté un poco, así que poniendo mi cara «terrible»: ceño fruncido, comisura del labio levemente enarcada y ojos echando chispas, le ignoré echando la silla para atrás. Si me tocaba o intentaba seguirme, le iba a montar el pollo especial de la casa. No se movió, había destapado la ensalada con toda parsimonia y comía un trozo de tomate mientras me miraba con un gesto divertido.

—¿No me digas que te doy miedo? Llevo días planeando dónde era mejor encontrarme contigo, si he venido aquí es porque en medio de tanta gente imaginé que te sentirías segura.

¿Llevaba días planeando ese encuentro? ¡Ay mamaíta! Miré a todos lados buscando un guarda de seguridad. ¿Qué iba a hacer? Si llevaba días controlándome, sabría donde vivo, donde trabajo... Intenté que no notara el temblor de rodillas, si percibía que estaba asustada, entonces sería suya, no en ese momento, pero tarde o temprano caería. Lo leí en una revista, a estos tíos hay que demostrarles que dominas la situación. Decidí usar mi sonrisilla irónica, esa que deja a la gente con la sensación de que no se han subido la bragueta o de llevar un trozo de papel higiénico asomando por la trasera del pantalón.

Ni se inmutó, de hecho me pareció que aguantaba una carcajada. Echó la mano al bolsillo del pantalón y tras rebuscar, sacó una manoseada tarjeta de visita que dejó sobre la mesa. No hice ademán de cogerla pero tampoco intenté irme. Estaba allí con Siddartha abrazada al pecho notando como las rodillas tocaban las castañuelas.

—Mira la tarjeta, mujer. No soy ningún tarado.

Al final la cogí, por lo menos conseguí que la mano no me temblara demasiado.

Eric Villalba Castillejo
Investigador Privado

Le miré, sorprendida.

—¿Eres un detective?

—Eso es y si me dedicas unos minutos, te explicaré porque tengo que hablar contigo —abrió las manos en actitud de súplica, debió adivinar que pensaba mandarlo

a paseo—. Solo unos minutos, de verdad.

De pronto presentí que no me haría daño, que el tipo era sincero (Y atractivo, sí que lo érale muy canalla), así que asentí, sentándome de nuevo.

Me dio las gracias con una sonrisa y luego volvió a su ensalada a la que miró como si le hubiera insultado.

—Oye, ¿no te importará que nos vayamos de aquí, verdad? Aquí al lado, a tomar un café —añadió deprisa al ver mi gesto de alarma—. Aparte de que esta ensalada es infame, hay mucho ruido aquí con tanta gente. Tendríamos que hablar a voces y el asunto requiere cierta discreción.

Conocía la cafetería a la que se refería y lo que era mejor, la camarera me conocía a mí. Si pasaba algo raro, ella llamaría a su marido que trabajaba en la plancha aplastando cruasanes, ensaimadas y lo que le echaran: un tiarrón de cien kilos al que yo le caía bien.

En la cafetería no había mucha gente, los cuatro habituales así que conseguimos mesa sin problemas. Pedimos dos cafés, el suyo corto con dos sobres de azúcar y un botellín de agua sin gas. El mío negro, largo, con un «trae acá el azucarero» y una copita de orujo gallego, que eso siempre relaja.

—Bien —le dije ya más tranquila—. Suelo tardar unos veinte minutos en tomarme el café y la copa. Te doy la mitad para que te expliques —eché el azúcar en el café mientras le espiaba entre las pestañas ¡Ventajas de tenerlas largas! No parecía muy impresionado la verdad. Sorbió su café, sacó unos puros finos y prendió uno con parsimonia tras preguntarme eso sí, si me importaba que él fumara. Le dije que si a él no le importaba, a mí tampoco. Luego rechacé su ofrecimiento de un purito y me encendí un ducados.

—Estoy aquí por encargo de un cliente. No, no puedo desvelar su nombre —se adelantó al verme abrir la boca—. Ese cliente me ha solicitado que investigue a cierta persona con la que tú tienes relación.

—¿Relación? No tengo pareja, ni relación de ningún tipo. Te has equivocado de persona —le dije muy ufana. Sería muy mono, pero como detective acababa de fastidiarla.

—Hay muchos tipos de relaciones, Beatriz —replicó suspirando.

—¡Eh! ¡Qué a mí no me van las cosas raras!

—Beatriz, me refiero a una relación laboral.

Me quedé fría. No sé que pensaría de mí, que estaba como una cabra o algo por el estilo.

—Disculpa —le dije después de un buen trago de orujo—. Supongo que estoy un poco tensa.

—No importa —me dijo con una sonrisa. Bonita sonrisa, de esas que nacen en los labios y llegan a los ojos con un brillo de... ¡Basta!

—Perdona, no he oído bien lo último.

—Que estoy investigando a tu jefe, a Conrado Domínguez Heras.

Ahí se dispararon las alarmas. Tenía bien claro el tipo de persona que era el crápula de Conrado, sin embargo no me iba a jugar el empleo largando sobre él a sus espaldas. Apuré el orujo, aguanté la respiración mientras el esófago se retorció ante la súbita invasión de alcohol, y dejé la copa con un golpe seco sobre la mesa.

—Esta conversación ha terminado, amigo —le espeté—. No sé nada sobre mi jefe que te pueda interesar y si lo supiera tampoco te lo diría.

—Beatriz, aún no sabes lo que te quiero preguntar, dame al menos la oportunidad de plantearte el asunto.

—Ni hablar. No es que sea el mejor empleo del mundo, pero es el único que tengo. Así que ahueca, se te acabó el tiempo.

—A ese tipo le gustan las niñas, cuanto más jóvenes mejor —lo dijo sin variar el tono de voz, con toda la calma del mundo y fue como si una mano helada me recorriera las entrañas.

—Es un cerdo, Beatriz. En realidad me contrataron para comprobar si está con otra y ha sido durante la investigación cuando he averiguado cosas que te pondrían el vello de punta.

Tenía la boca seca y a pesar de lo caluroso del día, sentí frío...

... un viento helado que desmentía al sol mentiroso que lucía en un cielo azul. Estrenaba un conjunto de falda y blusa que me habían regalado por mi cumpleaños: trece años y me sentía toda una mujer. Mi única preocupación era lo poco que rellenaba la delantera de la blusa, por lo demás estaba guapa y lo sabía.

Había quedado con las amigas: Carmen, Lucía y Adriana y con unos chicos. Era la primera vez que quedábamos con chicos, vale que eran el hermano de Carmen y dos amigos suyos, pero uno de los amigos era Javi y estaba como un queso. Como en casa no me dejaban, me había tenido que meter en un centro comercial para pintarme y estaba arrebatadora con mi sombra de ojos y los labios de un rojo cereza que tiraba de espaldas. Así que, con tanto ajetreo, llegaba tarde y en vez de ir por la avenida, decidí atajar por los descampados. Siempre los evitaba, sobre todo de noche, pero era de día e incluso estaban construyendo varios edificios, no era como antes que tenías la sensación de encontrarte lejos de la civilización.

Andaba con el paso ligero cuando advertí su presencia, un tipo de unos treinta años, mal vestido y con una botella en la mano, no sé si de vino o cerveza. Apresuré el paso procurando evitarle. El tipo estaba tumbado sobre un montón de arena al lado de una obra y parecía que estuviera durmiendo. Al pasar a su altura me pareció que se movía, pero al fijarme bien en él, lo achaqué a los nervios, tenía los ojos cerrados y la boca medio abierta por la que caía un chorrito de baba. Estará borracho, pensé. Cuando ya lo había dejado atrás, volví a preocuparme por la hora, me daba pánico que se cansaran de esperarme y se fueran al cine sin mí.

Cuando oí los pasos precipitados y el jadeo a mis espaldas ya era tarde. Una mano rugosa y áspera se cerró sobre mi boca mientras un brazo me tomaba por la cintura

arrastrándome hacia el interior de uno de los edificios en obras...

—¿Lo cogieron?

Eric me miraba con simpatía mientras me acariciaba la mano, ni me había dado cuenta de que me la hubiera cogido. La retiré a toda prisa.

—¿A quién? ¿De qué demonios estás hablando?

—Del cerdo que te quebró la infancia.

Abrí la boca varias veces y la cerré otras tantas ¡Me había investigado! ¡Sabía lo que me había ocurrido! Me levanté apretando los puños.

—Mira tío, si no te largas ahora mismo voy a ir a la barra y le diré a la camarera, que casualmente es amiga mía, que me estás acosando entonces ella llamará a su marido que es lo más parecido a un gorila que hayas visto jamás, y le pediré que te arranque los brazos lentamente y te juro que me sentaré para verlo y pienso disfrutar con el espectáculo —lo solté de golpe y sin levantar la voz. Juro que si llega a sonreír o algo por el estilo le hubiera estampado la copa en la cara.

—El dato viene en tu expediente laboral y tu expediente laboral está guardado en el ordenador de tu jefe, por eso conozco lo que te ocurrió. Lo siento, no era mi intención ofenderte —se puso de pie con expresión muy seria—. Si saqué el tema es porque imaginé que te vendría a la cabeza al mencionarte a lo que se dedica Conrado. Creí que harías lo que fuera para evitar que otras pasaran por el infierno que tú viviste. Supongo que me equivoqué, así que vuelvo a pedirte perdón. Me marchó. Gracias por tu amabilidad.

Volví a abrir y cerrar la boca varias veces sin decir nada. ¡A ese paso acabaría con hiperventilación! Hice un esfuerzo.

—Espera. ¿Qué es eso de que lo has leído en mi expediente laboral? Yo no se lo he contado a nadie y menos a Conrado.

No fueron sus palabras si no sus ojos los que me convencieron para volver a sentarme con él. Había un fuerte sentimiento de indignación en ellos, su investigación de Conrado había adquirido una trascendencia personal para él, de eso no cabía duda.

—No importa que no se lo contara, ¿verdad? —repose meneando la cabeza—. Probablemente sepa cosas de mí que yo ni recuerde.

—La gente como Conrado necesita controlarlo todo, Beatriz. Pagan bien por la información y siempre hay gente dispuesta a todo por dinero.

Volví a menear la cabeza sintiéndome abatida. Le pedí que esperara un momento y fui a la barra a por otra copa de orujo. No soy bebedora, una copa y algún cubata ocasional, pero la ocasión justificaba el exceso.

—De acuerdo, sigo contigo —le dije al volver a sentarme—. Solo que si te digo la verdad, poco hay que pueda decirte sobre ese cerdo. Tiene una amante, Eva su secretaria de dirección, aunque supongo que eso ya lo sabías —asintió con la cabeza sin hacer comentarios.

—Nunca le he visto fuera de la oficina, así que no sé que lugares frecuenta ni

nada de eso —encogí los hombros con un gesto de rabia, nada me habría gustado más que ayudar a que atrapasen a Conrado.

—Sí que hay algo que puedes hacer Beatriz. Tú organizas todas sus salidas, me refiero a que tramitas los billetes de tren, avión, alojamiento y todo eso ¿no?

—Sí, pero no veo que tiene que ver eso con lo otro.

Se inclinó hacia mí:

—¿No has oído hablar del turismo sexual? No tienes ni idea de cuantos hijos de mala madre utilizan los viajes de negocios como tapadera para dar vía libre a sus instintos más bajos.

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que no lo sé, sin embargo tengo la sospecha de que un tipo como tu jefe que tiene pasta, es lo bastante listo como para buscarse la vida fuera de la ciudad e incluso fuera del país. Hay sospechas de que existen redes a nivel nacional dedicadas a proporcionar niñas a pervertidos como tu jefe. Creo que Conrado se desplaza a otras ciudades para tener esos encuentros sin contratiempos de ningún tipo. Seguramente también se pega algún viajecito al año a algún país donde la miseria y la explotación infantil se dan la mano. Si me dieras la relación de los viajes que tiene pensado hacer próximamente, me convertiría en su sombra y conseguiría pruebas para asegurarnos que jamás vuelva a hacerlo.

La cosa tenía sentido; Conrado en sus viajes de negocios, frecuentaba ciudades en las que no teníamos ningún cliente, siempre aducía que había que abrir mercado, aunque ahora sus intenciones parecían otras ¡Pervertido de mierda!

Me cité con él al día siguiente en la cafetería, le traería una relación de todos los viajes que tenía programados para el resto del año.

Al despedirse me avisó que llevara cuidado:

—Conrado puede ser muy peligroso si se huele algo. Llámame si sientes que estás en peligro, tienes el número de mi móvil en la tarjeta.

Luego se marchó y yo me quedé como una boba viéndole andar calle abajo. Desde luego el tal Eric era un bomboncito.

Al día siguiente volvimos a quedar en la cafetería de mi amiga Charo. Yo me adelanté diez minutos y Charo aprovechó para intentar sonsacarme sobre «el tío interesante» con el que había estado el día anterior. Babeó tanto que su marido le preguntó si había que sacar el mocho, mientras la miraba de reojo.

Al girarme para aguantar la risa, le vi llegar. Entró muy serio pidió un café, en realidad lo pidió dos veces, Charo parecía haber entrado en trance, y nos sentamos en una mesa.

Después de saludarme, me preguntó qué tal había dormido.

—Tienes mala cara —apuntó.

—Es este calor, cuesta conciliar el sueño —musité. Sobre todo si cada vez que cierras los ojos te asaltan imágenes que creías enterradas para siempre.

—Conseguí lo que querías —le comenté sacando mi agenda—. Aquí están todos

los viajes que va a hacer hasta final de año. Tenías razón con lo de los países subdesarrollados, tiene previsto uno a Tailandia.

Leyó con interés la relación de viajes en la que incluía fechas, horarios y alojamientos. Negó con la cabeza cuando le sugerí que se lo apuntara.

—Nada de escritos. En mis misiones, aprendes a utilizar esta —sonrió tocándose la cabeza.

Al cabo de un rato, me devolvió la agenda dándome las gracias. Luego guardó silencio apurando el café y con la mirada perdida. No fue uno de esos silencios cómodos que describen en las novelas. De todas formas, como tampoco quería que me tomara por una charlatana, me dije a mí misma que nada de comentarios banales, si abría la boca, que fuera para hacer un comentario inteligente.

—Parece que hoy también nos vamos a asar —me aporreé la cabeza mentalmente, ahora solo faltaba que hiciera un comentario sobre el embarazo de la princesa y no vería ni el polvo que levantaría al salir corriendo.

—Ayer no me contestaste —dijo de sopetón.

—¿No te contesté el qué? —repliqué con gesto de sorpresa, aunque sabía perfectamente a lo que se refería.

—Si habían pillado al tipo que te hizo eso.

—Oye, no es algo que te incumba, ya te he dado lo que querías. ¿Qué pasa? ¿Tienes que saberlo todo?

No alteró el gesto, se limitó a encender uno de sus puritos lanzando el humo hacia el techo.

—La gentuza como esa tiene que pagar Beatriz. Las alteraciones que producen son incalculables y no se detienen nunca hasta que alguien los caza. Puedes estar segura de que hay más niñas con pesadillas como las tuyas.

Fue entonces cuando volví a casa el día del sol mentiroso, ese ojo lechoso que me espiaba burlándose de mí y negándome el calor. El día en que algo se congeló en mi interior para siempre.

Mamá no quiso ni hablar sobre la posibilidad de presentar una denuncia y en cuanto a ir al médico, fue papá quien se negó en redondo, ¿qué iba a pensar la gente? Hicieron que me duchara, luego mamá me curó los moratones y los arañazos que tenía en los brazos y la cara. Las del alma se limitó a ignorarlas sin preocuparse de lo que pudiera pudrirse por dentro.

Levanté la cara y le miré con odio. ¿Cómo se atrevía a profanar esa parte de mí? A continuación caí en la cuenta de algo que me provocó un escalofrío. No habíamos presentado denuncia, ni fuimos al médico ¿cómo era posible que Eric supiera lo que había pasado? Que Conrado lo hubiera averiguado incluyéndolo en mi expediente laboral ahora se me antojaba como absurdo. Si no lo había pensado antes era sencillamente porque no pensaba jamás en ello, no cuando estaba despierta al menos. Una posibilidad se abrió paso en mi mente, una posibilidad que me llenó de terror. Había leído en una ocasión que los cerdos que hacen esas cosas, a veces vuelven en

busca de una víctima, revivir el momento les pone a cien. Desde luego Eric era lo más alejado del recuerdo que tenía de ese animal, pero a fin de cuentas apenas me había fijado en él y el detective o lo que fuera, era por lo menos diez años mayor que yo.

—No seas boba —me susurró— de haber sido yo, lo habrías sabido desde el primer momento.

Me cogió la mano y fui incapaz de resistirme. La suya era una mano ancha, algo áspera pero reconfortante. Me sentí como una chiquilla.

—Relájate Beatriz, permíteme ver quién te hizo eso y se lo haré pagar.

Asentí con la cabeza incapaz de hablar. Cuando volví a abrir los ojos, ¿cuándo los había cerrado?, estaba en paz con el mundo. De hecho, me sentía estupenda, con ganas de saltar y bailar. Eric seguía ahí, ya no me cogía la mano, estaba recostado contra el respaldo, algo pálido pero sonriente.

—No tendrás que volver a preocuparte. Ahora yo me preocupo por ti.

—Tú no eres un detective ¿verdad?

—Supongo que no, siento haberte mentido pero tampoco podía decirte la verdad. Y ahora tampoco puedo hacerlo —añadió adelantándose a la pregunta que le iba a hacer.

—¿Qué ocurrirá ahora?

—Nada de lo que tengas que preocuparte. Vive Beatriz, vive. Lo demás corre por mi cuenta.

Se levantó tomándome de la mano de nuevo. Su contacto era cálido y tranquilizador. Al cabo de unos instantes, me soltó y fue a la barra a pagar los cafés. Cuando conseguí reaccionar ya salía por la puerta. Me dirigí hacia él a toda prisa.

—¿Volveré a verte?

—No lo creo —en su mirada hubo un breve destello de dolor—. Cuídate.

Cuando se alejaba, aún le detuve con una última pregunta.

—¿Por qué haces todo esto?

—Por mi madre, todo lo hago por ella y también por ti. Creo que mereces una oportunidad.

Todo lo anterior ocurrió hará cosa de un año, desde entonces las cosas han cambiado bastante y tengo que admitir que lo han hecho para mejor.

Perdí mi empleo, bueno para ser más exactos, perdí a mi jefe que se estampó contra un camión cuando iba más ciego que un mono de escayola. Supongo que Eric se ahorraría trabajo, aunque algo me dice que quizás fuera precisamente trabajo suyo todo lo que ocurrió. No le di muchas vueltas, Eric cambió mi vida radicalmente, sin embargo me daba algo de miedo pensar en lo que podría ser el falso detective en realidad.

La agencia cerró y nos quedamos todos en la calle aunque yo encontré empleo enseguida. Leí un anuncio en el que pedían una administrativa para una asesoría y

para sorpresa mía, me dieron el puesto. Don José María, mi jefe, un sesentón muy coqueto de barba blanca con pinta de Papá Pitufu, demostró ser un auténtico caballero. No me haré rica trabajando para él, pero el sueldo no está nada mal y mis compañeros son todos bastante agradables.

Al cabo de unos meses, decidí comprarme un piso. Tenía un dinerillo ahorrado que me llegaba para dar una entrada, y ahora me podía permitir solicitar un préstamo. Don José María al enterarse, me dijo a qué banco podía ir y que él me avalaría si hiciera falta. ¡La vida empezaba a sonreírme!

Vivo en un agradable barrio periférico, bien comunicado y con todo lo que uno pueda necesitar que encima conserva ese aire familiar de pueblo donde todos se conocen aunque sea de vista, y la gente se detiene en la calle para hablar. Me he integrado perfectamente y hasta quedo para tomar el café e ir al cine con alguna que otra vecina.

Ese día iba precisamente hacia el bar de Fran a por mi café de después de comer. Fran tiene el bar más popular del barrio, un local muy acogedor con buenos almuerzos y excelentes comidas. Cuenta con una cocinera cubana que parece contagiar toda la comida de la alegría que desborda, y un café que es de lo mejor que he probado en mucho tiempo. El propio Fran que hace algún tiempo tenía una fama bastante dudosa en el barrio, es un hombre encantador y, por qué no decirlo, un cuarentón bastante atractivo. Yo aún seguía recelosa en mis relaciones con el otro sexo, de hecho desde mi encuentro con Eric no había salido con ninguno pero Fran me hacía «ojitos», había que ser ciega para no verlo, y yo me planteaba la posibilidad de aceptar alguna de las invitaciones que me había hecho para ir juntos al cine.

Serían las cuatro de la tarde y me deslizaba a través del intenso calor hacia la promesa del aire acondicionado del bar y una agradable charla con Fran cuando observé a un hombre apoyado en la pared de la finca enfrente al bar. Llamó mi atención por el gesto que hizo, como si intentara ocultarse al verme. Ya digo que tengo bastante superado el pasado, sin embargo conservo un instinto para detectar cuando alguien me está observando. Sentí un dedo frío recorrerme la espalda, el hombre se había girado alejándose a buen paso y había algo en la forma de caminar que me resultó familiar. Cuando llegué al bar, algo más sofocada de lo debido, Fran me preguntó si me ocurría algo.

—No es nada —le mentí—. Este calor que no hay quien lo aguante.

No pareció muy convencido, aunque tampoco insistió. Me sirvió el café y luego se acodó en la barra como hacía siempre. Poco a poco nos liamos a charlar y fui olvidando al hombre misterioso. Hablamos de esto y de aquello, nada trascendental, sintiéndonos cómodos el uno con el otro, hasta que empezaron a llegar más clientes y yo me levanté para irme a trabajar. Le pagué el café, las primeras veces no quería cobrarme hasta que le amenacé con irme a otro bar, y cuando ya me marchaba, me volvió a invitar al cine. Ya digo que lo había intentado en varias ocasiones y que yo nunca había aceptado, supongo que era cuestión de tiempo, pero todavía no me

encontraba preparada. Sorprendí a Fran y a mi misma aceptando la invitación. Quedamos en que me recogería a las ocho, picaríamos algo y luego la película. Esa tarde me sentí como una adolescente en su primera cita y volé a casa desde el trabajo ¡Tenía que ponerme guapa!

La película fue magnífica: una reposición de Los Puentes de Madison en una terraza de verano. Después de un montón de tiempo, la imagen de Clint Eastwood en su papel de fotógrafo, me trajo a la memoria Eric. Solo fue un instante aunque bastante intenso. Por lo demás, disfrutamos como críos comiendo palomitas, bebiendo refrescos hasta tener que visitar el baño varias veces y ruborizándonos cada vez que nuestras manos se rozaban.

Al dirigirnos hacia la salida volví a ver al hombre misterioso. No sé cómo supe que era él, ni la primera vez en la calle ni esta segunda entre el gentío que salía del cine, pude verle bien, sin embargo estaba totalmente segura que era la misma persona. Toda la diversión se desvaneció y la sustituyó un apretón en las entrañas, un miedo cerval que me llegaba a lo más hondo. Tan ensimismada andaba en mis sentimientos que no noté que Fran se había detenido. Al volverme hacia él vi que tenía el rostro blanco como la nieve y la mirada perdida.

—¡Fran! ¿Qué te ocurre?

Le costó unos segundos reaccionar, al final parpadeó varias veces y me miró como si despertase de un sueño. De un mal sueño.

—No es nada —repuso un poco ido aún—. Me pareció, pero no puede ser... No es nada —acabó por sonreírme—. Demasiadas palomitas nadando en coca-cola, supongo.

No sonó creíble y ahí se fastidió un poco la noche. Intentamos sobreponernos charlando sobre la película pero acabamos por quedar callados. Cuando me dejó en casa, la idea de invitarle a subir se había desvanecido, además a él parecía que le hubiera entrado una prisa repentina por marcharse. Nos despedimos hasta el día siguiente y me consta que a los dos nos pesaba el alma.

Al día siguiente no pasé por el bar de Fran a mediodía como hacía siempre, no sé por qué, pero no me apetecía. Pasé un día de constantes sobresaltos, vigilante ante la aparición del hombre misterioso pero el día transcurrió sin más incidentes. Cuando llegué a casa, recibí una llamada de Fran.

—Bea, ¿te encuentras bien? —Sonaba preocupado de verdad.

—Sí, bueno no. He pasado el día con una jaqueca tremenda —le mentí—. Por eso he aprovechado a mediodía para dormir un poco. ¿Y tú? ¿Cómo te encuentras?

—Bien, siento haberla fastidiado anoche. No sé qué me dio.

—No fastidiaste nada, lo pasé realmente bien —lo dije con sinceridad. Empecé a convencerme que todo había sido una tontería. Una mala pasada de la imaginación y ya está. Fran me sugirió que me pasara por el bar, a la hora del cierre, y si yo quería, me invitaba a cenar. Sí que quería, me apetecía mucho.

Cuando llegué al bar, Fran estaba largando a los rezagados de siempre: que si una

última cerveza, que si otro cubata... Al final nos dejaron solos. Le ayudé a recoger las mesas y sillas mientras hablábamos sobre dónde podíamos ir a cenar, aunque admito que tenía la mente más puesta en si después le pediría que subiera a casa. Estaba llegando a la conclusión de que sí lo haría, cuando alguien subió la persiana que Fran tenía medio bajada y entró al local.

—Oiga, que ya hemos cerrado —comenzó Fran y luego se quedó sin habla, como si hubiera visto un fantasma.

—Hola Paco —susurró el recién llegado—. Volvemos a vernos y ya te dije que no sería bueno que ocurriera —luego se giró hacia mí dedicándome la mueca de una sonrisa.

—Hola Beatriz, lamento que nos volvamos a encontrar en estas circunstancias.

Era Eric, el falso detective que cambió mi vida. También era el hombre misterioso, lo supe nada más verlo. Si la primera vez fue vida lo que me dio, ahora su expresión era funesta, una promesa de malas nuevas.

Fran se precipitó hacia la puerta con un grito en los labios que nunca llegó a surgir.

La persiana bajó golpeando el suelo con dureza y Fran cayó como si hubiera topado con un muro. Eric le miró con rabia ¡Qué distinto a la persona que yo conocí!

—Si le has hecho daño, te lo haré pagar —le grité corriendo hacia Fran. Hizo el gesto de interponerse entre los dos, luego se detuvo dejándose caer en una silla. Seguía siendo endiabladamente atractivo, de una manera sobrenatural, pero estaba pálido y ojeroso y la mirada revelaba un intenso conflicto interior.

—Las cosas ya están bastante difíciles Beatriz, lo mejor sería que te marcharas sin mirar hacia atrás —no había amenaza en el tono, más bien preocupación y desaliento.

—No sé de que va esto Eric ni porque la has tomado con Fran. Tengo mucho que agradecerte, todavía no sé cómo, pero le diste sentido a mi vida ahora no puedes llegar de la nada y arrebatármela —lo dije de corrido hasta quedarme sin aliento. Miré a Fran que me cogía la mano, estaba asustado más por mí que por él mismo.

Eric se puso de pie rebuscando en el bolsillo de la camisa, sacó un purito lo encendió y volvió a sentarse.

—Lo encontré. Lo hice por ti. Fue hace un par de semanas. No pude buscarle antes, tenía una misión pero cuando me enviaron devuelta supe que a pesar de lo que estaba ocurriendo, tenía que cumplir mi promesa —cruzó las piernas y se quedó callado perdido en sus pensamientos.

—¿De qué está hablando Bea? ¿Conoces a este... hombre?

Fran fruncía el ceño, sé que no era hombre la palabra con la que quería definir a Eric.

—Nos conocimos hace tiempo. Trabaja como detective privado —no tenía sentido contarle mis sospechas de que era una especie de ángel enviado para protegerme. Además, no tenía precisamente aspecto de ángel en esos momentos—.

Yo tenía un problema y él me ayudó a resolverlo.

—No volverá a molestarte, ni a ti ni a nadie —Eric siguió hablando ignorando mi conversación con Fran.

—¿Lo has matado? —pregunté con temor aunque también, no voy a negarlo, con esperanza.

—No, Beatriz, yo nunca tomo la vida, no está en mi mano. Simplemente preparé un contexto adecuado, si él hubiera actuado como una persona decente, seguiría entre nosotros.

—Entonces ha muerto.

—Algo distinto, peor. Digamos que está más allá de la muerte y de la vida y que tiene compañía —aplastó el purito con el tacón de una de las botas camperas que vestía—. Basta de charla. Tenemos que resolver un asunto Paco o Fran, si es así como te llaman ahora.

—Dijiste que todo estaba bien, que podía vivir mi vida —Fran se apoyó en mí para levantarse, luego aunque algo pálido, irguió la espalda y miró a Eric con un desafío en el gesto—. No dejaré que me hagas daño —repuso, señalándome con la cabeza—. Ahora tengo un motivo por el que luchar más allá de mis propios deseos y lucharé, te lo juro.

Eric entrecerró los ojos pero no se movió.

—Tu transición causó un problema que yo no supe ver en su momento y eso ha provocado muchos trastornos. Hay que solucionarlo.

—Déjanos en paz, no te hemos hecho daño alguno —Fran seguía allí plantado, notaba que se iba enfadando, realmente pensaba luchar contra Eric.

Al final Eric se levantó.

—No sé si tienes algún don pero te advierto que será inútil contra mí. Más vale que seas razonable, solo tienes que volver al lugar del que viniste.

Fran negó con la cabeza y apretó los puños. Noté que movía los labios musitando algo en voz baja.

—No seas estúpido, solo haces que todo sea más difícil.

Entonces sufrí una alucinación, no quiero darle más vueltas, tuvo que ser una alucinación porque no hay otra explicación racional para lo que ocurrió. Fran empezó a brillar con tanta intensidad que me deslumbró por completo. Luego retumbó un trueno dentro del bar y oí a Eric rugir de rabia. Cuando conseguí abrir los ojos de nuevo, el falso detective se incorporaba con una agilidad impropia de un ser humano y juro que de los ojos brotaban lágrimas negras mientras su cuerpo temblaba hasta desvanecerse dando paso a algo...

... Hasta ahí llegan mis recuerdos, debí desmayarme porque lo siguiente que recuerdo es un rostro tiznado muy cerca del mío que movía la boca aunque no me llegaban las palabras. Tenía los oídos taponados. Cuando conseguí enfocar la vista, me di cuenta que era un bombero.

—¿Qué ha ocurrido? —musité demasiado débil para incorporarme.

—¡Tranquila, está a salvo! —explicó alzando la voz—. ¿Había alguien más en el bar?

¡Dios mío! ¡Fran!

—¡Sí, mi novio Fran! —Lo dije sin pensar, pero no cabía duda que consideraba a Fran como algo muy mío ¡Dios mío, si le había ocurrido algo me moriría! Ni siquiera pensé en Eric.

—No se preocupe —me comentó el bombero, ofreciéndome una botella de agua—. Lo hemos sacado también, está inconsciente aunque no parece haber sufrido heridas.

Supongo que volví a desvanecerme porque no recuerdo nada más.

Al cabo de unos días estábamos delante del bar de Fran. Era una ruina, la explosión y el posterior incendio, lo había devastado todo. El informe de los bomberos lo achacó a una fuga de gas, habíamos tenido suerte de salir ilesos.

Me arrimé a Fran y le abracé. Él me miró sonriente.

—No pasa nada cariño, el bar estaba asegurado y nosotros estamos bien... y juntos —añadió al cabo de unos instantes, después me besó por primera vez. No era el escenario que hubiera elegido y sin embargo me hizo vibrar.

—¿Qué harás ahora? Me refiero al bar —le aclaré algo acalorada.

—No lo sé, no lo he pensado todavía. Creo que antes de tomar una decisión me apetecen unas buenas vacaciones, en tu compañía —volvió a sonreírme.

—A mí también me apetece —musité.

Quedamos en silencio unos segundos. Luego, al verme con el ceño fruncido, Fran me preguntó qué ocurría.

—Cuando nos marchemos, quiero dejar todo lo ocurrido atrás —le dije—. Hay cosas que no entiendo. No, espera —le pedí cuando hacía intención de hablar—. No quiero explicaciones, no creo que pudiera entenderlas. Las cosas están bien como están, de hecho están inmejorables, solo quisiera que me respondieras a una pregunta —encendí un cigarrillo, el último me prometí a mí misma—. ¿Por qué nos dejó marchar?

—¿Crees que nos dejó marchar?

—Sí Fran, lo creo. No sé quién es en realidad Eric pero está más allá de las posibilidades de un ser humano y de las tuyas también —si el último comentario le sorprendió, no dio muestras de ello.

—Vio que nos amamos, eso le convenció —respondió con sencillez—. Todo lo hace por su madre, por el amor que le profesa, por eso no podía acabar con el nuestro. Nos deseó suerte.

—¿A dónde fue? No estaba en el bar, los bomberos no encontraron a nadie.

—Me dijo que tenía que enfrentarse a las consecuencias de sus actos.

—Eso es lo que hacemos todos a diario —comenté cogiéndole de la mano—. Espero que tenga suerte, no sé qué era pero para mí fue un ángel.

Las Madres Conclusiones

Novicia estaba al borde de la ruptura, su esencia palpitaba con violencia extrema abocada a tinieblas incontrolables. Su Hijo Enviado había desafiado el poder del Seno Espiral, había osado contravenir los deseos de Madre Mayor. ¿Por qué no se había limitado a la vigilancia tal y como le había sido ordenado? Su interferencia le costaría la existencia, Novicia no albergaba duda alguna sobre eso. No osaba acercarse a su campo para valorar los efectos de los actos de su Hijo. Las consecuencias en el Equilibrio serían incalculables.

Sabía bien las razones que habían impulsado a su Hijo a perpetrar la interferencia. Él solo deseaba acabar con el problema de raíz aun a costa de su propia existencia, pero con la convicción de que así la protegía a ella, su Madre. Ya era tarde para advertirle que las consecuencias de una falta tan flagrante caerían no solo sobre él, si no también sobre ella. No habría transición para Novicia y sin embargo, su mayor dolor era la tarea que le aguardaba: acabar con su propio Hijo. Madre Mayor no tardaría en presentarse para dictar Sentencia, el único deseo que le quedaba era que su Hijo llegara antes que Mayor, al menos podría despedirse de él a solas. No bien acababa de expresar su deseo, cuando supo que no habría ocasión para las despedidas. Presintió la llegada de Madre Mayor y sintió la oscuridad abatirse sobre su esencia, aun así se abrió en señal de respeto y de sumisión.

—Saludos Madre Novicia y bien hallada.

—Saludos Madre Mayor y bien recibida.

—Tu Hijo vuelve hacia el Seno —comentó Mayor sin más dilaciones.

—Así es Madre Mayor, para mi inmensa pena, ha desoído las órdenes que Madre Mayor le presentó.

Madre Mayor no respondió, para sorpresa de Novicia, fundió su esencia con la suya con suavidad, tranquilizándola.

—¿Por qué ha obrado así? —preguntó Mayor una vez Novicia se mostraba bastante menos agitada—. ¿Le ha dominado el temor?

—No, eso jamás. Si ha obrado así es por amor al Seno y a mí, sobre todo a mí —ocultar las verdaderas razones de su Hijo no tenía sentido, todo quedaba expuesto ante Madre Mayor para la que no había secretos—. Quiso anular la transición para que desapareciese el Nódulo aun a sabiendas del precio que tendría que pagar.

—Sin embargo, creía que así te salvaba Novicia.

—Sí Madre Mayor, así es pero se equivocaba, lo sé.

Madre Mayor contrajo su esencia haciéndola impenetrable para Novicia.

—Todos somos dueños de nuestros actos, pero esclavos de sus consecuencias. Quien no esté preparado para afrontarlas no merece la existencia. En realidad, ellos mismos se niegan toda existencia.

Novicia contemplaba el Seno Espiral mientras Mayor le hablaba, lo encontró tan hermoso como siempre. Era difícil creer que a causa de la temeridad de su Hijo, surgiría un desequilibrio que amenazaría su armonía.

—Veo de todos modos, Novicia, que tu Hijo renunció a su propósito aunque la

interferencia ya estaba cumplida. El viajero sigue con nosotros. ¿A qué se debe esta renuncia?

—Hubo resistencia por parte del viajero Madre Mayor, nada que mi Hijo no pudiera resolver con facilidad, pero entonces ocurrió algo, cambió de sentir y le dejó. Ahora presiento su vuelta y percibo su esencia preparada para la Sentencia.

—Acompáñame Novicia, antes de su llegada y vuestro encuentro, hemos de evaluar las consecuencias de lo sucedido en tu campo.

Cuando llegaron al campo de Novicia, esta quedó a la espera del dictamen de Madre Mayor. Deseaba con todas sus fuerzas que la alteración no fuese grave, no es que creyera que la mayor o menor gravedad afectaría a la aplicación de la Sentencia, pero el Equilibrio del Seno afectaba a la existencia de todas las cosas vivas, no deseaba ser la causante del caos.

—Observa Novicia el punto en el que antaño se hallaba el Nódulo.

Novicia examinó con temor la zona que le indicaba Mayor y no halló nada. Tenía que haber un error, en el lugar del Nódulo no había nada anómalo, las hebras palpitaban y fluían en perfecta armonía.

—¿Qué es lo que ves, Novicia?

—Madre, solo observo Equilibrio, el Nódulo ha desaparecido.

—Sí, Novicia, los actos de tu Hijo han restablecido la armonía.

—No comprendo, Madre, él desobedeció las órdenes. ¿Cómo es posible que no haya desequilibrio?

—Actuó llevado por la fuerza más elemental que rige el Seno Espiral, Novicia. Actuó llevado por amor a ti e interfirió, luego renunció a su interferencia por el mismo motivo: por amor.

—Pero entonces...

—Entonces actuó bien Novicia, al igual que tú que estabas dispuesta a aceptar las consecuencias de vuestros actos por dolorosas que fuesen. El nuestro no es un cometido sencillo Novicia. Desde los tiempos del Principio fuimos encargadas de mantener la constancia y el equilibrio en el Seno de este plano. Para ello contamos con la posibilidad de intervenir a través de aquellos quienes más amamos: nuestros hijos. Pero las intervenciones son delicadas, peligrosas, no se pueden adoptar a la ligera, por eso hay leyes que debemos cumplir. Romper el equilibrio del Seno conlleva la Sentencia. Sin embargo, no podemos limitarnos a cumplir unas leyes sin más, necesitamos iniciativa y capacidad para ir más allá. Tu Hijo fue más allá y encontró que era incapaz de destruir algo que había nacido entre el viajero y una humana, a pesar del peligro que suponía para él y para su Madre.

—¿Qué significa eso Madre? Acaso la Sentencia...

—Las leyes y la Sentencia son necesarias, pero no queremos a aquellos que rigen sus actos por el temor que les inspira. El temor lleva al fracaso. Tu Hijo no se dejó vencer por el temor.

Mayor fundió su esencia con Novicia y esta sintió la paz y la alegría que le

inundaban.

—Tu Hijo se acerca Novicia. Os dejo, no hay Sentencia para quienes actúan con valor. Vuestro encuentro lejos del dolor que esperabas, ha de ser gozoso. Son muchas las misiones que aún cumplirá tu Hijo, Novicia. Y todas ellas serán orgullo para su Madre.

Madre Mayor se alejó dejando a una Novicia exultante, comprendía la lección que acababa de recibir y jamás la olvidaría, pero en ese instante toda su esencia estaba centrada en la llegada de su Hijo.

Sabía que vendrían otras épocas de sufrimiento y también de alegrías que marcarían su devenir hasta alcanzar la ansiada transición, sin embargo ese momento quedaría siempre en su inmortal memoria.